



Elizabeth Eulberg

EL CLUB DE LOS CORAZONES SOLITARIOS

*A mis queridos e incondicionales críticos,
en especial a Dav Pilkey,
la primera persona que me animó a escribir.
Todo esto es culpa suya.*

ÍNDICE

DECLARACIÓN	5
YESTERDAY	
“Love was such an easy game to play...”	6
Uno.....	7
Dos	9
Tres.....	14
COME TOGHETER	
“... you've got to be free...”	17
Cuatro.....	18
Cinco.....	20
Seis	24
Siete.....	28
Ocho.....	31
Nueve	38
Diez.....	42
Once.....	46
Doce	53
Trece.....	58
Catorce.....	63
Quince	67
Dieciséis.....	72
Diecisiete	77
REVOLUTION	
“We all want to change the world...”	81
Dieciocho.....	82
Diecinueve	86
Veinte.....	89
Veintiuno.....	92
Veintidós.....	98
Veintitrés.....	101
YOU´VE GOT TO HIDE YOUR LOVE AWAY	
“How can I even try? I can never win...”	105
Veinticuatro	106
Veinticinco	115
Veintiséis.....	119
Veintisiete	122
Veintiocho.....	124

Veintinueve.....	129
Treinta	135
Treinta y uno	142
Treinta y dos.....	143
WITH A LITTLE HELP FROM MY FRIENDS	
“I get by with a little help from my friends...”	148
Treinta y tres.....	149
Treinta y cuatro	156
Treinta y cinco	161
Treinta y seis.....	166
Treinta y siete	169
HERE COMES THE SUN	
“Little darling, it’s been a long cold lonely winter...”	177
Treinta y ocho.....	178
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	179



DECLARACIÓN

Yo, Penny Lane Bloom, juro solemnemente no volver a salir con ningún chico en lo que me queda de vida.

De acuerdo, quizá cambie de opinión dentro de unos diez años, cuando ya no viva en Parkview, Illinois (EE.UU), ni asista al instituto McKinley; pero, por el momento, he acabado con los chicos. Son unos mentirosos y unos estafadores. La escoria de la Tierra.

Sí, desde el primero hasta el último. La maldad personificada.

Algunos parecen agradables, claro; pero en cuanto consiguen lo que buscan, se deshacen de ti y pasan al objetivo siguiente.

Así que he terminado.

No más chicos.

Punto final.

YESTERDAY

“Love was such an easy game to play...”



Uno

Cuando tenía cinco años, caminé hasta el altar con el hombre de mis sueños.

Bueno, dejémoslo en «el niño» de mis sueños. También tenía cinco años.

Conocía a Nate Taylor prácticamente desde que nació. Su padre y el mío eran amigos de la niñez y, todos los años, Nate y sus padres pasaban el verano con mi familia. Mi álbum de recuerdos de la infancia está lleno de fotos de los dos: bañándonos juntos, de bebés; jugando en la casa del árbol del jardín trasero y —mi preferida— disfrazados de novios en miniatura en la boda de mi prima. (Poco después, colgué la foto con orgullo en la pared de mi cuarto: yo, con mi vestido blanco; Nate, con su esmoquin).

Todo el mundo bromeaba y aseguraba que algún día nos casaríamos de verdad. Nate y yo también lo creíamos. Nos considerábamos la pareja perfecta. No me importaba jugar a la guerra con Nate, y él llegó a jugar con mis muñecas (aunque nunca lo admitió). Me empujaba en los columpios y yo le ayudaba a organizar sus muñecos de acción. Nate opinaba que estaba preciosa con mis coletas, y yo pensaba que era muy guapo (incluso en su breve etapa de gordinflón). Sus padres me caían bien, y a él le caían bien los míos. Yo quería un bulldog inglés y Nate, un pug. Los macarrones con queso eran mi plato favorito, y el suyo también.

¿Qué más podría pedir una chica?

Para mí, esperar con ilusión la llegada del verano equivalía a esperar con ilusión a Nate. Como resultado, casi todos mis recuerdos tenían que ver con él:

- ♥ Mi primer beso (en mi casita del árbol, cuando teníamos ocho años. Le propiné un puñetazo y, luego, me eché a llorar).
- ♥ La primera vez que cogí de la mano a un chico (cuando nos perdimos durante una yincana en tercero de primaria).
- ♥ Mi primera tarjeta de San Valentín (un corazón de cartulina roja con mi nombre escrito).
- ♥ Mi primera acampada (cuando teníamos diez años, instalamos una tienda en el jardín trasero y nos pasamos la noche a la intemperie, solos los dos).
- ♥ La primera vez que engañé a mis padres adrede (el año pasado me monté sola en el tren a Chicago para ver a Nate. Les dije a mis padres que iba a dormir en casa de Tracy, mi mejor amiga).
- ♥ Nuestro primer beso *de verdad* (catorce años. Esta vez no me defendí).

Después de aquel beso, mi entusiasmo por la llegada del verano se incrementó. Ya no eran juegos de niños. Nuestros sentimientos eran auténticos, diferentes. El

corazón ya no era de cartulina: estaba vivo, latía... Era de verdad.

Cuando pensaba en el verano, pensaba en Nate. Cuando pensaba en el amor, pensaba en Nate. Cuando pensaba en cualquier cosa, pensaba en Nate.

Sabía que aquel verano iba a ocurrir. Nate y yo estaríamos juntos.

El último mes de instituto me resultó insoportable. Inicé la cuenta atrás de su llegada. Salía de compras con mis amigas en busca de ropa para gustar a Nate. Incluso me compré mi primer biquini pensando en él. Organicé mi horario de trabajo en la clínica dental de mi padre adaptándolo al horario de Nate en el club de campo. No quería que nada se interpusiera entre nosotros.

Y entonces, sucedió.

Allí estaba.

Más alto.

Más mayor.

Ya no era sólo guapo, sino *sexy*.

Y era mío.

Quería estar conmigo. Y yo, con él. Parecía así de simple.

Al poco tiempo, estábamos juntos. Por fin, juntos de verdad.

Solo que no fue el cuento de hadas que yo había esperado.

Porque los chicos cambian.

Mienten.

Te pisotean el corazón.

A fuerza de desengaños, descubrí que ni los cuentos de hadas ni el amor verdadero existen.

Que el chico perfecto no existe.

¿Y esa adorable foto de una inocente novia en miniatura con el chico que algún día le partiría el corazón?

Tampoco existía.

Me quedé mirando cómo ardía en llamas.



Dos

Todo ocurrió muy deprisa.

Empezó como cualquier otro verano. Llegaron los Taylor, y la casa estaba hasta los topes. Nate y yo coqueteábamos sin parar... siguiendo la rutina de los últimos años. Sólo que, esta vez, por debajo del coqueteo latían otras cosas. Como deseo. Como futuro. Como sexo.

Todo lo que había soñado empezó a suceder. Para mí, Nate era perfecto. El chico con el que comparaba a todos los demás. El que siempre conseguía que el corazón se me acelerara y el estómago se me encogiera.

Aquel verano, por fin, mis sentimientos fueron correspondidos.

Quedamos un par de veces, nada del otro mundo. Fuimos al cine, a cenar, y demás.

Nuestros padres no tenían ni idea de lo que estaba pasando. Nate no quería decírselo, y me dejé llevar. Alegó que reaccionarían de manera exagerada, y no se lo discutí. Aunque sabía que nuestros padres siempre habían deseado que, en un futuro, acabáramos juntos, no estaba convencida de que ya estuvieran preparados. Sobre todo porque Nate dormía abajo, en nuestro sótano insonorizado.

Todo iba de maravilla. Nate me decía lo que yo quería oír. Que era preciosa, perfecta. Que al besarme se le cortaba la respiración.

Me encontraba en la gloria.

Nos besábamos. Luego, nos besábamos más. Y después, mucho más. Pero al poco tiempo ya no era suficiente. Al poco tiempo, las manos empezaron a deambular, la ropa empezó a desprenderse. Era lo que yo siempre había deseado... pero parecía ir deprisa. Demasiado deprisa. Por mucho que le diera a Nate, siempre quería más. Y yo me resistía. Todo cuanto hacíamos se convertía en una lucha constante por ver hasta dónde cedería yo.

Habíamos tardado tanto en llegar hasta ese punto que no quería precipitar las cosas. No entendía por qué no nos limitábamos a disfrutar del momento, a disfrutar de estar juntos, en vez de apresurarnos hasta el paso siguiente.

Y cuando digo «paso siguiente», me refiero al contacto físico.

No había mucho de que hablar sobre los pasos siguientes en cuanto a nuestra relación.

Después de un par de semanas, Nate empezó a decir que, para él, yo era la única, su amor verdadero. Sería tan increíble, aseguraba, si le permitiera amarme de la manera en la que él quería...

Justo lo que yo había imaginado durante tanto tiempo. Lo que siempre había deseado. Así que pensé: «Sí, lo haré. Porque será con él. Y eso es lo que importa».

Decidí darle una sorpresa.

Decidí confiar en él.

Decidí dar el paso.

Lo tenía todo planeado, todo calculado. Nuestros padres iban a salir hasta tarde y tendríamos la casa para nosotros solos.

—¿Estás segura de que es lo que quieres, Pen? —me preguntó Tracy aquella mañana.

—Lo único que sé es que no quiero perderlo —respondí.

Tal era mi razonamiento. Lo haría por Nate. No tenía nada que ver conmigo ni con lo que yo quería. Todo era por él.

Quería que resultara espontáneo. Quería que le pillara desprevenido, y que luego se sintiera abrumado por lo perfecto que era, por lo perfecta que era yo. Ni siquiera sabía que yo estaba en casa; quería que pensara que había salido aquella noche, para que la sorpresa fuera aún mayor. Quería demostrarle que estaba preparada. Dispuesta. Que era capaz. Lo tenía todo pensado, excepto la ropa que me iba a poner. Me metí a hurtadillas en la habitación de mi hermana Rita y registré sus cajones hasta encontrar un camisón de seda blanco que no dejaba mucho espacio a la imaginación. También le cogí su bata de encaje rojo.

Cuando por fin estuve preparada, bajé sigilosamente las escaleras hasta la habitación de Nate, en el sótano. Empecé a desatarme la bata, con una mezcla de emoción y de puro nerviosismo. Me moría de ganas de ver la expresión de Nate cuando me descubriera. Me moría de ganas de demostrarle lo que sentía, de modo que él, por fin, sintiera lo mismo que yo.

Esbocé una sonrisa mientras encendía la luz.

—¡Sorpresa! —grité.

Nate se incorporó del sofá como un resorte, con una expresión de pánico en el semblante.

—Hola... —dije con tono sumiso, a la vez que dejaba caer la bata al suelo.

Entonces, otra cabeza surgió del sofá.

Una chica.

Con Nate.

Me quedé petrificada, sin creer lo que veían mis ojos. Pasé la mirada del uno al otro mientras, a tientas, reunían su ropa. Por fin, agarré la bata y me la puse, tratando de cubrir la mayor parte posible de mi cuerpo.

La chica empezó a soltar risitas nerviosas.

—¿No habías dicho que tu hermana había salido esta noche?

¿Su hermana? Nate no tenía una hermana. Traté de convencerme de que existía una buena explicación para lo que estaba viendo. Nate no me haría una cosa así, de ninguna manera. Sobre todo en mi propia casa. Quizá aquella chica había tenido un accidente justo delante de la puerta y Nate la había llevado adentro para... eh... consolarla. O acaso ensayaban una escena de una representación estival de... *Romeo y Julieta al desnudo*. O tal vez me había quedado dormida y se trataba de una pesadilla.

Sólo que no era así.

La chica terminó de vestirse y Nate, esquivando mi mirada, la acompañó al piso de arriba.

Todo un caballero.

Tras lo que me pareció una eternidad, regresó.

—Penny —dijo, colocando una mano alrededor de mi cintura—, lamento que tuvieras que ver eso.

Intenté responder, pero no encontraba la voz.

Subió los brazos hasta mis hombros y empezó a frotarlos a través de la bata.

—Lo siento, Penny. Lo siento mucho. Ha sido una estupidez, tienes que creerme. Soy un idiota. Un idiota de categoría. Un completo idiota.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo has podido? —mis palabras eran apenas un suspiro; se me contraía la garganta.

Se inclinó sobre mí.

—En serio, no volverá a ocurrir. Escúchame, no ha pasado *nada*. En absoluto. No fue nada. *Ella* no es nadie. Sabes lo mucho que significas para mí. Eres tú con quien quiero estar. Eres tú de quien estoy enamorado —bajó las manos por mi espalda—. ¿Te sientes mejor ahora? Dime qué puedo hacer, Penny. Lo último que quiero es herirte.

La conmoción se iba pasando, dejando al descubierto la furia que subyacía. Me aparté de un empujón.

—¿Cómo has podido? —espeté—. ¿CÓMO HAS PODIDO?

Esta última parte la dije a gritos.

—Mira, ya me he disculpado.

—¿Te has DISCULPADO?

—Penny, lo siento muchísimo.

—¿LO SIENTES?

—Por favor, para de una vez y escúchame. Te lo puedo explicar.

—Muy bien, perfecto —me senté en el sofá—. Explícame.

Nate me lanzó una mirada nerviosa; evidentemente, no había contado con que me sentara a escuchar lo que tuviera que decir.

—Penny, esa chica no significa nada para mí.

—Pues no daba esa impresión —me ajusté el cinturón de la bata y agarré un almohadón para taparme las piernas.

Nate exhaló un suspiro. Un suspiro en toda regla.

—Bueno, ya empezamos con el melodrama —ironizó. Entonces, se sentó a mi lado con los brazos cruzados—. Muy bien. Si no estás dispuesta a aceptar mis disculpas, no veo qué otra cosa puedo hacer.

—¿Disculpas? —repliqué entre risas—. ¿Crees que decir «lo siento» es suficiente para borrar lo que ha pasado? Creía que habías dicho que soy especial —miré al suelo, avergonzada de mí misma por haber sacado el tema a relucir.

—Pues claro que eres especial, Penny. Venga ya, ¿qué pensabas que iba a pasar? —la cara de Nate se tiñó de un rojo brillante—. A ver, las cosas son así: tú y yo...,

nosotros..., nosotros..., bueno, es lo que hay...

No daba crédito a lo que estaba oyendo. El Nate de sólo unos días atrás había desaparecido y una especie de... *bestia* había ocupado su lugar.

—¿Me quieres decir de qué estás hablando?

—¡Santo Dios! —Nate se levantó del sofá y empezó a pasear de un lado a otro—. Esto es exactamente de lo que estoy hablando: mírate, ahí sentada, como cuando éramos niños y no conseguías lo que querías. Bueno, he querido estar contigo desde hace mucho tiempo, Penny. Muchísimo. Pero aunque tú creas que quieres estar conmigo, no me quieres a *mí*. Lo que quieres es a tu amor de la infancia. El Nate que te cogía de la mano y te daba besos en la mejilla. Bueno, pues ese Nate ha crecido. Y quizá tú deberías hacer lo mismo.

—Pero yo...

—¿Qué? Tú ¿qué? ¿Te has puesto el camisón de tu hermana? Eso son juegos de niños, Penny. Para ti, es un día de boda perpetuo, sin luna de miel, sin quitarte el vestido de novia, sin nada de nada. Pero ¿sabes qué? La gente practica el sexo. No es para tanto.

Empecé a temblar de arriba abajo. Sus palabras me golpeaban.

Nate negó con la cabeza.

—No me debería haber liado contigo. ¿Qué puedo decir? Estaba harto, y era mucho más fácil ceder a tus fantasías que enfrentarme a ellas. Además, lo admito, tienes ese toque de chica de clase media que te favorece. Nunca se me ocurrió que, al final, no era más que una provocación.

El estómago se me revolvió. Las lágrimas me surcaban las mejillas.

—Oh, venga ya —Nate se sentó y me rodeó con el brazo—. Grítame un poco más y te sentirás mejor. Luego, pasaremos página.

Me desembaracé a sacudidas y salí corriendo escaleras arriba.

Para huir de Nate.

Para huir de las mentiras.

Para huir de todo.

Pero no podía huir. Nate iba a seguir instalado en nuestra casa otras dos semanas. Cada mañana, tendría que levantarme y mirarlo a la cara. Observar cómo salía por la puerta, sabiendo que seguramente iba a verse con *ella*. Sabiendo que Nate tenía que buscar en otro sitio porque yo no era lo bastante buena para él. Nunca me vería «de esa manera».

Día tras día me recordaba a mí misma que era una fracasada. Que lo que había deseado durante años había terminado haciéndome sufrir más de lo imaginable.

Rita, mi hermana mayor, fue la única persona de mi familia a la que se lo conté, y la obligué a jurar que no se lo diría a nadie. Sabía que aquello perjudicaría la prolongada y estrecha amistad entre nuestros padres, y no me parecía justo que Nate también destruyera eso. Además, me daba vergüenza. No soportaba la idea de que mis padres descubrieran lo estúpida que era su hija.

Rita intentó consolarme. Llegó a amenazar con matar a Nate si se acercaba a menos de tres metros de mí. Pero incluso treinta metros habrían sido pocos.

—Todo irá bien, Penny —prometió Rita mientras me rodeaba con sus brazos—. Todos nos empotramos contra algunos badenes por el camino.

Yo no me había empotrado contra un badén, sino contra un muro de ladrillo.

Y no quería volver a sufrir ese dolor nunca más.



Tres

Me sentía perdida. Necesitaba esconderme. Escapar.

Sólo se me ocurrió un remedio para aliviar el dolor. Recurrí a los únicos cuatro chicos que nunca me fallarían. Los únicos cuatro chicos que jamás me partirían el corazón, que no me decepcionarían.

John, Paul, George y Ringo.

Lo entenderá cualquiera que se haya aferrado a una canción como a un bote salvavidas. O que haya puesto una canción para despertar un sentimiento, un recuerdo. O que haya hecho sonar mentalmente una banda sonora para ahogar una conversación o una escena desagradable.

En cuanto regresé a mi habitación, destrozada por el rechazo de Nate, subí el volumen de mi estéreo hasta tal punto que la cama empezó a temblar. Los Beatles habían sido siempre una especie de manta reconfortante que me aportaba seguridad. Formaban parte de mi vida incluso antes de que naciera. De hecho, de no haber sido por los Beatles, no habría llegado a nacer.

Mis padres se conocieron la noche en que John Lennon murió de un disparo, junto a un altar improvisado en un parque de Chicago. Ambos eran fans de los Beatles de toda la vida, y con el paso del tiempo decidieron que no tenían más remedio que llamar a sus tres hijas con los nombres de tres canciones del grupo: *Lucy in the Sky with Diamonds*, *Lovely Rita* y *Penny Lane*.

Eso sí, mis dos hermanas mayores tuvieron la suerte de que les pusieran segundos nombres corrientes, pero a mí me otorgaron el título completo de Lennon y McCartney: Penny Lane. Incluso nací el 7 de febrero, aniversario de la primera visita de los Beatles a Estados Unidos. No creía que fuera una casualidad. No me habría extrañado que mi madre se hubiera negado a empujar para que yo naciera en esa fecha concreta.

Casi todos los viajes familiares tenían como destino la ciudad de Liverpool, en Inglaterra. En todas nuestras felicitaciones de Navidad aparecíamos recreando la portada de un disco de los Beatles. Aquello debería haberme incitado a la rebelión. En cambio, los Beatles se convirtieron en parte de mí. Ya me sintiera feliz o desdichada, sus letras, su música me suponían un consuelo.

Ahora, traté de sofocar las palabras de Nate con una explosión de *Help!* Mientras tanto, recurrí a mi diario. Al cogerlo, el ejemplar encuadernado en piel se notaba pesado, cargado por los años de emociones que contenían sus páginas. Lo abrí e inspeccioné las entradas, casi todas con letras de los Beatles. A cualquier otra persona le habrían resultado asociaciones absurdas; pero, para mí, el significado de las letras iba mucho más allá de las palabras. Eran instantáneas de mi vida: de lo

bueno, lo malo y lo relacionado con los chicos.

Cuánto sufrimiento. Me puse a examinar mis relaciones anteriores.

Dan Walker, de segundo de bachillerato y, según Tracy, mejor «un tío bueno». Salimos cuatro meses, cuando empecé cuarto de secundaria. Las cosas comenzaron bastante bien, si por «bien» se entiende ir al cine y a tomar pizza los viernes por la noche con el resto de las parejas de la ciudad. Al final, Dan empezó a confundirme con el personaje de la película *Casi famosos*, también llamado Penny Lane. Era una *groupie* empedernida, y a Dan se le metió en su cabeza hueca que, si tocaba a la guitarra *Stairway to Heaven*, me rendiría. No tardé mucho en darme cuenta de que el atractivo físico no conlleva necesariamente las dotes de un buen guitarrista. Una vez que se hubo percatado de que mis bragas seguían en su sitio, Dan cambió de melodía.

Después vino Derek Simpson, quien —estoy convencida— sólo salió conmigo porque pensaba que mi madre, farmacéutica, le podía conseguir pastillas.

Darren McWilliams no fue mucho mejor. Empezamos a salir justo antes de que este verano me entrara la locura por Nate. Parecía un tipo encantador hasta que le dio por frecuentar a Laura Jaworski, quien resultó ser una buena amiga mía. Acabó quedando con las dos el mismo día. No se le ocurrió que compararíamos nuestras agendas.

Dan, Derek y Darren. Y sólo en cuarto de secundaria. Me engañaron, me mintieron y me utilizaron. ¿Qué lección aprendí? La de mantenerme alejada de los chicos cuyo nombre de pila empieza por «D», ya que todos ellos eran el diablo personificado.

Puede que el verdadero nombre de Nate fuera Dante el Destructor de Deseos. Porque era diez veces peor que los tres «D» juntos.

Aparté el diario a un lado. Estaba furiosa con Nate, es verdad. Pero, sobre todo, estaba furiosa conmigo misma. ¿Por qué me presté a salir con ellos? ¿Qué saqué de aquellas relaciones, aparte de un corazón destrozado? Yo era más inteligente que todo eso. Tendría que haberlo sabido.

¿En serio quería seguir siendo utilizada? ¿Es que había alguien ahí fuera que mereciera la pena?

Había creído que Nate sí merecía la pena, pero estaba equivocada.

Cuando me levanté para llamar a Tracy —tenía que compartir mis penas con ella—, algo me llamó la atención. Me acerqué a mi póster preferido de los Beatles y empecé a pasar los dedos por las letras: *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*.

Había contemplado aquel póster día tras día durante los últimos siete años. Había escuchado aquel álbum, uno de mis favoritos, cientos de veces. Era como si, para mí, siempre hubiera sido una única palabra muy larga: *SgtPepper'sLonelyHeartsClubBand*. Pero ahora tres términos se desligaban del resto, y descubrí en la expresión algo completamente nuevo.

Lonely.

Hearts.

Club.

Entonces, sucedió.

Algo relacionado con aquellas palabras.

Lonely. Hearts. Club.

Club. Corazones. Solitarios.

En teoría, podría sonar deprimente. Pero en aquella música no había nada deprimente.

No, este Club de los Corazones Solitarios era justo lo contrario a deprimente. Era fascinante.

Había tenido la respuesta delante de mis ojos, desde el principio. Sí, había encontrado una manera para que dejaran de engañarme, de mentirme, de utilizarme.

Dejaría de torturarme al salir con fracasados. Disfrutaría de los beneficios de la soltería. Por una vez, me concentraría en mí misma. Primero de bachillerato iba a ser mi año. Todo giraría alrededor de mí, Penny Lane Bloom, fundadora y socia única del Club de los Corazones Solitarios.

COME TOGHETER
“... you've got to be free...”



Cuatro

Los chicos habían muerto para mí. La única pregunta era: ¿cómo no se me había ocurrido antes?

Sabía que la idea era una genialidad; pero me habría gustado que mi mejor amiga dejara de mirarme como si me hubiera fugado de una institución para enfermos mentales.

—Pen, sabes que te quiero, pero...

«Ya empezamos».

Estábamos celebrando una reunión de emergencia (con los correspondientes palitos de queso empanados, imprescindibles para superar rupturas) en nuestra cafetería habitual, menos de una hora después de mi golpe de inspiración. Tracy dio un sorbo de su batido mientras asimilaba mi perorata sobre los problemas que los chicos me habían causado a lo largo de los años. Ni siquiera había llegado al asunto del club ni a mi decisión de no volver a salir con nadie.

—Sé que estás disgustada, y con razón —dijo Tracy—. Pero no *todos* los chicos son malos.

Puse los ojos en blanco.

—¿De verdad? ¿Quieres que repasemos tus listas de los dos últimos años?

Tracy se hundió en el asiento. Año tras año elaboraba un listado de los chicos con los que quería salir. Se pasaba el verano sopesando sus opciones antes de redactar la lista para el curso escolar, y clasificaba a cada uno por un orden de preferencia basado en la relación entre el aspecto físico, el grado de popularidad y (otra vez) el aspecto físico.

Sin lugar a dudas, aquella lista causaba más sufrimiento del que se merecía. Hasta el momento, Tracy no había salido ni una sola vez con ninguno de los candidatos. De hecho, nunca había tenido novio. No se me ocurría por qué. Era guapa, divertida, inteligente y una de las amigas más leales y fiables que se pudiera querer. Pero, como si yo necesitara otro ejemplo de por qué los chicos apestaban, ninguno de los alumnos del instituto McKinley parecía darse cuenta de que tenía madera de novia.

«Mejor para ella», pensaba yo. Pero Tracy lo veía de otra manera.

—No sé de qué me hablas —respondió.

—Vale. ¿Me estás diciendo acaso que no tienes una lista nueva, preparada para la inspección?

Tracy trasladó su bolso a la silla que tenía al lado.

Por descontado que tenía otra lista. Sólo nos quedaban unos días para empezar primero de bachillerato.

—Lo que tú digas —respondió, ofendida—. Me figuro que debería tirar esa lista a la basura ya que, según tú, todos los hombres son imbéciles.

Sonreí.

—Empezamos a entendernos. ¡Vamos a quemarla!

Tracy soltó un gruñido.

—Has perdido la cabeza, está claro. ¿Te importa ponerte seria un momento?

—Ya estoy seria.

Ahora le tocó a Tracy poner los ojos en blanco.

—Venga ya. No todos los solteros de este planeta son seres despreciables. ¿Qué me dices de tu padre?

—¿Y qué me dices de Thomas Grant? —contraataqué yo.

Tracy se quedó boquiabierta.

Lo admito, puede que me pasara un poco. Thomas había estado en la lista del curso anterior. Tracy se había pasado un semestre entero coqueteando con él en la clase de Química. Por fin, Thomas le había preguntado si tenía algo que hacer el fin de semana. Tracy estaba exultante... hasta que una hora antes de la cita, Thomas le envió un mensaje por el móvil en el que decía que le había «surgido» algo. Después, no le hizo el menor caso durante el resto del curso. Ni una explicación, ni una disculpa. Nada.

Típicamente masculino.

—¿Y Kevin Parker? —presioné.

Tracy me lanzó una mirada asesina.

—Bueno, no tengo la culpa de que no sepa que existo.

El primer nombre de la lista de Tracy siempre era el mismo: Kevin Parker, alumno de último curso y jugador de fútbol americano sin igual. Por desgracia, Kevin nunca había dado señales de estar al tanto de que Tracy estaba viva. Cuando yo salía con Derek, invité a Kevin y a sus amigos a mi casa con el único propósito de que llegara a conocer a Tracy. Pero no le prestó la menor atención. Una de las pocas razones por las que aguanté tanto tiempo con Derek fue porque Tracy necesitaba su dosis diaria de Kevin Parker.

El simple hecho de pensar en aquella lista y en lo mucho que influía en la felicidad de mi mejor amiga me provocaba ganas de arrebársela del bolso y romperla en mil pedazos. Porque sabía que tendría que ir tachando los nombres uno a uno y acabaría hecha un mar de lágrimas.

Tracy exhaló un suspiro y, luego, recobró la compostura.

—Este curso va a ser distinto, mejor —juró—. No sé, tengo una corazonada, en serio —sacó la lista y empezó a contemplar pensativamente los aspirantes del año.

¿De verdad me había creído que Tracy iba a entender mi necesidad de acabar con los chicos? Ella sólo pensaba en quedar con ellos.

Me di por vencida... de momento.

Tracy no era la única que tenía una corazonada acerca del nuevo curso.



Cinco

Primer día de clase. Aún no había llegado al instituto y ya tuve que enfrentarme al enemigo. No se trataba de Nate; se había marchado. Pero era alguien de su bando.

—¡Uf! ¿Te puedes creer que mi hermano pequeño ya va al instituto? —Tracy señaló el asiento posterior de su coche, donde su hermano Mike hacía sonar un iPod a todo volumen—. Y ¿sabes, Pen? No veo que tenga cuernos de diablo en lo alto de la cabeza.

—*Todavía* —le dediqué una sonrisa arrogante.

El pequeño Mikey Larson era un alumno de tercero de secundaria..., un chico..., uno de *ellos*.

Me pregunté cuándo empezaría a actuar como el resto de los alumnos del McKinley. ¿Existiría una especie de aula secreta en la que enseñaban a los chicos a convertirse en tíos buenos con la cabeza hueca?

Cuando Mike se bajó del coche de Tracy, no pude evitar fijarme en que se parecían más que nunca, con su pelo rubio oscuro, sus ojos color avellana y su óvalo de la cara en forma de corazón.

Tracy me miró de arriba abajo.

—Pen, esos zapatos son increíbles. Hoy estás deslumbrante —se aplicó una nueva capa de brillo de labios mirándose en el espejo retrovisor—. ¿Decidida a impresionar a alguien en particular?

Solté un gruñido.

—No. Quería estar guapa para mí, nada más.

La mirada que me lanzó dejaba claro que no se lo creía.

Me daba igual. Iba a ser el comienzo de un curso alucinante. Abrí la puerta del instituto, emocionada por empezar el año escolar sin toda aquella locura de los chicos.

La sonrisa en mis labios se desvaneció a toda prisa, pues la primera persona que me encontré fue Dan Walker, que llevaba la cazadora con las iniciales del instituto que me había «prestado» cuando salíamos. Qué oportuno ser recibida por un recordatorio de antiguos novios terribles. Menos mal que Nate estaba en Chicago, a kilómetros de distancia. Doblé la esquina para alejarme de Dan y vi a Kevin Parker, quien, al parecer, seguía siendo demasiado creído como para dirigirle la palabra a Tracy.

Mi frustración fue en aumento según iba inspeccionando a mis compañeros de clase. Había recorrido aquellos pasillos en miles de ocasiones, pero me daba la sensación de haber abierto los ojos por primera vez. No veía más que chicas que se desvivían por ligar con chicos, parejas que caminaban de la mano, chicos que...

Bueno, chicos a secas: escandalosos, detestables, engreídos. No buscaban a las chicas; las chicas los buscaban a ellos.

Noté una vibración en mi bolso y saqué el móvil. Me detuve en seco y Brian Reed se chocó contra mí.

—¡Cuidado! —vociferó mientras su novia, Pam, me lanzaba una mirada furiosa. A Dios gracias, no les era posible ir cogidos de la mano las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

Salí de mi aturdimiento. Estaba convencida de que tenía que haber un error. Pero no: el teléfono, cruelmente, confirmaba la verdad. Era un mensaje de Nate. Cómo no, había encontrado una manera de torturarme aun sin estar cerca de mí.

Que tengas un buen primer día de clase.

¿Cómo? En primer lugar, sabía que yo no le hablaba. En segundo lugar, sólo habían transcurrido dos semanas, ¿pensaba acaso que se me había olvidado? En tercer lugar, el mensaje no podía haber sido más patético. Lo borré y guardé el móvil en mi bolso de un empujón.

Me negué a permitir que Nate Taylor arruinase un solo día más de mi existencia.

—¡Bloom, te has metido en un buen lío! —Ryan Bauer estaba apoyado en su taquilla, con los brazos cruzados y una sonrisa traviesa en los labios.

Genial. No estaba de humor para hacer caso de sus estupideces.

—¿Qué pasa? —pregunté con impaciencia mientras abría mi taquilla, a tres puertas de la suya.

Ryan se quedó mirándome, desconcertado.

—Mmm, no importa —cogió mi horario de clases, en lo alto de mi pila de libros.

Ryan Bauer era uno de esos chicos con una novia pegajosa cuya vida giraba en torno a él. Se trataba del mayor cliché del instituto: un destacado atleta con buenas notas que, mira por dónde, también era guapísimo. De constitución delgada, superaba el metro ochenta de estatura; tenía unos ojos azules increíbles, y siempre se estaba pasando las manos por el pelo, negro y ondulado. Naturalmente, también era uno de los mayores conquistadores del instituto. Tiempo atrás, yo solía sucumbir a sus encantos; pero esta vez no me apetecía seguir alimentando su ego.

Era un chico. Un chico en toda regla. No me habría extrañado que ocultara cadáveres de niños y de cachorros en su taquilla.

Me costó reconocerlo sin Diane Monroe pendiente de sus movimientos. Ryan y Diane llevaban saliendo toda la vida. Bueno, en realidad, empezaron en primero de secundaria; pero en el instituto eso significaba desde siempre. Diane era la clásica novia para un triunfador del estilo de Ryan: larga melena rubia y brillante, ojos azul translúcido, cuerpo esbelto en plan modelo y siempre, absolutamente siempre, impecable: la clásica animadora / presidenta del Consejo de Alumnos.

—¡Vaya! Por lo que se ve, sólo coincidimos en Historia Universal —me estaba diciendo Ryan—. Todd también está en esa clase. Apesta a tope.

—Sí, apesta —no intenté disimular la nota de sarcasmo en mi voz.

—¡Hola!

Miré pasillo abajo y divisé nada más y nada menos que a la señorita Diane Monroe, que caminaba en nuestra dirección con una enorme sonrisa plasmada en el rostro. Debía de tener una especie de sexto sentido que le advertía de que Ryan estaba hablando con otra chica. Traté de no poner los ojos en blanco mientras sacaba los libros de la taquilla.

—¡Feliz primer día de clase! —exclamó.

Cerré la taquilla de un golpe y me dispuse a encaminarme a la clase de Español, pero me encontré el paso bloqueado por Diane, parada frente a mí con una sonrisa que se acrecentaba por momentos, lo que, de alguna manera, me resultaba inquietante.

—Eh, Penny —dijo—. ¿Qué tal el verano? —sus ojos prácticamente lanzaban chispas de entusiasmo. Me entraron ganas de vomitar.

Me quedé mirándola, desconcertada. ¿Por qué me hablaba? No nos habíamos dirigido la palabra desde hacía siglos.

—Eh, hola, Diane —no entendía por qué todo el mundo sentía la necesidad de sacar a relucir el verano el primer día de clase. Resultaba irritante. El verano había terminado. No hacía falta pensar en él. Nunca más.

—Bueno, ¿es que no notas nada? —Diane empezó a girar sobre sí misma. Todo en ella resultaba perfecto; es decir, no se habían producido grandes cambios. De modo que me limité a encogerme de hombros—. Penny —Diane parecía estupefacta—. Mi conjunto. ¿Es que no te acuerdas?

Examiné la ropa que llevaba: chaqueta ceñida de tela vaquera, camiseta de lentejuelas negras, minifalda de volantes rosa y sandalias rosa con tacón de diez centímetros. Encogí los hombros otra vez. Era evidente que no me acordaba.

—¡Penny! —Diane se abrió la americana para dejar al descubierto la camiseta de lentejuelas, que llevaba un logotipo de los Beatles—. Y ahora, ¿te acuerdas? Siempre nos poníamos una camiseta de los Beatles el primer día de clase.

Me quedé boquiabierta. Sí, claro, cuando teníamos diez años... y nos hablábamos.

—Mmm, lo siento —me disculpé—. Ha pasado mucho tiempo.

Los hombros de Diane se hundieron ligeramente. No le había ofrecido la respuesta con la que había contado.

¿Qué esperaba? La última vez que yo había seguido el ritual del primer día de clase fue en segundo de secundaria. El día en que llegué tarde al instituto porque Diane no pasó a buscarme, como hacía siempre. El día en que a mi mejor amiga se le olvidó ponerse una camiseta de los Beatles. Y resultó que ese día, por fin, me di cuenta de que nuestra amistad había terminado. Habíamos sido las mejores amigas durante casi diez años. Nuestras madres se habían conocido en un club de lectura cuando ambas usábamos pañales y decidieron reunirnos de vez en cuando para que jugáramos. Su madre nos recogía al salir de clase y nos llevaba al parque, o íbamos a mi casa y correteábamos en el jardín de atrás.

Pero nada de eso importaba ya. A Diane no volvió a interesarle ninguna otra cosa desde el momento en que Ryan entró en escena.

Diane decidió que en su vida sólo existía espacio para una persona.

Tenía que elegir entre su mejor amiga y su novio.

Adivina por quién se decidió.



Seis

Me alejé de Ryan y de Diane a la mayor velocidad posible, antes de que se convirtieran en «Dianey-Ryan» en mitad del pasillo. Pero el nombre de Diane volvió a surgir durante el almuerzo.

—Imagina quién ha intentado charlar conmigo en Biología, y también en Francés, como si fuéramos amigas —me comentó Tracy mientras nos dirigíamos a la cafetería al acabar las clases de la mañana—. Diane Monroe, ¿te lo puedes creer? Debe de estar maniobrando para conseguir votos para que la nombren reina en la fiesta de antiguos alumnos.

—Sí, actúa de forma rara —coincidí.

—Puf, no la soporto.

Tracy nunca había sido una gran fan de Diane, la verdad; pocas chicas en el instituto lo eran. Tal vez fuera por su apariencia perfecta, o por el hecho de que sobresalía en todos los aspectos.

Pero aquello no eran más que pequeñas envidias.

En realidad, había una única persona en el McKinley que contaba con una razón de peso para odiar a Diane Monroe.

Yo.

Por si no resultaba lo bastante malo que fuera el prototipo de «chica-que-abandona-su-identidad-por-culpa-de-un-chico», también me había abandonado a mí. Yo siempre había considerado que las chicas que renuncian a sus amigas cuando un chico se interesa por ellas son patéticas. Pero cuando me convertí en una de esas amigas, descubrí lo mucho que dolía.

Otro ejemplo más de cómo los chicos habían arruinado mi vida. Por si no tuvieran bastante con tratarme como si fuera basura, me robaban a las amigas.

Aunque odiaba la lista de Tracy por lo mucho que le hacía sufrir, por lo general me alegraba en secreto cuando resultaba ser un fracaso. No quería perder a Tracy de la misma manera en que había perdido a Diane.

Una vez que hubimos sorteado la larga cola de desconcertados alumnos de tercero que aún no estaban al tanto del veneno que servían en la cafetería, Tracy y yo nos sentamos a nuestra mesa del almuerzo, la misma del curso anterior. Nuestras amigas Morgan y Kara no tardaron en llegar.

—Eh, chicas —nos saludó Morgan mientras ella y Kara tomaban asiento—. Mis padres me están dando la paliza para que elija más actividades extraescolares de cara a la solicitud para la universidad. ¿Os lo podéis creer? Ya tengo que empezar a preocuparme por la universidad. ¡Pero si acabamos de empezar primero de bachillerato!

Las cuatro asentimos con la cabeza. Kara se rebulló, incómoda, y jugueteó con su manzana mientras las demás nos lanzábamos a nuestros respectivos almuerzos. Costaba no darse cuenta de que había adelgazado aún más durante el verano, si es que era posible. Prácticamente desaparecía dentro de su sudadera gris con capucha, del instituto McKinley.

De pronto, el cuerpo de Kara se clavó en la mesa por culpa de una chica bajita, de pelo rizado, que debió de resbalarse en el suelo. Estrelló su bandeja contra la cabeza de Kara y su bebida se le derramó a nuestra amiga por el hombro.

—¡Oh, no! —gritó la chica—. ¡Mi refresco!

Conmocionadas, nos quedamos mirando mientras la desconocida recogía su vaso de plástico y examinaba su ropa, ignorando a Kara por completo. En mi vida había visto a aquella chica, por lo que me imaginé que sería de tercero. Nunca se me habría pasado por alto, aunque no podía medir más de metro y medio. Todo en ella resultaba exagerado. Las uñas acrílicas pretendían pasar por una manicura francesa; el pelo, castaño oscuro, tenía un exceso de mechones rubios; llevaba las cejas depiladas al máximo y los labios, demasiado perfilados. Vestía una diminuta minifalda vaquera y top de encaje. En otras palabras, daba la impresión de que se disponía a contonearse por la pasarela, y no a almorzar en la cafetería del instituto.

—¿Estás bien? —Morgan le entregó a Kara unas servilletas para que se secase.

—¡Ash-ley! —gritó la chica a su amiga—. ¿Me he manchado la camiseta?

Tracy giró la cabeza de golpe.

—Perdona, ¿qué tal si le pides disculpas a mi amiga, a la que acabas de poner como una sopa?

La chica se quedó mirando a Tracy como si ésta le estuviera hablando en un idioma extranjero.

—¿Cómo dices? Se me ha caído el refresco.

Tracy le lanzó su particular «mirada asesina»: ojos entornados en forma de diminutas rendijas, labios fruncidos y expresión de la furia más absoluta.

—Sí, se te ha caído el refresco... encima de mi amiga. ¿Sabes lo que es una disculpa?

La chica, molesta, abrió la boca. Masculló algo que, me imagino, se suponía que era una disculpa (sonó más bien a una pregunta: «¿Per-dón?») y se alejó.

Tracy volvió a sentarse.

—Increíble. El primer día de clase y estos de tercero ya se creen los dueños del instituto. Qué barbaridad, mirad la mesa a la que van.

Había una hilera de mesas junto a los ventanales que invariablemente ocupaban los deportistas y las animadoras, incluyendo al infame y elitista grupo de Los Ocho Magníficos: Ryan Bauer y Diane Monroe, Brian Reed y Pam Schneider, Don Levitz y Audrey Werner, Todd Chesney y una de sus numerosas novias rotatorias.

Tracy y yo nos contábamos entre las pocas chicas de nuestra clase que no se habían sentado a aquella mesa en calidad de novia provisional de Todd. Nunca me había apetecido formar parte de aquella demente versión del Arca de Noé, donde sólo sobrevivías si formabas pareja con un miembro del sexo opuesto. Si tuviera que

elegir entre salir con Todd y perder el barco, estaría plenamente decidida a ahogarme.

Tanto Kara como Morgan habían salido con Todd. En el caso de Morgan fue en segundo de secundaria, y Todd se dedicaba a contar mentiras al equipo de baloncesto sobre hasta dónde había llegado con ella. Una vez que la hubo abandonado, Morgan se fue haciendo cada vez más popular entre los chicos de la clase, hasta que cayó en la cuenta de que era porque la tomaban por una chica fácil.

Habría cabido imaginar que Kara aprendería de los errores de Morgan. Pero no. Todd se las arreglaba para desbaratar el sentido común de cualquier chica. Kara había pensado que, en su caso, sería diferente, así que se lanzó al agua... para después descubrir que una tal Tina McIntyre nadaba en la misma piscina y al mismo tiempo.

No podía evitar preguntarme por qué un chico conseguía encontrar dos chicas estupendas con las que salir simultáneamente, cuando nosotras las chicas no éramos capaces de encontrar un solo chico pasable.

El rostro se me encendió al recordar la cantidad de problemas que Todd había causado; no sólo con Morgan y Kara, sino con prácticamente la mitad de nuestra clase. Jamás entendí el poder que ejercía sobre las chicas. Era el típico atleta estúpido: un tipo grande con el pelo rubio oscuro cortado a maquinilla y ropa que siempre ostentaba los logotipos de al menos dos equipos deportivos.

Al pensar en Todd caí en la cuenta de que yo no era la única chica del McKinley que se podría beneficiar de un boicot al sexo masculino.

Aquellas fastidiosas alumnas de tercero se le estaban echando encima, y él lo disfrutaba al máximo.

—Los chicos son idiotas —declaré, prácticamente a gritos.

Una risa escapó de la garganta de Tracy.

—Venga ya, ¡como si no te pasaras la vida coqueteando con Ryan y Todd!

¿Como si no QUÉ?

—Pero ¿qué dices?

—¿Me tomas el pelo? Cuando estás con Ryan te pones a ligar como una loca.

Sí, bueno; eso era la antigua Penny. La nueva Penny había dejado de ligar. Me habría encantado no tener que hablar con ningún chico durante el resto del curso.

—Los chicos de Los Ocho Magníficos no son el problema —apuntó Morgan—. Esas chicas son superficiales y no tienen nada (repito: nada) de que hablar, aparte de sus novios.

—Bueno —repuso Kara—. Diane siempre es amable conmigo. Pero Audrey y Pam son unas creídas.

Morgan dirigió una mirada indignada hacia aquella mesa.

—Venga, por favor. Podrán ser animadoras y salir con los mejores atletas (¡menudo aburrimento!); pero la verdad es que no le caen bien a nadie. ¿Y sabéis lo más ridículo de todo? Que a los de ese grupo, supuestamente el de los más populares, los desprecian casi todos los alumnos. Cada vez que son amables con alguien que no pertenece al grupo es siempre, *siempre*, porque andan buscando algo.

—¡Exacto! —intervino Tracy—. Hoy mismo, en clase, Diane pretendió ser mi mejor amiga del alma. Y para colmo, intentó lo mismo con Pen, esta mañana.

Morgan asintió.

—Exacto. Salta a la vista que quiere algo.

—Sí. Bueno, pues sea lo que sea —dijo Tracy, volviendo la mirada hacia la mesa de Los Ocho Magníficos—, os aseguro que no lo va a conseguir.



Siete

Entré en la clase de Historia Universal y me encontré acorralada por todas partes.

Nuestra profesora, la señora Barnes, había adjudicado los pupitres por orden alfabético (¡qué original!) y me colocó entre Ryan y Todd, con Derek Simpson sentado dos filas más atrás y Kevin Parker (la gran obsesión de Tracy) y Steve Powell (más abajo en la lista) a escasa distancia.

Sólo había otras tres chicas en la clase, y terminaron situadas lo más lejos posible de mí.

—Caramba, hola, señorita Penny —me dijo Todd a modo de bienvenida. Aquella mañana habíamos estado juntos en la clase de Español y (para mi gran disgusto) nos habían asignado como pareja de conversación. Todd se pasó casi todo el tiempo inventándose palabras, para lo que añadía una «o» final a las palabras inglesas: el *chairo*, el *sandwicho*, el *footballo*.

Ryan se sentó a mi lado.

—Qué sorpresa —comentó.

Todd se inclinó sobre mi mesa.

—Eh, Penny, ¿qué nombre español vas a elegir? —encogí los hombros. No me había parado a pensarlo, la verdad. Todd prosiguió—: Es que estaba pensando en elegir Nachos, y si tú eligieras Margarita, cuando hagamos un trabajo juntos, la señora Coles tendrá que decir: «Margarita y nachos, por favor».

Todd soltó una carcajada; luego, se inclinó hacia delante y puso la mano en alto. Hice todo lo posible por ignorarlo.

—¿Qué pasa, Bloom? —preguntó Ryan—. ¿Es que me estás engañando con Chesney? En serio, pensaba que tenías mejor gusto.

«Sí, como si fuera yo quien engaña. Yo no soy quien tiene novia».

Todd dedicó a Ryan un gesto grosero y, acto seguido, los dos se pusieron a decir estupideces acerca de cuál de ellos iba a dar más vueltas en el entrenamiento de aquella noche.

Me pregunté si por la zona habría institutos sólo para chicas.

Cuando escuché el último timbre del día, me sentí más aliviada que en toda mi vida. Salí del aula como si huyera de un fuego y me fui derecha a mi taquilla. Allí me encontré a Diane, esperando. No a mí. A Ryan. Cómo no.

Aun así, me saludó con la mano.

¿Es que no tenía una taquilla propia?

—¡Eh, Penny! —exclamó a medida que me acercaba—. ¿Vas a ir al partido del viernes por la noche?

—Sí —fingí estar ocupada buscando mi manual de Biología. No entendía por qué, de repente, mostraba tanto interés por mi calendario social.

—Como si alguien fuera a perderse semejante movida —terció Todd, que se acercaba con Ryan, y, tras hacer el comentario, se paró para entrecuchar las manos con él—. Hasta el padre de Bauer va a estar. Sólo por eso hay que ir. Ocurre muy pocas veces, en plan, no sé, como un eclipse lunar o algo por el estilo...

Ryan lanzó a Todd una mirada furiosa y cerró su taquilla de un portazo. Yo conocía a Ryan desde primaria y nunca había visto a su padre. A su madre y a su padrastro, claro que sí. Pero a su padre no. Sólo sabía que era un pez gordo entre los abogados de Chicago.

Se produjo un incómodo silencio en el grupo de Ryan, un grupo con el que no quería involucrarme. Cogí el móvil y se me hizo un nudo en el estómago al ver que tenía otro mensaje de Nate.

No podrás ignorarme toda la vida.

Pulsé la tecla «Borrar». Desde luego, pensaba intentarlo.

—¿Penny? —era la voz de Diane.

—¿Qué? —levanté la mirada y me fijé en que estaba sola. No me había dado cuenta de que Ryan y Todd se habían marchado. ¿Por qué seguía allí Diane?

—Eh, mmm..., me estaba preguntando... —empezó a decir, nerviosa, mientras doblaba una esquina de su cuaderno—. Verás, hace mucho que no hablamos, y me encantaría que saliéramos alguna vez. Al cine, o a cenar; lo que prefieras.

«Tiene que estar de broma», pensé.

—Bueno, yo, eh...

«¿Por qué no me dices qué andas buscando y acabamos de una vez?».

—¿Tienes algo que hacer mañana por la noche? —preguntó.

—Mmm... —me anduve con rodeos, tratando de improvisar una excusa para no quedar con ella.

—Estaba pensando que podíamos ir al centro comercial y luego picar algo. Lo pasaríamos bien, ¿verdad?

«Pues no, la verdad es que no...».

Me quedé mirando a Diane. Tenía los ojos abiertos de par en par, y daba la impresión de que, realmente, le apetecía salir conmigo. O eso, o bien que estaba tan desesperada por ser la primera alumna de primero de bachillerato en convertirse en reina de la fiesta de antiguos alumnos que estaba dispuesta a llevar su campaña de promoción más allá de las líneas enemigas.

«Un momento —pensé—. Ésta es Diane Monroe. La misma Diane que me dejó plantada un millón de veces. La que nunca anteponía a una amiga frente a Ryan. Si accedo, tendrá que cancelar un plan con Ryan. Hay cosas que nunca cambian».

—Sí, estará bien —repuse. Sabía que siempre me podía inventar una excusa (como que tenía que trabajar en la consulta dental de mi padre), si es que ella no me

plantaba primero.

Diane dio un saltito en el aire.

—¡Guay! Te pasaré a buscar mañana, después de clase.

No pensaba esperarla con los brazos abiertos.



Ocho

—¿Que vas a qué? —Tracy prácticamente se salió de la carretera cuando se lo conté a la mañana siguiente—. En serio, Pen; Diane tiene que estar medicada. Algo en la azotea no le funciona bien.

—Ya lo sé. La veo hablar con *todo el mundo* —traté de reprimir la risa.

—No lo entiendes. A ver, no estás con ella en ninguna clase. Y yo estoy en dos; antes de almorzar. Y lo único que hizo ayer fue acercarse y charlar conmigo con ese estilo de animadora que la caracteriza.

—Sí, bueno; no me preocupa. Me dará plantón. Fin de la historia.

Me figuro que, en cierta forma, Diane fue quien me preparó para cuando los chicos empezaron a abandonarme. Con ella pasaba lo mismo: no contestaba las llamadas, me evitaba en los pasillos, hablaba a mis espaldas.

Sonó el móvil de Tracy. Encendió el manos libres, respondió la llamada, escuchó unos tres segundos y luego vociferó:

—¿CÓMO?

Instintivamente, sujeté el volante para enderezar la marcha.

—¿Hablas en serio? ¿Cuándo? —Tracy me agarró del brazo—. ¡Ay, Dios mío!

Me entraron ganas de abofetearla, pero no quería morir de camino al instituto. Tracy siguió chillando y formulando preguntas.

Cuando por fin apagó el teléfono, una expresión de suficiencia le cruzó el semblante.

—No te lo vas a creer —declaró—. Ryan ha roto con Diane.

—¿CÓMO? —pegué un grito tan potente que Tracy dio un respingo—. Estás de broma. He visto a Diane junto a la taquilla de Ryan...

Tracy sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Esta mañana, Jen llegó temprano al instituto para entrenar con el equipo de voleibol y saltó la noticia. Por lo que ha oído, Ryan rompió con Diane a principios de verano, antes de que ella se marchara de vacaciones; pero, en realidad, nadie lo supo porque Ryan no quería, en fin, que hubiera cotilleos, o lo que fuera, mientras Diane estaba de viaje. Pensaban esperar unos días antes de decírselo a la gente, pero Todd se lo soltó a Hilary Jacobs, y ya te puedes imaginar que el asunto corrió como la pólvora.

—Imposible —repliqué. Diane Monroe y Ryan Bauer llevaban cuatro años juntos. Se suponía que iban a casarse, a tener dos coma cuatro hijos y un cincuenta por ciento de posibilidades de vivir felices para siempre.

—¡Encaja a la perfección! Por eso está tan simpática con todo el mundo, la muy bruja —Tracy me lanzó una mirada furiosa—. Ahora, ya sabemos exactamente lo que

quiere.

Desconcertada, me quedé mirando a Tracy. ¿Qué quería Diane?

—Se piensa que, ahora que está sin pareja, puede volver corriendo a su buena amiga Penny.

Traté de entender la situación. Diane me abandonó por Ryan; Ryan abandonó a Diane, y ahora ella contaba con que volviéramos a ser amigas.

«No lo creo».

—Un momento —interrumpió Mike—. ¿Eres amiga de Diane Monroe?

—No, *éramos* amigas.

—Guau —Mike parecía impresionado—. Está buenísima. ¿Y si me la presentas?

—¡Fuera del coche! —vociferó Tracy. Mike puso los ojos en blanco y saltó del vehículo en cuanto su hermana se detuvo en el aparcamiento.

—¿Es que Diane se cree que soy imbécil? —protesté—. Después de pasarse cuatro años sin hablarme, ahora quiere que la consuele por lo de Ryan. Ya tengo mis propios problemas con los chicos, muchas gracias. Voy a darle plantón, te lo aseguro.

—¿Cómo? —Tracy abrió los ojos de par en par—. De ninguna manera. ¡Tienes que ir!

No podía creer que Tracy hablara en serio. Odiaba a Diane, ¡y me pedía que quedara con ella!

—Tienes que conseguir la exclusiva. Averigua por qué Ryan ha abandonado a ese bombón y luego, te levantas y te vas. No le debes nada. Por una vez, disfruta tú de ver cómo se siente utilizada.

—Pero yo...

—Venga ya, Pen. Ojalá pudiera acompañarte y escuchar cómo te cuenta entre sollozos su triste historia. Oh, cuánto me alegro de que Ryan, por fin, haya entrado en razón. Mmm, me pregunto si debería ponerlo en la lista —Tracy se mostró pensativa unos instantes—. No, siempre he pensado que te va más a ti. Y no es que vayas a salir con chicos ni nada parecido.

Noté que se me avecinaba una migraña.

El dolor de cabeza no se me pasó una vez que llegué a mi taquilla y me encontré con Ryan. Estaba tan concentrada en Diane que se me había olvidado que también tenía que verlo a él. No había forma de esquivarlo.

No sólo ignoraba qué decirle, sino que tampoco sabía cómo se suponía que me tenía que sentir. ¿Debería estar furiosa? ¿Debería darle las gracias por confirmarme, una vez más, que los chicos únicamente utilizan a las chicas? De acuerdo, no estaba al tanto de lo que había ocurrido, pero, en mi fuero interno, estaba convencida de que Ryan tenía la culpa.

—Hola, Bloom —dijo cuando me disponía a abrir mi taquilla.

—Hola, ¿alguna novedad? Bueno, no me refiero a nada en particular, eh... — cerré los ojos, abrigando la esperanza de que se diera la vuelta y se esfumara.

—Por lo que veo, han bastado veinticuatro horas para que el instituto entero

sepa la noticia —replicó.

Volví la mirada hacia él y no supe qué decir.

—En cualquier caso —continuó—, he oído que Diane y tú vais a salir esta noche.

Me quedé mirándolo sin entender. ¿Cómo se había enterado?

—Oye, no pasa nada. Me alegro de que hayáis quedado. Si te digo la verdad, estoy un poco preocupado por Diane. Ya sabes lo maliciosas que son algunas personas.

Procuré no pensar en Tracy... ni en mí misma.

—¿Cómo va eso, Bauer? —Todd apareció a la vuelta de la esquina. En la vida me había alegrado tanto de verlo..., al menos hasta que se acercó y me rodeó con un brazo—. Mira, me importa una mierda que ahora estés soltero. Más te vale alejarte de mi chica.

Por primera vez, Ryan se quedó desconcertado.

Todd no captó el detalle y prosiguió:

—Y ahora, ¿por qué no te vas a romper unos cuantos corazones mientras mi compañera de *spanisho* y yo nos vamos a clase? —me agarró del brazo y, mientras me guiaba hacia el aula, se puso a negar con la cabeza—. Haz caso de lo que te digo —comentó con un suspiro exagerado—. Ahora que Bauer está soltero, vamos a tener problemas.

Ryan tenía razón sobre lo rápido que las noticias viajaban por el instituto: no se hablaba de otra cosa. Intenté mantenerme al margen, pero como socia única del Club de los Corazones Solitarios, no pude evitar fijarme en lo injusto que todo el mundo estaba siendo. Nadie parecía preocuparse por Ryan. Por descontado, no tardaría en tener otra novia; pero, de no ser así, no pasaría nada. La elección era suya. Los chicos mandan.

Pero a Diane la trataban como mercancía defectuosa. Ella era la víctima. La sombra desconsolada, destrozada, de la persona que había sido.

Cuando se hablaba de Ryan, la gente entrechocaba las manos, celebrando su nueva libertad.

En cuanto a Diane, todo el mundo hablaba en susurros, como si Diane debiera avergonzarse por haberse quedado sin pareja.

No podía ser más injusto.

Y yo era consciente. Con todo, me resultaba de lo más violento quedar con Diane después de clase.

Una voz en la cabeza me decía sin parar: «La única razón por la que no te ha dejado plantada es porque ya no tiene novio».

Mientras nos dirigíamos a la cafetería, hablamos de nuestras familias. De cómo le iba a Rita en la universidad y de cómo su madre estaba reformando la cocina... otra vez. Cuando llegamos, charlamos sobre las clases. Luego, de lo que íbamos a pedir para comer. Entonces, cuando parecía que el único tema de conversación que

nos quedaba, con excepción de las rupturas (la suya, la mía..., había para elegir), era el estado del tiempo, nos quedamos mirando la una a la otra, así, sin más.

—Bueno —dijo por fin Diane mientras escarbaba en su ensalada—. ¿Cómo está Nate? ¿Sigue pasando el verano con vosotros?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—No me apetece hablar del tema.

—Ah —Diane bajó la mirada, al caer en la cuenta de lo poco oportuno de su pregunta. Parecía muy triste mientras empujaba el tenedor por el plato.

Por fin, levantó la cabeza.

—¿Te puedo decir una cosa?

Me encogí de hombros.

—Siempre te he tenido un poco de envidia.

—¿Perdón? —¿cómo era posible que doña Perfecta, la modelo rubia de ojos azules llamada Diane Monroe, me tuviese envidia?

—En serio, Penny. De verdad, ¡hablo en serio! ¡Mírate! ¿Tienes idea de lo mucho que tengo que esforzarme para mantenerme así? Fíjate en lo que estoy comiendo por culpa de los carbohidratos —Diane hizo un gesto en dirección a su ensalada de lechuga y tomate con aliño libre de grasas y luego volvió la mirada a mi sándwich de pavo con queso *cheddar*, mayonesa y patatas fritas de bolsa—. Para empezar —prosiguió—, comes lo que te apetece y, aun así, tienes una figura impresionante.

Yo no entendía nada.

—Además, tu forma de vestir es increíble, en serio. Yo elijo lo que me voy a poner según lo que me marcan las revistas; soy una más del montón. En cambio, tú tienes tu propio estilo informal que nadie es capaz de imitar. Siempre lo has tenido.

En otras palabras, era una *friki* por preferir las zapatillas All Star a los tacones de aguja.

—¿Y sabes qué? No soy idiota. Sé perfectamente que nunca le caeré bien a la gente como tú.

Como habría dicho Tracy: «Lo que tú digas».

Diane se rebulló, incómoda, en su asiento.

—Bueno, en fin, quería que lo supieras.

—Sí... Gracias —traté de dedicarle una sonrisa.

Volvió a escarbar en su ensalada.

—¿Te acuerdas de cuando, de pequeñas, montábamos conciertos para nuestros padres?

Asentí, sorprendida de que Diane se acordara de los recitales de los Beatles que organizábamos en el sótano.

—¿Cómo llamaban tus padres al sótano?

Suspiré.

—The Cavern —The Cavern, la caverna, era el local de Liverpool donde los Beatles iniciaron su camino a la fama.

—¡Exacto! Me acuerdo de que tú te empeñabas en ser John, y que yo era Paul, y

que teníamos peluches que hacían de Ringo y George —se echó a reír, inclinándose hacia delante—. Y luego, hicimos ese numerito en la cafetería, el verano que estuvimos en el lago.

—¿Cuando nos deslizábamos por el agua sobre neumáticos?

Los ojos de Diane se iluminaron.

—¡Eso es! ¿Cómo se llamaban esos chicos?

Bajé la vista hacia la mesa, tratando de acordarme de los dos hermanos con los que pasamos el rato aquella semana.

—Me acuerdo de cómo entrenabas a ese chico al *hockey* de mesa —ambas nos echamos a reír—. En serio, Penny, pensé que se te iba a dislocar el brazo de tanto que lo zarandeabas de un lado a otro —Diane se puso a agitar los brazos ferozmente y estuvo a punto de volcar su vaso de agua.

Entonces, sucedió algo inesperado.

Fue como si los cuatro últimos años se hubieran esfumado. Como si sólo hubieran pasado unos cuantos días desde que Diane me llevaba los libros mientras yo cojeaba con la ayuda de muletas por un esguince de tobillo. Las dos empezamos a recordar nuestra amistad y, sin que nos diéramos cuenta, transcurrió una hora. Diane me miró con aire pensativo.

—¡Guau, Penny! Ha pasado demasiado tiempo. Juntas, nos divertíamos un montón.

Le dediqué una sonrisa. En aquella época siempre estábamos juntas. Nos habíamos prometido lo que las mejores amigas se prometen en primaria: que iríamos a la misma universidad, que compartiríamos piso, que seríamos damas de honor en nuestras respectivas bodas...

Diane se puso a dar golpecitos en la mesa con actitud nerviosa.

—También te quería pedir perdón —los ojos se le cuajaron de lágrimas—. Siento haber echado a perder nuestra amistad. Siento haberte tratado tan mal. Y, sobre todo, siento haber tardado tanto en recobrar el juicio. No puedo ni imaginarme lo que debe de haber sido para ti. Cuando Ryan y yo rompimos —la voz se le quebró al pronunciar el nombre. Ahora, las lágrimas le surcaban las mejillas—, no pude evitar acordarme de ti. Al principio, todo iba bien. Me fui de vacaciones con mi familia. Las clases de tenis me mantenían ocupada. Pero hace un par de semanas me encontré sin nada que hacer. Aún no habían empezado los entrenamientos. Estaba completamente sola.

Agarró su bolso y sacó un pañuelo de papel. Se sonó la nariz.

—Llamaba a Audrey y a Pam, pero, o bien tenían planes con sus novios o, si quedaban conmigo, me dejaban plantada en cuanto Don o Brian las llamaban. Sé perfectamente que yo hacía lo mismo contigo. También por eso te pido perdón.

Me llegaban imágenes fugaces de años atrás. Los momentos en los que era consciente de que estaba perdiendo a mi mejor amiga y me sentía sola, sin nadie.

Diane se secó las lágrimas que le empañaban el rostro.

—Sufrí al darme cuenta de que no tenía ninguna amiga de verdad, de la clase de amigas que éramos tú y yo. Y ahora que ha empezado el instituto, es aún peor.

Antes, seguía a diario la misma rutina: Ryan me recogía para ir a clase; luego, yo me acercaba a su taquilla, después..., bueno, ya lo sabes. Lo has visto. Hice de él mi mundo entero y ahora..., ahora me he quedado sin nada —sus sollozos se convirtieron en agudos lamentos mientras trataba de recobrar la respiración.

—Yo... —intenté encontrar palabras de consuelo, pero mis sentimientos estaban en conflicto—. Diane, ¿qué esperas que haga yo?

Levantó la vista y me miró con ojos enrojecidos.

—Siento mucho lo que ha pasado contigo y Ryan —proseguí—. De verdad. Nadie debería sufrir de esa manera, y menos aún por culpa de un chico. De todas formas... no sé qué hacer. Porque me cuesta olvidarme de que me abandonaste por completo. No sé qué habría hecho si Tracy no se hubiera mudado a la ciudad, el año siguiente.

Diane forcejeó para recobrar el aire.

—Tienes razón, toda la razón. Es sólo que... Ya no sé quién soy. Todo el mundo me conoce como Diane, la novia de Ryan, o la animadora, o la delegada de clase. Me encuentro perdida. Una parte de mí piensa que es mejor continuar como si nada hubiera cambiado; pero existe otra parte que quiere dejar de hacer lo que todos esperan que haga. No sé... —negó con la cabeza—. No sé si quiero seguir siendo animadora. No me apetece animar a nadie, la verdad. No sé qué quiero hacer. Sólo...

Noté que los ojos me escocían. ¿Quién habría imaginado que seguiría teniendo algo en común con Diane? Me sentía perdida, igual que ella.

Diane me miró con una mezcla de sorpresa y compasión. Sin vacilar, me entregó un pañuelo de papel. Antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, me puse a contarle todo lo de Nate. Me sentía un tanto estúpida, sabiendo que sólo había salido con él varias semanas, y no varios años. Pero, por alguna razón, sabía que Diane me entendería. Tardé unos instantes en asimilar que las lágrimas que ahora surcaban sus mejillas eran por causa de Nate.

—Ay, Penny, cuánto lo siento. ¡Es horrible! Confiaste en Nate, y él... Penny —se aseguró de que la estaba mirando—, no hiciste nada malo.

A pesar de tanto tiempo como había transcurrido, no me había olvidado del todo de aquella Diane. Aquella Diane que siempre sabía elegir las palabras precisas, aquella Diane que me apoyaba por encima de todo. Esa misma Diane era el motivo por el que habíamos sido las mejores amigas.

Intenté esbozar una sonrisa.

—Sí, bueno; no pienso volver a cometer el mismo error. Jamás. He decidido que, básicamente, he terminado. Ya sabes, con los chicos —traté de reírme, para que no creyera que me había vuelto loca—. Es que, no sé... Estoy harta de todo esto. Míranos, las dos llorando. ¿Y por qué? Porque decidimos confiar en un chico. Terrible equivocación. De hecho, he fundado una especie de club.

—¿Un club? —Diane se inclinó hacia delante—. ¿Qué club? ¿Quiénes lo formáis?

—Yo, yo y yo. Es el Club de los Corazones Solitarios. Seguro que te parezco patética.

Diane me agarró la mano desde el otro lado de la mesa.

—Para nada. Considero que lo has pasado muy mal, y que tienes que hacer lo que sea necesario para superarlo. Lástima que no se te ocurriera hace años; imagina los problemas que nos habrías ahorrado a las dos. Aunque... sólo veo un problema

—Diane esbozó una sonrisa.

—¿Cuál?

—No puedes tener un club con un solo miembro, la verdad.

Me eché a reír.

—Bueno, ya lo sé, pero...

—¿Qué tal si añadimos a otra persona?

La miré, conmocionada.

—¿Cómo dices?

—¡Penny! —Diane se secó las lágrimas y dio la impresión de que su entusiasmo era sincero—. ¿Acaso crees que me apetece volver a quedar con chicos a la primera oportunidad? Yo también he terminado. Sólo me queda resolver qué es lo más conveniente a partir de ahora. No para Ryan y para mí. Para mí.

Una oleada de emoción me recorrió por dentro.

—¡Justo lo que he estado pensando!

—Tienes que dejarme entrar. Sé que debo volver a ganarme tu confianza, y lo haré. Pero, por el momento, ¿te importa al menos *contemplar* la idea de perdonarme?

Alargó la mano para estrechar la mía. Ni siquiera lo dudé.

Ahora, éramos dos.



Nueve

Cuando me separé de Diane después de la cena, me sentía sinceramente feliz y esperanzada por primera vez desde hacía varias semanas. Contar con una cómplice, que además estaba pasando como yo por una ruptura, era justo lo que necesitaba.

Cogí el móvil y comprobé que tenía tres mensajes.

Los dos primeros eran de Tracy:

¿Ha empezado ya a llorar?

Si se pone a hacer pucheros, ¡sácale una foto de mi parte!

El tercero era de Nate:

Voy a seguir enviándote mnsjes hasta que me contestes.

Pasé por alto a Nate y llamé a Tracy.

—Cuéntamelo todo —dijo nada más descolgar.

Traté de ponerla al corriente; pero no me dejaba meter palabra, ni siquiera de canto. No paraba de burlarse de Diane, lo cual empezó a molestarme.

—Tracy, basta ya —elevé el tono de voz—. ¿Sabes?, ha sido difícil para ella. Imagina por lo que está pasando. Se siente perdida...

—¡Por favor! —interrumpió Tracy—. ¿Te estás escuchando? A este paso, vas a acabar invitándola a almorzar con nuestro grupo.

Silencio absoluto.

Tracy suspiró.

—No irás en serio, ¿verdad? Anda, dime que es una broma.

—Tracy —hablé con lentitud, eligiendo las palabras con cuidado—. Todo el mundo se está portando fatal con Diane. Tómalo como una obra de caridad.

—Ya he hecho mi donativo —replicó con tono monocorde.

—Por favor. Hazlo por mí —no traté de ocultar la nota de desesperación en mi voz.

—Muy bien. Pero me debes una.

Colgué el teléfono antes de que pudiera cambiar de opinión.

—¿Te das cuenta de que te voy a matar por esto? —me advirtió Tracy por decimocuarta vez a medida que nos encaminábamos al comedor, al día siguiente.

—Por favor, dale una oportunidad —supliqué.

—Lo veo muy difícil. No sé, Pen, llámame loca si quieres, pero no me emociona

la idea de ver cómo utilizan a mi mejor amiga.

—Sé lo que hago —me dirigí a una mesa pequeña situada en un rincón, por si se producían mordiscos o tirones de pelo. Les dije a Morgan y a Kara que era mejor para ellas almorzar en otro sitio ese día; no quería convertirlas en cómplices de los actos de violencia que pudieran venir a continuación.

—Sí, creo que dijiste lo mismo a principios de verano.

Me quedé petrificada.

Tracy me agarró de la mano.

—Lo siento mucho, Pen. Ha sido un comentario terrible.

Traté de sacudirme el pensamiento de la cabeza. Ya iba a resultar bastante difícil sin tener que pensar en... él.

—Por favor, Tracy. Hazlo por mí. Sé agradable.

Tracy tomó asiento sin pronunciar palabra.

—Hola, chicas —Diane se sentó a nuestra mesa—. ¡Muchas gracias por aceptarme!

Tracy forzó una sonrisa.

—¡Ah! —Diane puso sobre la mesa una pequeña caja de cartón—. Como muestra de agradecimiento... ¡pasteles! —Diane colocó dos vistosos pasteles sobre la mesa.

—Gracias —cogí el más grande y empecé a lamer el azúcar glaseado de color rosa. Lancé a Tracy una mirada indignada.

—Eh, gracias.

Diane sonrió encantada, seguramente porque eran las primeras palabras cordiales que Tracy le había dirigido nunca.

—¿Sabes, Penny? Después de anoche, me encuentro mucho mejor. Renunciar a los chicos ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida. El club va a ser increíble.

Oh-oh.

Tracy trasladó la vista de una a otra.

—¿Qué club?

—Eh, verás... —el asunto se ponía complicado—. ¿Te acuerdas de lo que dije sobre que los chicos son escoria?

Tracy puso los ojos en blanco.

—Sí.

—Bueno, pues he decidido que no voy a salir con ninguno, nunca más...

—Penny —interrumpió Tracy.

—A ver, Tracy, ¿te importa escucharme hasta el final? —la paciencia se me estaba agotando—. Intenté explicártelo el otro día, pero no dejabas de interrumpirme.

Tracy cerró la boca y se recostó sobre el respaldo de su silla.

—He terminado con los chicos. Al menos, mientras siga en el instituto y tenga que vérmelas con estos idiotas. De modo que decidí fundar a solas el Club de los Corazones Solitarios.

Tracy se mostró desconcertada.

—¿Tiene que ver con los Beatles?

—Claro, y si alguna vez escucharas la música que te he regalado, lo sabrías. Bueno, el caso es que hablo muy en serio. No pienso volver a quedar con chicos. Y Diane ha decidido incorporarse a mi bando.

Diane se giró hacia Tracy.

—Deberías unirte tú también. Sería divertido.

Tracy miró a Diane con desdén.

—¿Me consideras tan patética como para no conseguir quedar con un chico?

—Eh, no es eso... —intenté interrumpir.

—No, no me refiero a eso. Yo... —Diane parecía dolida.

Tracy le lanzó una mirada asesina.

—De acuerdo. Y dime, ¿cuánto va a durar tu afiliación al club? ¿Como si pudieras sobrevivir sin que la población masculina al completo te esté adulando!

—Tracy, basta ya —zanjé yo—. Para mí, el club es importante.

Tracy soltó un gruñido.

—Vamos, Penny. ¡Sé seria!

La cara me ardió de furia. ¿Cómo podía haber esperado que Tracy entendiera el sufrimiento por el que Diane y yo estábamos pasando? A ella nunca le habían destrozado el corazón.

—¡No lo pillas! —grité. Era la primera vez que le levantaba la voz. El grupo de novatos de la mesa de al lado se marchó—. Sé que no entiendes por lo que estoy pasando, pero es lo que necesito —la voz me empezó a temblar mientras trataba de reprimir las lágrimas—. Creía que todo había acabado, pero no es verdad. Me sigue mandando mensajes por el móvil.

—¿El qué? —Tracy frunció los labios.

—Él... —no tenía energía para hablar de Nate.

—Penny, ya te lo he dicho. Es un imbécil —terció Diane con tono amable—. No le debes nada.

Tracy se giró hacia Diane.

—¿Es que sabes lo de Nate?

—Claro que lo sabe. Pero ahora no me apetece hablar de él. Lo único que me interesa es este club, y dejar de salir con chicos. Más aún, es lo que *necesito*. Diane me apoya. Ojalá tú también lo hicieras.

Un silencio descendió sobre la mesa.

—Pen —dijo Tracy con voz serena—, perdona si piensas que no te apoyo, pero ¿es que no te das cuenta? Te está utilizando.

Diane se estremeció.

—¿Cómo puedes decir eso? No estoy utilizando a Penny —hizo una breve pausa, respiró hondo, y miró a Tracy cara a cara—. ¿Por qué me odias tanto?

—Yo no...

—Sí, me odias —Diane bajó la mirada a su ensalada, a medio terminar—. No sé por qué, pero siempre me has odiado. Confiaba en que las tres pudiéramos ser

amigas, porque sé cuánto significas para Penny. De ninguna manera podría ser amiga de Penny sin tu... aprobación, supongo.

Tracy miró a Diane con la más absoluta incompreensión. Seguramente, nunca había imaginado que Diane Monroe solicitara nada de ella, y mucho menos su aprobación.

—Es que yo... —Tracy estaba disgustada—. No quiero que apartes a Penny de mí.

Me quedé mirando a Tracy, horrorizada. ¿Cómo podía pensar de esa manera?

—Tracy, Diane no va a hacer eso.

Diane, vacilante, alargó el brazo y lo colocó sobre el hombro de Tracy.

—¿Podrías darme una oportunidad? ¡Por favor!

Alargué el brazo en dirección a Tracy.

—Ya sabes que necesito contar con tu apoyo.

Tracy sacudió la cabeza.

—Me imagino que lo podría intentar... por Penny —el semblante de Diane se iluminó—. Pero espera un momento —Tracy lanzó a Diane una mirada feroz—. Si alguna vez (repito, alguna vez) vuelves a hacer a Penny la misma faena, si le haces daño, no vivirás lo bastante para lamentarlo.

Diane asintió con gesto alicaído.

—Me gustaría de verdad que fuéramos amigas, Tracy. Me encantaría.

Tracy dedicó a Diane una sonrisa alentadora.

—Sí, bueno, conociendo la historia de mi lista, me figuro que antes o después me uniré a vosotras en el lado oscuro.

—¿Me dejas ver tu lista? —preguntó Diane, indecisa.

Tracy hizo una pausa antes de sacar la lista de su bolsa.

—¿Por qué no?

—Ah, conozco a Paul Levine. Es encantador —comentó Diane.

A mi entender, era el mejor comienzo que se podía esperar de nuestra nueva amistad a tres bandas.



Diez

Después de cuatro años de ignorarnos mutuamente, me sorprendió lo poco que Diane y yo tardamos en volver a congeniar. Había dado por sentado que resultaría violento, pero no fue así. Éramos las mismas de antes.

Estaba esperando a Diane junto a mi taquilla al final del día cuando Ryan dobló la esquina; parecía disgustado. Abrió su taquilla de un tirón y empezó a meter libros a empujones en su mochila, con tanta fuerza que pensé que el asa se iba a romper.

Levanté los ojos y vi que Diane se aproximaba hacia mí con una sonrisa.

Pasé la mirada del uno al otro. Sabía que hablaban de vez en cuando desde la ruptura, pero no me apetecía entrometerme en sus asuntos.

Ryan cerró la taquilla de un golpe y, al darse la vuelta, estuvo a punto de chocarse conmigo.

—Lo siento —se disculpó.

—No importa —respondí. Diane estaba a punto de llegar—. Mmm, ¿todo bien?

—¿Eh? —parecía agitado—. He fallado en la práctica de Química.

—Ah, vaya —no sabía qué otra cosa decir. Nunca había tenido problemas a la hora de hablar con Ryan, pero Diane se acercaba y yo tenía la sensación de que, de alguna manera, la estaba traicionando.

—Hola, chicos —nos saludó Diane.

Noté que la gente en los pasillos aminoraba el paso para observar a Ryan y a Diane.

Ellos también lo notaron.

Se produjo un incómodo silencio entre los tres mientras la gente revoloteaba alrededor, diseccionando cada movimiento que Ryan y Diane efectuaban. Dije lo primero que me vino a la cabeza.

—A Ryan no le ha ido bien en la práctica de Química.

Ryan me lanzó una mirada extraña.

—Perdona..., yo... —me sentí avergonzada.

Diane puso los ojos en blanco.

—No hay por qué desesperarse por un notable. Además, ¿no te iban a dar más puntos, o algo parecido, por ese asunto de la asesoría sobre el alumnado?

—¿De qué asesoría habláis? —me interesé.

Ryan se sonrojó.

—No es nada. El director Braddock ha pedido a algunos alumnos que se reúnan con él de vez en cuando para darle una visión más completa de las preocupaciones de nuestros compañeros.

Me desconcertó.

—¿No está para eso el Consejo de Alumnos?

Ryan se encogió de hombros.

—No lo sé. Sólo he ido a verlo una vez, y únicamente quería hablarme de fútbol americano. Me imagino que le apetece recordar sus años de gloria.

En su día, Braddock fue el atleta estrella del instituto McKinley y, por si a alguien se le fuera a olvidar, en las vitrinas de trofeos había un montón de fotos suyas a modo de recordatorio.

—Sí, y luego dicen... —las palabras de Ryan fueron interrumpidas por un escandaloso chillido que llegaba del pasillo. Estuve a punto de tambalearme cuando vi que procedía de Tracy.

Se acercó corriendo con una expresión del más puro entusiasmo y terminó empujándome contra mi taquilla.

—¡Ay!

Tracy se colocó la mano sobre la boca y trató de ahogar la risa.

—¡Perdona! No te vas a creer lo que ha pasado.

Moví el hombro para asegurarme de que no se había dislocado.

—Paul va a dar una fiesta en su casa, el sábado, ¡y me ha pedido que vaya!

—¿Paul Levine? —pregunté.

—Sí, ¿te lo puedes creer? Es el número tres de la lista.

—Guau, Tracy, ¡es genial! —volví la mirada a Diane, que me hizo un guiño disimulado.

Tracy estaba exultante.

—Y tú irás conmigo, ¿verdad? Lo vamos a pasar en grande. Sus padres se han ido de viaje y, como Paul está en el último curso, en la fiesta habrá un montón de alumnos de segundo; puede que incluso asista Kevin. Tú vas a ir, ¿verdad, Diane?

Diane se quedó estupefacta por el hecho de que Tracy contara con ella.

—Desde luego.

—¿Lo ves, Pen? ¡Tienes que venir! ¿No te parece, Diane?

Diane se echó a reír.

—¡Venga, Penny!

Sólo unas horas antes, Tracy se estaba lanzando a la yugular de Diane. Ahora la utilizaba para convencerme de que asistiera a la fiesta.

—Pues claro, os acompañaré —repuse yo.

Ryan nos miraba a las tres con una mezcla de desconcierto y regocijo.

Yo estaba un poco nerviosa ante la idea de asistir a una fiesta en una casa. Parkview no era más que un pueblo, con sólo diez mil habitantes, y mis padres conocían a casi todo el mundo. Si me descubrían en una fiesta en la que los padres estaban ausentes, seguro que me metería en un buen lío. Mi madre era una mujer menuda, pero poseía la cólera de Dios. No quería provocarla. Enfadada, es de temer.

Se trataba de otro aspecto sobre el que más me valía andarme con cuidado.

—¿Qué te vas a poner para la fiesta? —le pregunté a Tracy al día siguiente,

mientras tomábamos asiento en las gradas del campo de fútbol americano para el partido que se disputaba aquella noche.

—Y Diane, ¿qué se va a poner?

Tracy había estado de lo más amable con Diane desde la invitación de Paul. Y yo confiaba en que no estuviera fingiendo.

—Puede que te busquemos una bonita camisa de fuerza que haga juego con tu acti... ¡Ay!

Tracy me hincó los dedos en el brazo derecho.

—¡Shh! —ordenó mientras trataba de señalar con disimulo hacia delante.

—*Numm siiet* —masculló Tracy.

—¿Qué pasa? —acabé de convencerme: Tracy, por fin, se había vuelto loca.

—*Nuumm siiet* —Tracy movió la cabeza hacia delante de una manera un tanto violenta.

—¿Te está dando un ataque? —pregunté.

Volvió la mirada hacia mí y puso en alto siete dedos.

«¿Siete? ¿Siete qué?».

Visiblemente frustrada por mi respuesta, se inclinó para hablarme.

—Steve es el número siete de mi lista —señaló la fila de delante, en la que Steve Powell se había sentado con unos amigos.

Puse los ojos en blanco.

Tracy esbozaba una sonrisa de entusiasmo.

—Éste es el curso en el que, por fin, la lista va a funcionar. Mañana tenemos a Paul, y esta noche...

Yo rezaba para que estuviera de broma. En los primeros días de clase, la lista de ocho alumnos del McKinley se redujo a cuatro. Mark Dowd fue borrado por hablar demasiado con Kathy Ehrich en Trigonometría; Eric Boyd se había cortado el pelo excesivamente; W. J. Ross había conseguido un empleo en el restaurante de comida rápida que menos le gustaba a Tracy; y Chris Miller había cometido el mayor de los pecados: salir con Amy Gunderson durante el verano. A semejante ritmo, cuando llegase la fiesta de antiguos alumnos no quedaría ni rastro de la lista.

—Di algo —Tracy no dejaba de darme empujones. Me iba a hacer un buen moratón.

—Mmm, de acuerdo. ¿Sabes qué aspecto tiene el padre de Ryan? —me puse a examinar el gentío. Vi entre la multitud a la madre de Ryan, a su padrastro y a su hermanastra, quienes agitaban pancartas con: ¡Ánimo, Ryan! Reconocí a los padres y las madres que los rodeaban; no divisé a ningún adulto que me recordara a Ryan.

Tracy soltó un gruñido.

—¿Cómo? ¿A quién le importa eso? Dile algo a Steve, consigue su atención.

Inesperadamente, estalló en una carcajada descomunal, llegando incluso a darse palmadas en la rodilla. Mientras se doblaba, movió la rodilla de tal manera que golpeó a Steve en el hombro.

—Ay, lo siento —Tracy se inclinó hacia delante y colocó la mano donde su rodilla había estado segundos atrás.

Steve se giró y esbozó una sonrisa.

—Hola, Tracy; no te preocupes.

—¿Cómo te van las clases, por ahora? —preguntó ella para iniciar una conversación.

Me quedé contemplando cómo Tracy desplegaba sus «encantos» con Steve. Me impresionaba el hecho de que no pareciera costarle ningún esfuerzo, aunque yo era consciente de que ocurría todo lo contrario. De vez en cuando, Tracy rozaba el brazo de Steve al hacer algún comentario y se reía de casi todo lo que él decía. Me entretenía tanto la conversación entre ambos que apenas prestaba atención al partido.

—Chicas, ¿vais a ir a la fiesta de Paul mañana por la noche? —preguntó Steve.

Tracy sonrió.

—Claro que sí. ¿Y tú?

Steve asintió con un gesto.

—¿Va a ir Diane con vosotras? Últimamente os he visto juntas en el comedor.

Tracy lanzó a Steve una mirada furiosa, se levantó de un salto de la grada y se encaminó al pasillo.

Steve se quedó mirándome.

—¿Qué le pasa?

Me encogí de hombros a la vez que me ponía de pie para ir a buscarla.

Si no me fallaban las cuentas, ahora sólo quedaban tres nombres en la lista.



Once

Me daba cierta aprensión permitir que la noche siguiente Tracy llevara el coche a casa de Paul, pues temía que la detuviesen por conducir «bajo la influencia de un chico». Se miraba en el espejo retrovisor para comprobar su maquillaje con tanta frecuencia que se diría que estaba conduciendo marcha atrás.

Cuando por fin nos paramos frente a la casa, una hilera de coches se alineaba a lo largo de toda la acera izquierda de la calle. Se escuchaba la música que atronaba desde el interior, lo que me produjo no poca inquietud.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Tracy por duodécima vez. Miré por la ventanilla y vi a dos chicas de cuarto de secundaria ataviadas con vaqueros ajustados y diminutas piezas de tela que, según cabía suponer, eran sus respectivos tops. Bajé la vista a mi camiseta de manga larga y mis pantalones de pana tostados, sintiendo cada vez más inseguridad sobre lo que se avecinaba.

Nos bajamos del coche y caminamos hasta la casa. De pronto, un chico salió en tromba por la puerta principal, pegándonos un buen susto, corrió hasta los arbustos y se puso a vomitar.

Paul apareció en el umbral.

—¡Oye, tío! Eso no mola.

Acto seguido, empezó a hacer señas a los demás para que acudieran a mirar.

Tracy se aclaró la garganta, confiando en que Paul se diera cuenta de que había llegado.

Funcionó.

—¡Hola, chicas!

Nos hizo un gesto para que pasáramos, y noté que el corazón me palpitaba con fuerza. La peste a humo de cigarrillos se me metió en la nariz. Mi madre me iba a matar si descubría que olía a tabaco. Y cuando digo «matar», no es en plan metafórico.

Paul agarró al azar un vaso de plástico de la mesa del vestíbulo y dio un prolongado trago.

—Hay un barril en la cocina. Servíos vosotras mismas —decretó. Luego, desapareció entre la masa humana en el salón.

Lancé una mirada a la puerta, con la esperanza de que pudiéramos escapar a toda prisa. Cuando miré hacia atrás, Tracy ya se encaminaba a la cocina.

Vacilé un instante, si bien opté por seguirla a través del gentío. Escudriñé el salón en busca de rostros familiares, pero sólo reconocí a los jugadores de fútbol americano de siempre, y a las animadoras del grupo de Paul. En una esquina se encontraban aquellas dos novatas de la cafetería del instituto, Missy y Ashley. Como

era de esperar, los chicos se les pegaban como moscas.

Llegamos a la cocina y nos encontramos con la cola para el barril de cerveza. Tracy se inclinó para hablarme, aunque no conseguí entender lo que me decía por culpa de la música que atronaba en el equipo de estéreo del salón. Entonces, gritó:

—¿Vas a beber? —sacudí la cabeza de atrás adelante.

—De acuerdo, perfecto —repuso ella.

Me alegré al darme cuenta de que a Tracy aún le quedaba una pizca de sentido común.

—En ese caso, te toca conducir.

Pensándolo bien...

La cabeza me daba punzadas al ritmo del golpeteo del bajo. Mientras Tracy aguardaba en la cola para servirse cerveza, traté de desplazarme entre la gente como si me hallara en mi ambiente, aunque me sentía tan fuera de lugar como si estuviera en exposición.

—¡Eh! ¿Quién va a pimplarse una cerveza conmigo? —vociferó Todd al tiempo que efectuaba su entrada en la cocina—. ¡Margarita! —se acercó hasta mí y me rodeó los hombros con el brazo—. Mi querida Margarita ha venido, ¡bien! ¡Ya es hora de que empiece el *partyo!* —se puso a hacer una imitación de lo que seguramente debía de ser un robot, pero, a todas luces, había bebido demasiado para realizar con éxito cualquier paso de baile.

Ryan entró en la cocina y pareció un tanto preocupado al ver que Todd me agarraba.

—Oye, Todd, creo que hay unas chicas de tercero ahí dentro que quieren enterarse de todos los detalles sobre cómo interceptaste ese balón que nos llevó al campeonato regional el año pasado.

Todd salió corriendo y entrechocó las manos con Ryan.

—¡Increíble! No quiero desilusionar a las damas —salió de la cocina mientras Ryan negaba con la cabeza.

—Me pareció que necesitabas ayuda —explicó.

—Gracias, Todd está... eh...

—Sí, borracho. No paro de decirle que, uno de estos días, lo van a pillar. El entrenador Fredericks nos echaría a patadas del equipo si nos descubriera bebiendo.

Asentí, pero me fijé en que Ryan también sujetaba un vaso. ¿Es que iba a tener que llevar a casa en coche a todo el mundo?

—Reconozco que me ha sorprendido un poco que al final hayas decidido a venir —comentó.

—¿Por qué? ¿Soy acaso tan pringada como para no asistir a una absurda fiesta de cerveza? —me sorprendió mi tono, tan a la defensiva.

—No, para nada —Ryan colocó las manos en alto—. Lo que pasa es que no me parecía que fuera tu clase de gente. Si te digo la verdad, me alivia encontrarme contigo. Al menos, hay alguien con quien hablar sobre algo que no sean deportes o alcohol o... en fin, ya sabes —estaba convencida de que se refería a la ruptura. Me dedicó una sonrisa a la vez que señalaba su vaso, que contenía un líquido oscuro—.

Voy a por otro refresco. ¿Quieres uno?

Asentí, agradecida por no tener que guardar cola para la cerveza para poder charlar con Ryan. Se acercó a la encimera y puso hielo en mi vaso mientras Tracy regresaba de la cola y empezaba a beber.

—No doy crédito a la cantidad de chicas que han venido —comentó—. Bueno, deséame suerte. Voy a buscar a Paul —antes de que yo pudiera decir nada, respiró hondo y se plantó en el cuarto de estar.

—¿Te apetece alejarte de este jaleo? —me preguntó Ryan a gritos por encima de la música.

Asentí con un gesto. Nos dirigimos al fondo del jardín y nos sentamos bajo un enorme sauce.

—Llevo tiempo queriendo hacerte una pregunta: ¿funcionó aquella lista con tus padres? —preguntó Ryan.

—¿Qué lista?

Se pasó los dedos por el pelo.

—«Las diez razones principales por las que Penny necesita un coche».

No me podía creer que se acordara.

—Pues no, la lista no funcionó. Ni siquiera gracias a las perlas que contenía, como la número seis: «Otro lugar donde escuchar música de los Beatles».

—Y dime, ¿con qué frecuencia trabajas en la clínica dental de tu padre? Da la impresión de que siempre que acudo a un reconocimiento, estás allí.

—Bah, no tan a menudo. Unos días a la semana, para ganar un poco de dinero para mis gastos —empecé a tiritar, lamentando no haberme puesto un jersey.

Ryan se quitó su cazadora de cuero.

—Toma, ponte esto —cogí la cazadora y me la enfundé; me quedaba enorme, pero abrigaba—. ¿Os lo pasasteis bien Diane y tú la otra noche? —preguntó.

Bajé la mirada al suelo. Hablar con Ryan sobre Diane me resultaba violento. Por lo que se veía, ellos dos hablaban un montón, pero ¿cómo era posible? Por norma general, yo fingía que cualquier chico con el que hubiera roto (o que me hubiera plantado) había dejado de existir. Mejor aún, había muerto.

—Sí, eh... ¿Acaso te extraña? —pregunté.

Se quedó mirándome unos instantes.

—Puede sonar raro, ya lo sé, y seguramente pareceré un pringado por lo que voy a decirte; pero, los últimos años, Diane ha sido una parte muy importante de mi vida. No me imagino sin volver a dirigirle la palabra. Por mucho que la gente no lo entienda, seguimos siendo amigos.

—Más te vale tener cuidado; no vayas a provocar los celos de Todd —le dediqué una sonrisa.

Ryan se echó a reír.

—Año tras año sigo pensando que Chesney se calmará, por fin; pero va empeorando por momentos —negó con la cabeza—. ¿Sabes?, seguramente no debería decírtelo, pero...

—¿Qué? —pregunté, curiosa por el cotilleo que Ryan pudiera contarme acerca

de Todd.

—¿Has oído hablar de «me la pido»? Los chicos del equipo se piden a las chicas que les gustan, y así ningún otro puede ir detrás de ellas.

—¿Y la chica puede opinar en este asunto? —me interesé. No me debería haber sorprendido que los chicos hicieran algo así, la verdad.

Ryan negó con la cabeza.

—Mira: yo mismo no acabo de comprenderlo, ¿sabes?

—Ajá —me alegraba enormemente de no tener que aguantar cosas así nunca más.

—De todas formas, ten cuidado con Todd.

—¿Por qué? Ya sabes, aparte del acoso al que me somete habitualmente.

Ryan desplegó sus largas piernas y las estiró junto a mí.

—Bueno, a Todd le gustan un montón y te ha pedido para él. Y cuando algo se le mete en la cabeza puede llegar a ser muy persistente.

«¿Oh?».

«Oh».

«¡Oh, no!».

Me quedé en silencio. Ryan me miró con expectación. Traté de no mostrarme demasiado indignada. Era lo último que necesitaba.

—Lo siento —se disculpó—. No te lo debería haber contado.

—Tranquilo —respondí—. Supongo que me lo tendría que haber esperado. ¿Es que queda alguna chica en nuestra clase con la que no haya salido?

Ryan sacudió la cabeza en señal de negación.

—Te menosprecias, Bloom.

Solté un gruñido.

—Venga ya... Estamos hablando de Todd. No es más que... ¿Te importa que no hablemos de él?

—De acuerdo. ¿De qué quieres hablar?

—De cualquier cosa menos de Todd.

Y seguimos hablando de cualquier cosa menos de Todd. Me contó anécdotas de su trabajo de verano como socorrista en la playa. Yo le expliqué mi teoría de que mi madre iba a dejar su empleo para perseguir a Paul McCartney a tiempo completo. Ambos reflexionamos sobre dónde se metería Michael Bergman entre clase y clase, ya que ni Ryan ni yo lo veíamos en su taquilla, entre medias de las nuestras. También me enteré de que Ryan se asustaba al ver a mi padre, por si se metía en un lío por no limpiarse los dientes con seda dental. (Me guardé el comentario para bromas futuras.)

Entonces, Ryan lo echó todo a perder al ponerse a difamar mi manera de ser.

—¡Estás loco! —protesté.

Ryan echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Vale, de acuerdo. Entonces, ¿no admites que eres un poco mojigata?

—Para empezar —me defendí—, sólo a un mojigato se le ocurriría semejante calificativo.

—Punto a tu favor —concedió él—. Pero, venga ya, Penny. No te creas que no vi lo que ocurrió el año pasado durante la inspección de taquillas.

«Ah, mierda».

—No sé a qué te refieres —mentí.

Ryan se incorporó y nos quedamos mirándonos cara a cara.

—Sí que lo sabes.

Me encogí de hombros.

—En serio, Ryan. Quiero decir, con una mojigata como yo...

Se enderezó al máximo.

—De acuerdo, en ese caso, contéstame: ¿escondías alcohol en tu taquilla cuando Braddock se dedicó a inspeccionar la primavera pasada?

«Qué injusto».

—En sentido estricto, no escondía nada en mi taquilla.

—¿De verdad?

—De verdad.

Se quedó mirándome con expresión insolente. Sabía que me había pillado.

—Sí, en el sentido más estricto, *yo* no lo escondí.

—Pero había alcohol en tu taquilla.

Asentí.

—Sólo porque Michael metió su cazadora en el último momento.

—¿Y por qué hizo eso?

—Porque llevaba una botella de vodka en el bolsillo.

—Y...

Miré a Ryan, desconcertada; no había mucho más que decir. Poco antes de las vacaciones de primavera tuvimos una inspección por sorpresa. Michael se dejó llevar por el pánico y escondió su cazadora en mi taquilla. No tuve oportunidad de decir nada, ya que Braddock estaba registrando al milímetro la taquilla de Michael... y, luego, prácticamente pasó de largo por la mía.

—Espera un momento...

Los ojos de Ryan empezaron a lanzar destellos.

—¿Lo ves?

—¡Ay, Dios mío! La gente realmente me toma por una mojigata.

—Por eso lo hizo Michael. Sabía que nunca registrarían tu taquilla —se echó a reír a la vez que me daba codazos en el costado.

—Vale, ¿y qué me dices de ti?

Era la hora de la venganza.

—¿Yo? Soy un malote —no fue capaz de mantener una expresión de seriedad.

—Ah, sí. Se me olvidaba. ¿Cuántos malotes hay exactamente en el comité de peloteo de Braddock?

Ryan frunció los ojos.

—Comité de Asesoría sobre el Alumnado, si no te importa.

—Ay, perdona. Sé lo difícil que te habrá resultado hacer todos esos méritos para entrar.

Ahogó un grito de forma teatral.

—El objetivo de toda mi vida ha sido pertenecer a ese comité. Ni se te ocurra menospreciarlo.

—Bueno, no pretendía disgustarte. Mmm... —me levanté para empezar a examinar el suelo a nuestro alrededor.

—¿Qué buscas?

—Tu cartera.

Se puso de pie rápidamente y, antes de que me diera cuenta, me había elevado por encima de sus hombros.

—¡Bájame! —chillé.

Se rió mientras, por toda respuesta, me daba vueltas en el aire.

Hasta que me encontré de nuevo con los pies en el suelo, soltando risitas a la vez que recobraba el equilibrio, no vi a Diane, que examinaba la escena que tenía ante los ojos.

—Hola, chicos, eh... —Diane se mostraba lo suficientemente violenta como para que nos bastara a los tres—. Penny, te llevo buscando media hora. Ni siquiera te he visto entrar. Será mejor que pases adentro. Tracy no se encuentra muy bien.

«¡Tracy!».

Yo era una amiga horrible. Me había olvidado por completo de que Tracy estaba dentro de la casa, bebiendo. Le entregué a Ryan su cazadora mientras seguíamos a Diane hasta el interior. Nos condujo a un cuarto de baño en la segunda planta, donde Tracy se hallaba tumbada en el suelo alicatado, con un tono verdoso en el semblante.

Me agaché junto a ella y le retiré el pelo de la cara.

—¿Qué hace ésta aquí? —Tracy señaló a Diane.

—Sé amable —empecé a ayudarla a levantarse del suelo.

—Espera —Ryan entró, enjuagó su vaso y lo llenó de agua—. Primero va a necesitar esto.

Ryan, Diane y yo aguardamos bajo un incómodo silencio lo que parecieron años mientras obligábamos a Tracy a beberse dos vasos de agua. Ella no paraba de lanzar miradas a Diane.

—No la vas a apartar de mí —advirtió, arrastrando las palabras.

Diane se dispuso a contestar, pero Ryan la interrumpió.

—Vale, es hora de levantarte y llevarte a casa.

—¡Basta! —Tracy apartó a Ryan de un empujón—. No quiero que Paul se entere de que estoy hecha un desastre. Puedo salir por mi propio pie. Primero, me voy a despedir.

Diane me lanzó una mirada extraña que no supe descifrar.

—Tracy, no me parece una buena idea —indicó—. En serio. Más vale que se pregunte qué te ha pasado. Si quieres, puedo decirle que un montón de chicos han querido ligar contigo...

A Tracy le gustó la idea y accedió a marcharse en silencio.

Mientras nos encaminábamos escaleras abajo, vimos a Todd de pie en el sofá,

sin camisa y bailando.

—¡Ni hablar, Penny! —exclamó elevando la voz—. ¡No te puedes ir!

Dio un traspié y estuvo a punto de tirarme al suelo. Ryan agarró a Todd para estabilizarlo. Mientras tanto, Diane trataba de mantener a Tracy erguida, pero ella no paraba de apartarla a empujones.

Una auténtica pesadilla.

—Margriiita —decía Todd arrastrando las sílabas—. Margriiita, ¿dónde estabas?

—En el jardín de atrás, hablando conmigo —respondió Ryan.

Todd le dio un empujón.

—¡Oye, Bauer! Mira, tienes que..., tienes que..., no puedes...

—No he hecho *nada*, Todd. Cálmate —Ryan volvió a agarrarle por los hombros—. Penny y yo somos sólo amigos. Nunca haría nada con ella. Parece mentira que no me conozcas.

Sí, y parecía mentira que yo me hubiera prestado a acudir a aquella fiesta.

Para empeorar las cosas, Missy llegó como un relámpago. Lanzó sus brazos alrededor de Ryan y dijo:

—¡Eh, tú, «tío bueno»! Te he estado buscando por todas partes.

Cogí a Tracy de la mano y nos encaminamos hacia el coche. Diane le abrochó el cinturón de seguridad mientras yo ajustaba el espejo retrovisor. Ryan llegó corriendo hasta el coche (de alguna manera, se las había arreglado para librarse de las garras de Missy) y dio unos golpecitos en la ventanilla. La bajé.

—Lo siento. No quería darle razones para que se enfadara todavía más.

—No pasa nada —empecé a manipular la radio del coche.

—¿Estás furiosa conmigo?

Respiré hondo. Ignoraba cómo estaba.

—No, estoy perfectamente, de verdad. Esta noche ha sido un completo desastre.

—Ya —repuso él con una nota de suavidad—. Pues yo me lo he pasado bien.

—Me alegro por ti.

Arranqué el motor e iniciamos la marcha.



Doce

El ambiente resultaba un tanto violento a la mañana siguiente. Tracy tenía resaca y se encontraba fatal. Diane había quedado en venir a hablar conmigo, y me daba la impresión de que se trataba de la escena que había presenciado entre Ryan y yo.

—Hola, ¿qué tal se encuentra Tracy? —dijo Diane al entrar en mi dormitorio.

—No muy bien. Está en la ducha —hice un gesto en dirección al pasillo—. No podía llevarla a su casa anoche, claro. Conseguí traerla aquí a escondidas.

Diane paseaba la vista a su alrededor.

—¡Vaya! Se me había olvidado lo que mola tu habitación.

Fijé la vista en los pósteres de los Beatles que forraban las paredes, y en el corcho lleno de anuncios y entradas de conciertos. Me figuro que sí, molaba bastante. Más que nada, porque me sentía en casa.

—Bueno, me alegro de tener unos minutos a solas contigo, porque tengo que decirte una cosa —Diane se sentó en mi cama con aspecto nervioso.

—No hay nada entre Ryan y yo —solté de sopetón.

—¿Cómo? —repuso Diane.

Empecé a recorrer la habitación de un lado a otro.

—Me sentía fatal al llegar a la fiesta, y Ryan me propuso que saliéramos al jardín para alejarnos del barullo; yo me dejé llevar. A ver, es un chico, es decir: el enemigo. Por no añadir que fue él precisamente quien te partió el corazón. Nunca, en serio, nunca haría nada con él.

Diane negó con la cabeza.

—Ya lo sé. Me sorprendió un poco veros a los dos —se echó a reír—. Resultó un tanto violento, pero siempre habéis sido amigos. De lo que te quería hablar, en realidad, era de Tracy. Verás..., anoche vi a Paul besándose con alguien.

«Oh-oh».

—Llegué a la fiesta con Audrey y Pam, y tuve que ir al cuarto de baño. Subí las escaleras y me encontré con él...

Sin lugar a dudas, Tracy iba a matar al mensajero de semejante noticia.

Me tumbé en la cama.

—La cosa se pone fea —advertí a Diane—. Tracy confiaba en que Paul le pidiera salir.

Diane se rebulló, incómoda, y empezó a jugar con el extremo deshilachado de una almohada.

—¡Ya estoy mucho mejor! —Tracy entró de repente en el cuarto, con una toalla enrollada en la cabeza, y se derrumbó sobre la cama—. Bueno, es hora de decidir qué

vamos a hacer, después de que anoche me pusiera en ridículo de la manera más espantosa. Me parece que, ahora, Paul no me va a pedir salir.

Diane y yo intercambiamos miradas, sin saber qué responder.

Tracy parecía exhausta.

—Vale, de acuerdo. Ya lo sé, chicas, y lo siento mucho.

¿Qué sabía exactamente?

—En primer lugar —se giró hacia Diane—, siento haber sido tan borde contigo. He estado tratando de ser una buena amiga, comprensiva. Y lo sé, lo sé..., no debería haber probado la cerveza; pero cedí a la presión del grupo. Me he convertido en la típica adolescente consumidora de alcohol, bla, bla, bla... —Tracy se tapó la cara con las manos—. Por favor, no me digáis que Paul se enrolló con una de esas novatas de tercero.

Diane me miró.

—No, él no...

Tracy se incorporó tan deprisa que tuvo que tumbarse otra vez. Se acurrucó hacia un costado, sujetándose la cabeza con una mano.

—Genial. Pensé que la había fastidiado...

Silencio. Miré a Diane y noté una expresión de pánico en su rostro.

Tracy frunció las cejas.

—Un momento, ¿qué pasa? —nos miró alternativamente—. ¿Qué me estáis ocultando? ¿Es que Paul se lió con alguien anoche?

Diane me miró y yo me encogí de hombros. Quería saber de quién se trataba. Más que nada porque esa chica iba a necesitar custodia preventiva una vez que Tracy se hubiera enterado.

Antes de que Diane pudiera articular palabra, Tracy giró sobre sí misma, se colocó boca abajo y se puso una almohada sobre la cabeza.

—¡Lo sabía! ¿Por qué iba a interesarse por mí?

Le aparté la almohada de un tirón.

—Tracy, no digas tonterías. Te he dicho mil veces que el chico que te consiga se puede dar con un canto en los dientes.

Tracy puso los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Pero quiero salir con Paul. ¿Por qué no le gusto? ¿Es que estoy gorda?

—¡Tracy! ¡Basta ya!

—¿Qué es, entonces? —vi que las lágrimas se le acumulaban en el rabillo del ojo—. Dime de qué se trata y lo cambiaré: el pelo, el color de ojos, la ropa, la forma de ser. ¿Qué es lo que no le gusta de mí?

Diane, vacilante, se acercó a Tracy y le puso una mano en el hombro.

—No es nada de eso. Se trata de algo que no puedes arreglar.

Tracy se sorbió la nariz y se giró para mirarnos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no eres un chico —repuso Diane—. Me encontré con él y con Kevin Parker. Se estaban besando.

«Oh. Dios. Mío».

Tracy se incorporó y se secó las lágrimas.

—¿Qué? —parecía confundida—. ¿Quién?

Diane se revolvió, incómoda.

—Paul Levine y Kevin Parker.

Tracy bajó la vista al suelo.

—¿Me estás diciendo que los números uno y tres de mi lista se estaban enrollando? ¿Y que Kevin Parker, el deportista superestrella al que he adorado desde hace años, es gay?

Diane se mostró asustada.

—Sólo sé lo que vi.

—Bueno —Tracy negó con la cabeza—. Me figuro que eso lo explica.

Me sentí desconcertada.

—¿Explica qué?

—Que todo el mundo en el instituto haya tenido novio, excepto yo. ¡Hasta el maldito Kevin Parker tiene novio! —Tracy se echó a reír—. Ay, esto no tiene precio. Me estoy quedando sin chicos para preparar una lista, ¡y no digamos para salir con ellos! —la sonrisa de Tracy empezó a desvanecerse—. Soy una pringada.

Traté de protestar, pero Tracy me interrumpió.

—Mi hermano Mike siempre ha tenido novias. Se lió con una tal Michelle el fin de semana pasado en una estúpida fiesta de alumnos de tercero, y ahora están saliendo. Michael y Michelle —volvió a poner los ojos en blanco—. Me entran ganas de vomitar.

—¿Lo ves, Tracy? Por eso he renunciado a los chicos para siempre —hice el gesto de lavarme las manos—. Ya está. Hay que pasar página. No merece la pena.

Y como si Nate hubiera averiguado que pasar página era mi intención, sonó un mensaje en mi móvil.

Me quedé mirándolo, dubitativa.

Tracy se puso de pie.

—Esto es ridículo —levantó de un golpe la tapa del teléfono y leyó el mensaje—. «Es increíble que seas tan infantil». ¿Habla en serio? Menudo imbécil.

Tracy empezó a pulsar las teclas del móvil.

—¿Qué haces? —espeté, horrorizada—. Bórralo.

—No, le estoy dejando las cosas claras.

El estómago se me contrajo.

Me levanté y traté de arrebatarme el teléfono, pero Tracy pulsó «Enviar» y cerró la tapa.

—Hecho. No pasa nada por mandarle al infierno, ¿verdad?

El móvil empezó a sonar. Era Nate, por descontado. Cuando dejó de sonar, Tracy lo abrió de nuevo y empezó a pulsar teclas.

—Estoy cambiando su nombre por «Capullo», y poniendo su tono y su indicador en silencio. Puede que esto le calle la boca de una vez.

—Gracias —conseguí decir, por fin. ¿Por qué Tracy no era capaz de recuperarse

así cuando los chicos la trataban a patadas a ella?

Diane esbozó una sonrisa.

—Verás, Tracy; es evidente que la idea de salir con chicos sólo te produce dolores de cabeza. Es tan absurdo..., conozco a dos chicas del equipo de animadoras que están saliendo con chicos sólo por tener pareja el día de la fiesta de antiguos alumnos —Diane levantó la mirada en mi dirección—. Eh, Penny, ¿y si vamos juntas a la fiesta?

—¿Cómo dices? —yo seguía contemplando el móvil.

—A la fiesta del instituto. Tú y yo, en pareja.

—Ya. ¡Claro! Claro que sí.

—¿Estáis locas? —terció Tracy mientras se levantaba y guardaba el móvil en el cajón de mi escritorio—. A ver, ¿en serio vais a ir juntas a la fiesta?

Volví mi atención a la otra socia de mi club.

—¡Por supuesto! —respondí—. De eso se trata, precisamente. No necesitamos salir con chicos para pasarlo bien.

—¡Ah, me encanta! —Diane se puso de pie y empezó a batir palmas al estilo de las animadoras—. Además, te voy a regalar un ramo de rosas el día de San Valentín. Todos esos idiotas se van a morir de envidia —me lanzó un guiño.

Tracy soltó un gruñido y enterró la cabeza bajo una almohada.

—Tracy, lo siento mucho, de verdad. Sé que lo del club no te hace mucha gracia; pero intenta verlo desde mi punto de vista.

Tracy emergió de debajo de la almohada.

—No es eso —replicó—. Gruño porque me doy por vencida, del todo. ¿Contenta? ¿Está tu club preparado para una tercera socia?

Vacilé. Aunque me apetecía mucho que Tracy se uniera al club, quería que lo hiciera por auténtica convicción, y no porque se sintiera excluida.

—¿Estás segura?

Asintió con un gesto.

—Sí. Además, las cosas no van a cambiar demasiado para mí, si te paras a pensarlo.

Diane dio un abrazo a Tracy... y, para mi asombro, ésta no le propinó un puñetazo en la cara.

Podía tomarse por un comienzo razonablemente bueno, reflexioné.

—¡Por el Club de los Corazones Solitarios! —alargué la mano y Tracy y Diane me imitaron.

—¡Por el Club de los Corazones Solitarios!

Corrí hacia mi equipo de música y puse a los Beatles a todo volumen.

Tracy se acercó hasta mí, bailando.

—Oye, ya que tengo que aparentar que soy uno de los Beatles, ¿me dejas ser Yoko?

Sabía perfectamente cómo provocarme. Me incliné, agarré una almohada de la cama y se la arrojé. Le aterrizó en plena cara.

—¡Eh!

Tracy se puso a perseguirme mientras yo esquivaba sus lanzamientos de almohadas. Diane tardó unos segundos en decidir qué hacer, de modo que Tracy se aprovechó de su indecisión y le lanzó un almohadonazo en pleno estómago. Diane se quedó mirándola, conmocionada.

—Esos pompones tuyos no te van a servir de nada, Monroe —se burló Tracy. Acto seguido, Diane saltó por encima de la silla de mi escritorio y bombardeó a Tracy con un asalto de almohadones, hasta que mi habitación quedó sumida en el caos.

Cuando Diane, por fin, recuperó el aliento, nos dijo:

—Tenéis que admitirlo: con este club no nos vamos a aburrir.

Tracy giró sobre su estómago.

—Y eso que no hemos llegado a los sacrificios de carneros vivos... ni de chicos... todavía.



Trece

El lunes por la mañana, traté de coger los libros para la clase de Español lo más rápido posible mientras me preguntaba cómo esquivar a Todd, aun siendo compañeros de conversación.

—¡Chesney! —dijo Ryan elevando la voz.

«Genial».

Noté que un brazo me rodeaba por los hombros. Levanté la mirada y vi a Todd, sonriéndome.

—Hola, Margarita. El sábado por la noche fue bestial, ¿verdad?

Esboqué una débil sonrisa.

—Aunque, claro, te deberías haber quedado hasta más tarde.

—Sí, desde luego —intervino Ryan con una sonrisa irónica—. ¿Es que se perdió gran cosa?

Todd miró al suelo como si, sinceramente, tratase de recordar.

—Ya me parecía a mí —Ryan sonrió y me hizo un guiño—. Buena suerte, Penny.

Ryan se encaminó hacia su aula, negando con la cabeza.

Todd me seguía abrazando por los hombros y aceleré el ritmo para soltarme.

—¡Eh! Ve más despacio —me agarró por la cintura—. Tu chico aún no se ha recuperado del fin de semana.

—Eh..., tengo que hablar con la señora Coles de..., eh..., cierto asunto, antes de la clase —le aparté la mano de mi cintura y, prácticamente, salí corriendo hacia el aula.

Me pregunté si habría resultado demasiado sutil ponerme una camiseta que dijera: «Gracias por tu interés, pero ya no salgo con chicos».

Sabía que Todd no era un gran aficionado a la lectura, aunque sí solía observar mis camisetas con atención.

—Tengo que hacerte una pregunta un poco rara —me dijo Morgan mientras nos dirigíamos a Biología.

—¿Ah, sí?

—¿Le has pedido alguna vez a alguien que salga contigo?

—No, ¿por qué?

Aminoró la marcha.

—Bueno, me gusta un chico; pero es un poco tímido, y no creo que se atreva a dar el primer paso.

—Ya —de eso me había valido pedirle a Morgan que se apuntara a mi club—. En realidad, no soy la persona más indicada para hablar de chicos. He renunciado a ellos después de..., ya sabes.

—Sí, claro. Lo siento —se mordió el labio inferior.

—Tranquila. ¿Quién es el chico? —pregunté mientras entrábamos en clase.

Morgan señaló al chico que se sentaba en primera fila.

Vi a Tyson Bellamy, de segundo de bachillerato, encorvado en su asiento, con el pelo sobre la cara mientras, frenéticamente, hacía anotaciones en su cuaderno.

—Es un encanto, ¿verdad? —Morgan se sonrojó. Tyson levantó la mirada hacia la parte delantera del aula con un gesto de concentración en el semblante.

Aunque yo hubiera estado interesada por los chicos, Tyson no era mi tipo, la verdad: melena larga y negra, flaco a más no poder, con camisetas de antiguas bandas de *rock*. En pocas palabras, convertía en una ciencia el misterioso mundo de los roqueros. Aparte de que fuera la encarnación del diablo (por ser chico y todo eso), parecía apropiado para Morgan, absoluta fanática del *punk rock*. Era una de mis escasas amigas que entendían la importancia cultural de los Beatles.

—¿Me acompañarías a uno de sus conciertos de los viernes?

No me apetecía ejercer de sujetavelas, pero después de la movida con Tracy en el partido de fútbol de la semana anterior, me venía bien una excusa para no asistir al de aquella semana.

—Claro. Eso sí, Morgan, no voy a ser una buena intermediaria, te lo advierto.

Se echó a reír.

—Vale, pero eres mi colega de concierto. Tienes que venir conmigo. No hace falta que hablemos con ningún chico. Sólo escuchamos la música y, después, nos vamos.

Me sonó a la noche perfecta.

—Entonces, ¿vamos a establecer las reglas para el club antichicos, o qué? —preguntó Tracy durante el almuerzo.

—Se llama Club de los Corazones Solitarios —puntualicé.

—Ajá. ¿Y vamos a tener que llevar camisetas idénticas o cinturones de castidad o algo por el estilo? No puedo esperar a ver *ese* logotipo.

—Mira, Tracy...

—Yo creo que estaría bien tener normas, o directrices o alguna clase de fórmula ritual —intervino Diane con voz animada, poniendo así freno a lo que podría haber supuesto la primera pelea oficial del club.

Como todavía hacía buen tiempo, habíamos decidido comer en el exterior. Me apoyé sobre un enorme roble mientras comía una manzana.

Tracy se incorporó.

—Por favor, dejadme redactar las normas. ¡Será divertidísimo!

—Perfecto —respondí—. ¿Qué quieres...?

Tracy agarró su cuaderno y empezó a escribir sugerencias. Me recosté otra vez

sobre el tronco y cerré los ojos.

—De acuerdo, prepararé un borrador y lo presentaré en nuestra reunión oficial, el sábado por la noche —indicó Tracy con voz lastimera—. ¿Te parece bien, jefa?

¿En qué lío me había metido?

—Eh, chicas, ¿qué pasa? —preguntó Morgan a la vez que ella y Kara se unían a nosotras.

—Hablamos de nuestro nuevo club —repuse yo.

Kara miró el cuaderno de Tracy.

—¿El Club de los Corazones Solitarios?

—Las tres hemos decidido no volver a salir con los idiotas de este instituto... ni de ningún otro, claro —esboqué una sonrisa.

Morgan abrió los ojos como platos.

—Entonces, ¿no estabas de broma cuando me hablaste de renunciar a los chicos?

—¡No!

—Pues no lo entiendo —terció Kara.

—En realidad, no hay mucho que entender —expliqué—. Acabo de terminar con los chicos. Lo único que han hecho es darnos problemas a mis amigas y a mí.

Diane y Tracy asintieron.

—¿Y no vas a volver a salir con ninguno, nunca más?

—Nunca más no; sólo mientras siga en el instituto.

—Ah —Kara bajó la mirada a su botella de agua. Por la forma en la que los chicos como Todd la habían tratado en el pasado, habría sido de esperar que lo entendiera.

Morgan se quedó mirándome.

—¿Me odias por querer ir al concierto?

—No, para nada —le aseguré—. Sólo me refería a que no soy la persona más indicada para animarte a salir con nadie, ya que estoy segura de que Tyson debe de ser la encarnación de Satán.

—¿Qué tiene Tyson de malo? —replicó Morgan a la defensiva.

—A ver, es un chico...

Tracy intervino.

—Pen, creo que lo han pillado.

—Oye, Tracy —Jen Leonard nos llamó desde el árbol de al lado—. ¿De qué estáis hablando? Si estáis criticando a los tíos, tengo varias historias para vosotras.

Tracy le hizo señas para que se acercara.

—Ven aquí, amiga mía. Deja que Penny, nuestra líder, te enseñe el camino.

—Tracy...

Jen y Amy Miller, ambas compañeras de clase con las que me había relacionado desde primaria, se acercaron. Amigas inseparables, parecían muy diferentes a primera vista. Jen era la deportista, capitana de casi todos los equipos femeninos, mientras que Amy era bastante esnob y, por lo general, llevaba vestidos o chaquetas tipo americana, como si acudiera a trabajar a una oficina en vez de ir al instituto.

Tracy, emocionada, les informó con detalle acerca del club. Morgan y Kara permanecieron en silencio durante la explicación. Seguramente se preguntaban en dónde se habían metido.

—Un momento —interrumpió Amy—. Creí que esta mañana, en la clase de Arte, dijiste que ibas a salir de compras, en busca de un vestido para la fiesta de antiguos alumnos. ¿Quién va a ser tu pareja?

—Vamos a ir juntas —expliqué—. Hemos pensado que será mucho más divertido que ir con chicos, que nos dejarán plantadas para hablar de lo que quiera que hablen los tíos.

—De los picores inguinales, por ejemplo —apuntó Tracy con una sonrisa pícaro. Amy y Jen intercambiaron miradas. Entonces, Amy nos miró y dijo:

—A mí me suena genial... ¿Puedo unirme a vosotras?

—¡Amy! —protestó Jen—. ¿En serio piensas dejar de salir con chicos durante los próximos dos años, así, por las buenas?

Amy echó hacia atrás su larga melena oscura y ondulada.

—Por favor, Jen, es una decisión bien fácil. He terminado con los chicos de este instituto, sobre todo después de lo que me hizo Brian Reed en primero de secundaria.

Tracy y yo intercambiamos una mirada de desconcierto.

—¿Qué te hizo Brian? —pregunté.

Amy abrió los ojos de par en par.

—¿Es que no te acuerdas?

Negué con la cabeza.

Amy suspiró.

—Bueno, ha pasado mucho tiempo. Pero siempre me acuerdo porque, desde entonces, los chicos no han cambiado. Me refiero a lo infantiles que son.

—¿Qué pasó? —Kara se sumó a la conversación.

Amy se incorporó.

—Bueno, Brian y yo estábamos saliendo, y utilizo el término «salir» muy a la ligera. De vez en cuando me acompañaba a casa después de clase, y los viernes por la tarde íbamos a los recreativos, donde lo miraba mientras se entretenía con los videojuegos. Un día, sin previo aviso, se acerca a mí durante el almuerzo y, delante de *todo el mundo*, me suelta: «Lo siento mucho, Amy, pero no te quiero ver. La basura que se tira no se vuelve a recoger». Todos los idiotas de la mesa de los deportistas se quedaron ahí parados, partiéndose de risa.

—Ah, sí. Ya me acuerdo —repuso Diane con voz amable—. A veces, Brian se comporta como un memo integral.

—El trauma me duró el curso entero. Los cretinos de sus amigos me arrojaban basura cuando pasaba cerca de ellos. A día de hoy, sigo sin comprender qué hice para merecerme aquello. Y resulta que, hace poco, Brian tuvo la cara dura de ponerse a hablar conmigo, como si no me hubiera humillado, como si no me hubiera arruinado el curso entero cuando estábamos en primero.

Jen frotó el hombro de Amy.

—No sabía que te siguiera afectando tanto.

—Tenía doce años. Me traumatizó por completo —respondió Amy—. Creedme, lo he superado. Pero aquélla fue la primera de mis experiencias desastrosas con los chicos. Las otras historias no se pueden contar. Me encanta la idea de borrar a esos estúpidos de mi memoria.

Jen, conmocionada, se quedó mirando a Amy.

—Pero...

Amy levantó la mano para callarla.

—Venga ya..., ¡mira quién habla! A ti te han hecho más faenas que a mí.

—No, yo...

—Josh Fuller.

Al oír el nombre de Josh, Jen se desplomó sobre el césped.

—¿Quién es Josh Fuller? —preguntó Diane mientras daba palmaditas a Jen en la rodilla.

Jen se pasó las manos por su corto pelo rubio.

—El chico que me partió el corazón. Este verano, entrenábamos al baloncesto como monitores de tiempo libre y él...

—Le tomó el pelo —concluyó Amy—. Coqueteaba con ella sin parar, la engatusaba, incluso quedaron una vez. De pronto, se acabó. Siguió coqueteando, pero no volvieron a quedar. En cambio, cada semana paseaba por el parque a una chica espectacular y luego le decía a Jen lo estupenda que ella era. Josh...

—Basta —cortó Jen—. Lo han pillado —negó con la cabeza—. Es absurdo, pero la verdad es que no había conocido a ningún chico con el que hubiera encajado tan bien; daba la impresión de que lo tenía todo. Demasiado bueno para ser verdad.

Asentí, pues entendía a la perfección cómo se sentía.

Una oleada de energía me invadió de repente.

—Venga, Jen, únete a nosotras —la animé—. No los necesitamos, ¿verdad?

Jen esbozó una sonrisa.

—Puedes apostar que no.

—¡Perfecto! —Diane movió la cabeza en señal de asentimiento—. Ya somos cinco en el club. ¿Kara? ¿Morgan?

Kara y Morgan se habían pasado en silencio los últimos cinco minutos.

—Mmm, tengo pareja para la fiesta de antiguos alumnos... —respondió Kara, bajando la mirada a su almuerzo, intacto—. Es que...

—No pasa nada —terció Diane.

—Y yo... —Morgan se mostraba visiblemente incómoda—. Lo siento, chicas, es que tengo que...

—Ningún problema —les aseguré—. Entiendo que es mucho pedir. Cuando estéis dispuestas, nosotras estaremos aquí.

Conociendo a los chicos de nuestro instituto, me imaginé que no tardarían mucho en unirse al club.



Catorce

Gracias a Dios, Todd Chesney era un desastre en las clases de Español.

Llevaba toda la semana tratando de ligar conmigo y pedirme que le acompañara a la fiesta de antiguos alumnos; pero como hablaba tan mal en español, me limitaba a mirarlo, desconcertada, y fingía no saber de qué me estaba hablando. Y como era semejante nulidad en el idioma, se lo creyó.

El jueves por la mañana, justo antes de que sonara el timbre, di comienzo a mi habitual costumbre de coger los libros a toda prisa y salir corriendo del aula.

—¡Eh! Margarita, espera —Todd me agarró del brazo antes de que tuviera oportunidad de lanzarme al pasillo.

—¿Sí? —traté de fingir sorpresa.

—Tengo que hablar contigo —Todd me siguió al pasillo—. Estaba pensando...

El asunto tenía mala pinta.

—... que tú y yo deberíamos, ya sabes, ir juntos a la fiesta.

Se detuvo en mitad del pasillo y me miró. Aunque era bastante más alto que yo y pesaba un montón de kilos más, se mostraba de lo más cohibido. Me hizo sentir tan mal que casi acepté. *Casi*.

—¡Vaya, Todd! —procuré mostrarme asombrada—. El caso es que ya he hecho planes para la fiesta.

—¿Con quién vas a ir? —en su voz se apreciaba una nota de crispación—. ¿Con Bauer?

—¿Con Ryan? No, ¿por qué iba a...? Da igual —eso me libró.

—Todas las tías del instituto están deseando que Bauer las elija como pareja para la fiesta. Más vale que se lo pida a alguien cuanto antes —se cruzó de brazos con aire impaciente.

—Ya. Bueno, verás, no voy a ir con un chico, sino con unas amigas, nada más.

—¿Y eso por qué? —parecía desconcertado—. Mira, Penny, si no te apetece acompañarme, basta con que me lo digas.

—No, no es eso, de verdad. Ya he...

—Vale —Todd se alejó caminando.

«Bueno, no ha ido tan mal».

A pesar de la reacción de Todd, por primera vez desde mi llegada al instituto esperaba con ilusión la fiesta de antiguos alumnos. Cada vez que me preguntaban con quién iba a ir respondía la verdad, sin importarme que a la gente le extrañara el hecho de que un puñado de chicas acudiera en grupo.

—Eh, forastera, ¿es que ya no te acuerdas de dónde está tu taquilla? —me dijo Ryan después de clase.

—Sí, bueno, yo...

—Está bien. Lo entiendo.

Ignoraba por completo a qué se refería. Yo había estado evitando rondar por mi taquilla para no tener que aguantar a Todd.

Seguí sacando los libros, pero Ryan no se movió.

—Todd me lo ha contado.

Me giré y apoyé la espalda en la taquilla.

—¿Hasta qué punto me odia?

Ryan se desplazó y apoyó la cabeza al lado de la mía.

—No es para tanto. Le dije que de verdad ibas a ir a la fiesta con unas amigas. Lo siento.

—¿Por qué ibas a sentirlo?

Una sonrisa se le extendió por el rostro.

—Bueno, me imagino que volverá a querer ligar contigo una vez que la fiesta haya pasado.

—Entiendo.

—En todo caso, deberías ser tú quien me pidiera disculpas.

—¿Por qué?

Ryan abrió su mochila y empezó a meter objetos en su taquilla. Fingía no oírme.

—¡Eh! —le propiné un puntapié en la pierna—. ¿Qué he hecho? Quiero decir, no tengo ni idea de qué me hablas, puesto que soy una mojjigata y todo lo demás...

—Habría estado bien que advirtieras a Chesney de que no estás en el mercado.

—Qué bien suena: «No estás en el mercado». Ya sé que Todd me ve como un trozo de carne; pero esperaba un poco más de ti —me burlé.

—Me cuesta creer que tenga que enterarme de tus cosas a través de Diane.

—¿Y qué te ha dicho Diane, exactamente?

Se mostró confundido.

—Que vais a ir juntas a la fiesta. ¿Es que hay más?

Negué con la cabeza.

—No, nada más. Eso es todo.

El viernes por la noche asistí con Morgan al concierto de Tyson. Nunca me había sentido tan fuera de lugar. Examiné la sala y no vi más que *piercings*, raya de ojos negra y melenas sucias. La expresión de todos los presentes parecía indicar que preferirían estar en cualquier otro sitio.

Bueno, pues ya tenía algo en común con ellos.

Morgan me agarró del brazo.

—Creo que deberíamos colocarnos delante; no excesivamente cerca, pero a poca distancia.

Nos abrimos camino hasta la parte delantera del taller de coches que hacía las

veces de sala de conciertos. Pensé que Tyson vería a Morgan sin problemas; sólo había unas treinta personas en total. Morgan metió la mano en su bolso y se aplicó otra capa de pintalabios rojo.

Se produjo un movimiento en la parte delantera a medida que la banda llegaba al escenario: Pete Vaughn, sentado a la batería, empezó a girar las baquetas en el aire; Brian Silverman y Trent Riley efectuaron su entrada con sus respectivos instrumentos: la guitarra y el bajo, y Tyson irrumpió con su guitarra. De inmediato, la banda se estrenó con *London Calling*, de The Clash. Me sorprendió que Tyson, tan tímido en clase, dominara el escenario. Se movía al ritmo de la música, manejaba al público a su antojo, y se comportaba como un experimentado profesional. Y la música no estaba nada mal.

La canción terminó y todo el mundo se puso a lanzar ovaciones.

—¡De acuerdo! —Tyson agarró el micrófono—. Ya está bien de versiones. Tenemos una nueva canción que vamos a interpretar para vosotros. ¡Venga esos aplausos!

Era la mayor cantidad de palabras que le había escuchado pronunciar nunca.

—Ay, me muero de ganas de escuchar las novedades. Tyson escribe las letras de todas las canciones —Morgan se quedó mirándolo como un cachorro enamorado.

Tyson empezó a puntear. Su melena negra le caía por los ojos al sacudir la cabeza de atrás adelante. El resto de la banda se unió a él, y me descubrí bailando al ritmo de la música. Había algo intenso en el compás. Miré a mi alrededor y vi que todo el mundo agitaba la cabeza al ritmo del bajo.

Mientras cantaba por el micrófono, su voz me sorprendió: tan clara, tan potente y, en cierta forma, tan hermosa. La letra era mucho más profunda de lo que me habría imaginado.

Tyson cerró los ojos y alargó la mano en dirección al público: «Eres la sombra que me persigue, la visión de quien quiero ser...».

A pesar de que Tyson era un chico, me empecé a preguntar si habría estado equivocada con respecto a él. No en cuanto a la parte de ser la escoria de la Tierra por el simple hecho de haber nacido varón, sino porque, durante muchos años, lo había desechado sin pensármelo dos veces. ¿Acaso había permitido yo que su aspecto y su timidez eclipsaran lo que, por momentos, iba quedando a la vista?

Tyson Bellamy no era un aspirante a *punk*. Era un prodigio musical.

Una vez que la banda hubo terminado su última canción, Morgan se giró hacia mí y declaró:

—Las promesas hay que cumplirlas. Podemos irnos.

Nos dispusimos a salir, pero un grupo de gente nos lo impedía. Decidí atajar por un lateral del escenario, entonces me tropecé con el cable de un amplificador.

—¿Estás bien? —una mano me sujetó para que recobrase el equilibrio.

Levanté la mirada.

—Sí, gracias, Tyson. Un concierto magnífico.

—Gracias, Penny —respondió con una sonrisa tímida—. Me he puesto un poco nervioso al verte aquí.

«¿En serio?».

—¿En serio?

—Sí —noté que se sonrojaba por detrás de la cortina de pelo—. Verás, te llamas como una canción de la banda de *rock* más grande de todos los tiempos.

—¡Ah! —solté una carcajada—. Mmm, conoces a Morgan, ¿no? —señalé a mi amiga, que trataba de ocultarse a mis espaldas. Y eso que me había propuesto no ejercer de casamentera.

—Sí, hola —dijo Tyson, mirando al suelo.

—Hola —respondió Morgan, también mirando hacia abajo.

—Eh..., ¿así que es aquí donde ensayáis? —pregunté, tratando de que la situación no resultara tan violenta.

Tyson asintió con la cabeza.

—Sí, por las noches —no levantó los ojos.

—Ajá. Bueno, qué... interesante.

Morgan me propinó un codazo.

—Mmm, bueno, un placer hablar contigo...

Tyson asintió de nuevo y, levantando los ojos un instante, sonrió.

—¡Me voy a morir! —gritó Morgan a medida que abandonábamos el garaje—. Qué vergüenza he pasado. No podía haber mostrado menos interés por mí.

—Es tímido, nada más —le aseguré, sólo convencida a medias de que fuera la razón.

Morgan abrió las puertas de su coche y nos montamos.

—Penny, ¿sabes desde cuándo me gusta Tyson?

Negué con la cabeza.

—Desde tercero de secundaria. Dos años. Por fin, decidí que este curso iba a hacer algo al respecto. Está en el último curso, así que el tiempo se agota. Pero salta a la vista que no le importo —Morgan apoyó la cabeza en el volante—. ¡Me da tanta vergüenza!

—No tienes de qué avergonzarte. No necesitas a Tyson para...

Me interrumpí. No me apetecía hacer una reconstrucción de nuestro almuerzo de principios de semana.

—¿No lo necesito para qué? —Morgan me miró, expectante.

—No lo necesitas.

Morgan asintió con lentitud.

—Tienes razón. No lo necesito. Ya he desperdiciado demasiado tiempo por su culpa —suspiró—. Oye, ¿queda sitio en tu club para otra socia?

Sonreí.

—Desde luego. ¿Tienes algo que hacer mañana por la noche?



Quince

—Chicas, portaos bien —advirtió mi padre el sábado por la noche mientras se hundaba en el abrigo—. A ver, Penny Lane. Sólo estaremos fuera un par de horas. Nada de chicos.

Me esforcé por no reírme. Si ellos supieran.

Mientras mis padres se acicalaban para salir a cenar, Tracy y yo nos ocupábamos de preparar las provisiones imprescindibles para nuestra primera reunión oficial del Club de los Corazones Solitarios: patatas fritas de bolsa, salsa para mojar, pizza y una selección de comedias románticas.

—No se preocupe, doctor Bloom. Si Paul o Ringo se pasan por aquí, seremos las anfitrionas perfectas —a Tracy le encantaba que mis padres fueran tan poco... normales.

—Gracias, Tracy —respondió mi madre—. Sabemos que lo haréis —me dio un beso en la mejilla y luego se encaminó a la puerta principal.

—¿Por qué fomentas su obsesión? —le pregunté a Tracy.

—Porque te pone de los nervios.

Sonó el timbre (con la melodía de *Love Me Do*, claro está).

—¡Queda inaugurada la fiesta! —declaró Tracy.

Me había pasado toda la semana esperando la reunión. Nada más que chicas, pasando el rato juntas. Aun así, una parte de mí confiaba en que quizá, sólo quizá, acabara convirtiéndose en algo más importante.

Una vez que Tracy, Diane, Jen, Amy, Morgan y yo nos hubimos instalado en el sótano, cómodamente arrellanadas en los sofás, y empezamos a comer patatas fritas, Tracy se levantó y nos fue entregando una hoja de papel a cada una.

Bajé la mirada y leí: *Reglamento oficial del Club de los Corazones Solitarios, de Penny Lane*.

—¡Eh! —protesté—. El club no es sólo mío...

Tracy me lanzó una patata frita.

—¿Te importa leerlo primero?

REGLAMENTO OFICIAL DEL CLUB DE LOS CORAZONES SOLITARIOS, DE PENNY LANE.

El presente documento expone las normas para las socias del Club de los Corazones Solitarios, de Penny Lane. Todas las socias deberán aprobar los términos de este reglamento pues, de lo contrario, su afiliación quedará anulada automáticamente.

1. Todas las socias del club se comprometen a dejar de salir con hombres (o «niños», en el

caso de la población masculina del instituto McKinley) durante el resto de su vida escolar. Si las mencionadas socias decidieran reanudar las citas una vez que abandonen el instituto, procederán por su cuenta y riesgo. El incumplimiento de esta norma, la más sagrada, tendrá como consecuencia el mayor castigo impuesto por la ley: correr desnudas por los pasillos del McKinley después del almuerzo.

2. Las socias asistirán juntas, como grupo, a todos los eventos destinados a parejas, incluyendo (pero no limitándose a) la fiesta de antiguos alumnos, el baile de fin de curso, celebraciones varias y otros acontecimientos, aun a riesgo de ser tachadas de *frikis* y de ser objeto de miradas envidiosas por parte de los chicos que, habiendo deseado contar con ellas como pareja explosiva, tienen que conformarse con patéticas aspirantes.
3. Los sábados por la noche se celebrarán las reuniones oficiales del Club de los Corazones Solitarios, de Penny Lane. La asistencia es obligatoria. Únicamente se producirán excepciones a causa de emergencias familiares o en los días de pelo en mal estado.
4. Las socias deberán apoyar a sus amigas, a pesar de posibles elecciones equivocadas por parte de éstas en cuanto a ropa, peinado y/o música.

La violación de las normas conlleva la inhabilitación como socia, la humillación pública, los rumores crueles y la posible decapitación.

Me encantó. De acuerdo, resultaba un tanto melodramático en algunas expresiones (típico de Tracy); pero, en general, funcionaba.

Jen se quedó mirando la lista y suspiró.

—Desde que me hablasteis del club, he estado pensando en todas las desgracias que me han ocurrido por culpa de los chicos. Por ejemplo, hace poco me he enterado de que, el curso pasado, tres chicos del equipo de baloncesto se apostaron quién me haría perder la virginidad. ¿Habéis oído algo más absurdo? —Jen puso los ojos en blanco.

—Sí. Por desgracia, Jon Cart tuvo ese privilegio conmigo el año pasado —Amy negó con la cabeza—. Ojalá pudiera recuperar esos cuarenta y cinco segundos de mi vida.

—¿CÓMO? —preguntó Tracy con un alarido.

Amy se cubrió la boca.

—Sí, odio tener que decíroslo. Pero el caso es que perderla no es muy divertido, que digamos.

Tracy se mostró desilusionada.

—No es que yo vaya a enterarme, la verdad —se rodeó el cuerpo con los brazos y, en plan de broma, se enfurruñó—. Maldito club.

—Sí, y para no romper la tradición de que los chicos me tratan fatal sin ningún motivo, al segundo de terminar, literalmente, perdió todo interés por mí.

—Qué típico —coincidió Jen.

—Lo que se ve en la televisión y en las películas es una chorrada. No vi fuegos artificiales, ni me pasó por la cabeza ninguna sinfonía arrebatadora —Amy echó un vistazo a Diane—. Aunque seguro que, en el caso de Ryan y tú, hubo velas encendidas y pétalos de rosas.

Diane se sonrojó.

—Mmm, no exactamente.

No estaba yo muy segura de querer enterarme.

—Por favor, dime que al menos había sábanas de seda —insistió Amy.

Diane respondió, pero en voz tan baja que resultaba inaudible.

—Bueno, quizá deberíamos cambiar de tema... —propuse.

Diane paseó la vista por el grupo y sonrió.

—Está bien. Es sólo que... soy virgen.

—¿ERES QUÉ? —chilló Tracy, a la vez que se levantaba de un salto del sofá.

Diane se encogió de hombros por toda respuesta.

«Imposible».

Ella y Ryan llevaban juntos tanto tiempo que prácticamente estaban casados.

Bueno, a lo mejor era verdad eso de que la gente casada no practica el sexo.

—¿En serio? —preguntó Tracy con otro grito.

Diane asintió.

—En serio.

—Guau.

Tras una incómoda pausa, Diane se levantó y se acercó a Tracy.

—Gracias, Tracy —dijo con un travieso brillo en los ojos—. Muchas gracias por haber pensado todo este tiempo que era una zorra de marca mayor.

Tracy se encogió de hombros.

—Oye, sólo estoy aquí para criticar a mis amigas, a ver qué te crees.

—Penny, ¿y si ponemos música para dejar de oír a Tracy? —me propuso Diane con una sonrisa.

—Sí, como si un simple altavoz fuera capaz de callarme —contraatacó Tracy.

Aprobé completamente la sugerencia de Diane. Sabía muy bien qué canción poner a todo volumen.

¿Cuál, si no?

Come Together: juntémonos.

—No tienes que preocuparte por limpiar, en serio —le insistí a Diane una vez que todo el mundo se hubo marchado. Enjuagué unas cuantas latas de refrescos que había que reciclar.

—Es que te quería hacer una pregunta.

Me senté a la mesa de la cocina, a su lado.

Se rebulló, incómoda, en el asiento.

—¿Te parece raro?

—¿El club?

—No, no. El que Ryan y yo no...

—Mmm, bueno, yo había supuesto..., ya sabes.

Bajó la mirada al suelo.

—Sí, ya lo sé. Es sólo que... ¿Te puedo decir algo?

Asentí.

—Nunca se lo he contado a nadie, pero una vez lo intentamos. La Nochevieja pasada pensábamos... Lo teníamos todo planeado. Mis padres iban a pasar la noche en la ciudad, así que fuimos a mi habitación después de la fiesta de Todd y, efectivamente, había velas. Y, efectivamente, me regaló rosas... —Diane se echó a reír—. Me figuro que éramos de lo más predecible —su sonrisa se fue desvaneciendo, y se quedó callada unos instantes.

Asentí en señal de comprensión. Me empezaron a asaltar recuerdos de mi embarazosa, mi catastrófica velada con Nate.

—Me acuerdo de que estaba segura con respecto a Ryan, de que estaríamos juntos para siempre. Todo resultaba tan romántico, tan perfecto, pero entonces... me asusté. No es que me sintiera un poco inquieta, no. Perdí los nervios por completo. No habíamos llegado muy lejos, aún llevábamos puesta casi toda la ropa; pero me eché a llorar. Ryan se incorporó de inmediato y encendió la luz. Parecía tan preocupado que me sentí todavía peor.

»Aún sigo sin entender qué pasó. Me figuro que me entró pánico. Estuvimos tumbados, juntos, hasta la mañana siguiente. Y Ryan me abrazaba mientras yo seguía llorando. Después de aquella noche, las cosas entre nosotros cambiaron. Creo que a Ryan le preocupaba haber hecho algo mal, de modo que nunca más trató de llegar tan lejos. Ambos estábamos tan avergonzados que no volvimos a hablar del tema. Apenas hicimos nada el último par de meses que estuvimos saliendo. Por eso nos ha resultado fácil seguir siendo amigos, porque eso es lo que hemos acabado siendo, al final... sólo amigos.

Diane se mostró triste unos momentos, y luego levantó la vista para mirarme y esbozó una débil sonrisa.

—Todo el mundo quiere enterarse de qué ha pasado, de por qué la «pareja perfecta» ha roto. Creo que, para nosotros, esa noche fue el principio del fin. No porque fuéramos a practicar el sexo, sino porque ambos nos dimos cuenta de que nos estábamos obligando a algo que ninguno de los dos quería en realidad.

Diane me miró y se encogió de hombros.

—Estoy harta de hacer cosas por otras personas, o porque sea lo que se espera de mí. No pienso volver a repetirlo, nunca más.

—Bien dicho.

Diane me sonrió.

—Hay otra cosa que quiero que sepas.

Me incliné hacia delante, preguntándome qué más podría venir a continuación.

—Después de la temporada de fútbol americano, voy a dejar el grupo de animadoras.

Semejante noticia podría haber supuesto una sorpresa aún mayor que la ruptura con Ryan.

—¿De verdad?

—Sí. Además, voy a presentarme al equipo de baloncesto. Y lo hago sólo por mí —se le iluminó la cara, y se notaba que hablaba muy en serio.

— Ay, Diane — me había quedado sin palabras.

La cabeza me estallaba con toda la información acumulada aquella noche. Aunque no era más que nuestra primera reunión oficial, la mayoría del grupo estaba cambiando y un montón de secretos se estaban dando a conocer.

Seguro que, con el tiempo, más secretos saldrían a la luz.

Puede que incluso algunos de los míos.



Dieciséis

La primera salida oficial de nuestro club tuvo lugar el sábado siguiente: fuimos de compras en busca de vestidos para la fiesta de antiguos alumnos. Estaba superemocionada porque Rita había vuelto a casa de la universidad de Northwestern y la habíamos nombrado socia honoraria para la ocasión.

Pero antes, teníamos que sobrevivir a la cena con nuestros padres, el viernes por la noche.

—Ay, qué alegría tener a mis niñas en casa —repetía mamá sin parar.

Traté de ignorar sus comentarios mientras examinaba la carta del restaurante favorito de la familia, The Wilderness, es decir, la tierra salvaje. (Nunca llegué a entender qué tenía de salvaje un restaurante familiar pegado a un centro comercial.)

El camarero se acercó a tomar nota de nuestro pedido y bajé la mirada para que Rita fuera la primera en pedir. Siempre se mostraba mucho más valiente que yo con nuestros padres.

—Sí, tomaré el *filet mignon* con puré de patata al ajo —dijo, mirando directamente a mamá, desafiándola.

—Rita... —dijo mamá con evidente desaprobación.

Rita apartó la servilleta de su plato y se la colocó en las rodillas.

—Madre, las chicas jóvenes necesitan proteínas. Penny, ¿qué vas a tomar?

El camarero me miró, a todas luces desconcertado. Esboqué una sonrisa mientras pedía una hamburguesa, no muy hecha.

Mamá intervino, frunciendo sus grandes ojos castaños —exactos a los míos— y sosteniendo la mirada de Rita.

—Rita... Penny Lane... —ah, genial, también yo me había metido en un lío—. Ya sabéis que respetamos vuestra decisión de comer lo que queráis, pero me encantaría que trataseis de entender los argumentos de vuestros padres.

—Verás, mamá, conozco vuestros argumentos —Rita puso las manos en alto y efectuó un gesto rimbombante—. Sé cómo actuaría Paul en una situación así; pero no soy Paul McCartney. Soy Rita Bloom, y decido comer carne. Montones de carne.

Mientras que la mayoría de la gente opta por hacerse vegetariana por razones éticas o de salud, mamá y papá lo habían hecho, sencillamente, porque Paul McCartney los había convencido.

Percibiendo la tensión que reinaba en la mesa, papá se giró hacia mí.

—Y dime, Penny Lane, ¿qué planes tienes este fin de semana con tu hermana mayor?

Estaba a punto de hablarle del día de compras cuando Rita interrumpió:

—Estoy encantada, porque voy a conocer a las socias del club de Penny.

«Oh-oh».

—¡Cariño, te has apuntado a un club! ¡Qué bien! —exclamó mamá mientras daba un sorbo de agua.

—Sí, desde luego. ¿Qué clase de club, hija? —papá se inclinó hacia mí, interesado.

—Bueno, eh..., en realidad, no es un club oficial.

Fulminé a Rita con la mirada. La situación resultaba humillante. ¿Qué iba a decir? «Veréis, papá, mamá, estoy harta de los chicos porque el hijo de vuestros mejores amigos se portó conmigo como un cerdo, de modo que he decidido unirme con mis amigas y olvidarme por completo de los tíos».

—Lo ha fundado Penny. Se llama el Club de los Corazones Solitarios —apuntó Rita.

—Oh, Penny, qué maravilla —mamá se llevó la mano al pecho, entusiasmada porque su hija hubiera utilizado un nombre de los Beatles, aunque no tuviera ni idea de qué iba el club. Podía haber fundado un club llamado El Submarino Amarillo cuyos miembros salieran de fiesta en el océano y ligaran con cachorros de foca, y mis padres seguirían sintiéndose orgullosos.

—Hija, es magnífico que te tomes tanto interés por tus raíces. Bien hecho, muy, muy bien —papá esbozaba una amplia sonrisa de satisfacción.

¿Mis raíces? Mi bisabuelo paterno era inglés, de acuerdo; pero ni con mucho de los alrededores de Liverpool. Y la familia de mi madre procedía de Alemania.

—¿Queréis saber de qué va el club? —pregunté—. Unas amigas y yo hemos decidido dejar de salir con chicos..., al menos hasta que abandonemos el McKinley.

Los ojos de papá se iluminaron.

—Penny Lane, ¡es una idea magnífica para formar un club!

Mamá se mostró pensativa unos instantes, y luego tomó la palabra.

—Penny Lane, ¿hay alguna razón para que hayas dado este paso?

El corazón me empezó a latir a toda velocidad. Mamá lo sabía. Negué con la cabeza.

—En realidad no. Habrá sido un conjunto de factores, supongo. Pero es que estoy harta de que mis amigas sufran...

—Bueno, Penny Lane, te repito que me parece genial —papá alargó el brazo a través de la mesa y me cogió de la mano—. Quiero que sepas que estaré encantado de bajar más mesas al sótano cuando esto despegue. ¡Y pensar que nuestra niña ha fundado un club de los Beatles!

—¡No es un club de los Beatles! —aparté la mano de un tirón.

Papá me guiñó un ojo.

—Bueno, un padre tiene derecho a soñar, ¿no te parece?

Mamá permanecía en silencio. Me costaba averiguar su opinión. Pero no pronunció palabra cuando llegó la comida y Rita y yo nos abalanzamos sobre nuestra carne roja y disfrutamos cada mordisco.

Resultaba extraño. Había asistido a innumerables bailes y eventos de cierta formalidad desde primaria. Pero era la primera vez que había salido en busca de un vestido con un grupo de amigas. Sin duda, cimentaba la importancia de nuestro club, y demostraba lo bien que nos lo podíamos pasar sin necesidad de chicos. Me dio la impresión de que a las dependientas no les hacía mucha gracia tener que aguantar a seis chicas correteando de un lado a otro de la sección de vestidos, lanzándose gritos entre sí; pero Rita no tardó en ponerse al mando.

—En una escala de calor, ¿estás que ardes, muñeca! —le dijo a Amy cuando ésta salió del probador enfundada en un vestido negro.

Mientras yo observaba la escena, mi hermana agarró su móvil y se puso a imitar a una presentadora de uno de esos programas de televisión femeninos.

—A continuación, tenemos a Amy Miller, con un vestido de raso negro. Fíjense en el detalle de pedrería en las mangas tipo casquillo, y en el corte estilo imperio que acentúa su generoso busto...

Amy se sonrojó, efectuó un pequeño giro e hizo una reverencia.

Se abrió la puerta del probador de al lado.

—¿Estáis listas para verme? —preguntó Tracy mientras salía para que admirásemos su vestido... o lo que fuera.

Nos quedamos mirándola fijamente. Tracy llevaba lo que podía describirse como una especie de bata, una espantosa bata de flores que ni siquiera mi abuela habría osado lucir en público. Tracy se dirigió, contoneándose, al espejo de tres cuerpos.

—Oye, Pen, se me ha ocurrido que podíamos ir preparando el armario para cuando seamos solteras —sonrió a medida que se quitaba la bata y dejaba al descubierto un ajustado vestido de seda roja con cinturón de lentejuelas a juego. Estaba impresionante—. Venga, Rita, ¿qué puntuación me das en tu escala de calor?

—Sin duda alguna: ¡al rojo vivo!

Tracy dio una palmadita y se puso a pegar botes. Caí en la cuenta de que cada día se parecía más a Diane.

Si alguna vez llegara a comentárselo, me mataría.

—Por lo que se ve, todas habéis encontrado vestimenta —indicó Rita mientras nos examinábamos unas a otras. Diane había elegido un vestido rosa de estilo años veinte, Jen llevaba el clásico vestido negro sin tirantes, y Morgan, uno de seda roja de corte imperio, mientras que yo había optado por un conjunto negro de top atado al cuello y falda de encaje estrecha.

Nos colocamos en línea delante de los espejos para vernos mejor.

—¿Sabéis? —dijo Jen—. Me encanta haber elegido un vestido sólo para mí. Antes, siempre me paraba a pensar si le gustaría a mi pareja lo suficiente...

—Sí —interrumpió Amy—. Lo suficiente como para quitártelo.

Jen esbozó una sonrisa.

—En serio, es como si me hubiera quitado un peso de encima.

Diane se mordió el labio inferior con ademán nervioso.

—A mí también me pasa, sobre todo porque ahora puedo concentrarme en

otras cosas. De hecho, necesito tu ayuda, Jen. He decidido dejar de ser animadora después de la fiesta de antiguos alumnos... y presentarme a las pruebas de baloncesto.

Se escucharon un par de gritos ahogados. Rita rompió a aplaudir.

—¡Madre mía! —exclamó Tracy—. ¡Diane! Vas a... —Diane se sonrojó y bajó la mirada— ... fastidiar al personal a base de bien.

A Diane se le iluminó la cara.

—¿Eso crees?

—¡Pues claro que sí! Me muero de ganas de que el director Braddock se entere de la noticia. Le va a dar un ataque cuando sepa que una de sus queridísimas animadoras va a..., mmm..., cambiar de equipo, digamos.

Diane se echó a reír.

—Ya me imagino los rumores que van a correr por todas partes cuando se lo diga a las chicas.

—¿Puedo preguntarte cuándo decidiste unirme al equipo? No es tan fácil como parece —dijo Jen.

—No pienso que sea fácil, para nada. Siempre me ha encantado el baloncesto, y a veces salía a practicar con mi padre, porque no tenía un hijo con quien jugar, me imagino. Pero quiero formar parte de un equipo. Quiero probar algo diferente. Puede que os parezca un poco egoísta, pero estoy harta de animar a otras personas. Ahora quiero que me animen a mí.

—¿Te apetece venirte este fin de semana y echar unos tiros? —propuso Jen.

Diane sonrió.

—Será alucinante. Ryan está repasando jugadas conmigo; hemos estado entrenando los fines de semana.

—¿En serio? —preguntó Tracy.

—¡Sí! —la expresión de Diane cambió rápidamente—. Un momento, no hay nada entre nosotros. Confío en que no sea eso lo que piensas.

Tracy se encogió de hombros.

—Lleva tiempo animándome a dar el paso, y yo necesitaba un poco de práctica para ver si era o no una nulidad. Pero, por lo visto, Ryan opina que me irá bien. No es que pretenda empezar siendo titular ni nada parecido; aunque, en realidad, no me importa. Lo que quiero es formar parte del equipo.

Jen asintió.

—¡Así me gusta! Y estoy segura de que serás estupenda.

—No sé...

Todas la bombardeamos con palabras de aliento. Me fijé en que la seguridad de Diane iba en aumento al contar con el apoyo general.

Tracy alargó la mano y nos quedamos mirándola unos segundos.

—Venga... —exhortó.

Coloqué mi mano encima de la suya y, una por una, las demás nos siguieron. Allí estábamos, con nuestros vestidos nuevos, frente a una hilera de espejos.

Tracy me miró antes de tomar la palabra.

—¡Por nuestras nuevas socias, nuestros increíbles vestidos de fiesta y por Diane Monroe, diosa de la canasta!

Lanzamos gritos y hurras. Las pobres dependientas estuvieron a punto de derrumbarse sobre sus respectivas cajas registradoras.

Una vez que hubimos comprado nuestros vestidos, Tracy sugirió «que nos pusiéramos como cerdas hasta que se nos quedaran pequeños». Nos esforzamos al máximo.

Después de despedirnos del grupo, Tracy nos llevó a casa a Rita y a mí. Introdujo un CD en la radio del coche.

—Señorita Penny Lane, tengo una sorpresa para usted —anunció. La música de los Beatles inundó el ambiente.

—¡Guau, Tracy! No me lo puedo creer...

—Sí, bueno, me gusta pensar que yo también estoy llena de sorpresas —me guiñó un ojo.

Rita se inclinó hacia delante entre el asiento del conductor y el del acompañante.

—¿Sabes, Pen? Os vais a hacer cada vez más populares. A este paso, papá va a tener que ampliar el sótano para que quepáis todas.

Sonreí. Tal vez Rita tuviera razón. Tal vez esto sólo fuera el principio.

Tracy subió el volumen y las tres empezamos a corear la canción.

I've got to admit it's getting better... Tengo que admitir que está mejorando...



Diecisiete

Una semana después llegó el momento de acudir al baile y todo era un total y completo desastre.

¿En qué había estado pensando? La mente me corría a toda velocidad. ¿Por qué le había dado tanta importancia al hecho de acudir a la fiesta de antiguos alumnos? ¡No podía presentarme en público con aquella pinta!

Escuché unos golpes en la puerta de mi cuarto de baño. Era Diane.

—Vamos, Penny, ¿qué haces ahí metida? Nos morimos por verte.

Estaba convencida de estar sufriendo un ataque de pánico.

—Sí, un segundo...

Traté de ajustarme el vestido por enésima vez, si bien resultaba inútil. De ninguna manera podía salir de casa así. Quería entrar en el baile con la cabeza bien alta. Hubiera jurado que, en la tienda, me sentaba mucho mejor. Noté que una capa de humedad se me concentraba alrededor de los ojos. Genial, no sólo tenía un aspecto ridículo, sino que también iba a echar a perder el maquillaje al que Diane había dedicado tanto tiempo.

—Penny Lane, ¡sal de ahí ahora mismo! —bramó Diane, aporreando aún más la puerta.

De acuerdo: eran mis amigas, tenían que ser sinceras. Decidí salir a ver qué tenían que decir. Quizá mi actitud fuera un poco exagerada.

O quizá me iba a poner a vomitar.

Abrí la puerta...

—¡Ta-chán! —hice lo posible para efectuar una entrada espectacular, si bien no fui capaz de mirarlas a los ojos.

—Penny, estás preciosa —Diane sonreía, satisfecha—. Estoy tan acostumbrada a verte con camisetas y vaqueros... Pero ¡mírate! —saltaba arriba y abajo. Nunca había visto a ninguna persona tan emocionada por ir a un baile... con un puñado de amigas.

Por descontado, sabía que Tracy no tendría pelos en la lengua.

—Y mírate ese pecho. ¿Quién iba a imaginar que tenías semejante delantera?

Diane golpeó a Tracy en el brazo.

—Ya lo sé —repuse yo—. Estoy horrorizada. No tenía esta pinta cuando me lo probé. Puede que sea el sujetador —bajé la mirada y lo único que pude ver fue el escote.

—¡Por favor! —replicó Diane—. Tienes un cuerpo de escándalo; hay que empezar a enseñarlo.

—Es verdad. Penny desvaría —intervino Morgan—. ¿Te imaginas la suerte que

tienes por no tener que vigilar lo que comes?

Diane se acercó a mí y se puso a retocarme el peinado.

—No te preocupes, estás impresionante. Además, no es tan malo como piensas. Mírate el cuerpo entero en el espejo, no sólo el pecho. Eres una preciosidad.

Al llegar al instituto, volvimos a retocar nuestro peinado y maquillaje. Me encontraba más segura con mi conjunto y, aunque odiaba reconocerlo, una parte de mí se moría por ver la reacción de algunos de los chicos.

Sentí la vibración de la música antes incluso de que abriéramos la puerta principal. Aceleré el paso, de pronto deseosa de llegar al gimnasio y acabar de una vez con la entrada triunfal. Me apresuré a acceder al interior, sin saber bien qué esperar. Al menos, nadie se reía ni nos señalaba.

Entonces, lo escuché: el típico chillido agudo y penetrante de las adolescentes cuando se divisan unas a otras en un evento formal.

—¡AAAMMMMMYYYYYY! ¡Qué guapísima estás!

—OHDIOSSANTOJEN, ¡menudo vestido!

—¡Mírate!

—¡No, mírate TÚ!

—Vete de aquí. No me puedo creer que te hayas puesto ese color.

—No, vete TÚ.

Kara, que al final se presentó con pareja, se quedó mirándonos a las seis y comentó:

—Chicas, así que vais en serio con lo del club, ¿eh?

—Pues claro que sí —respondió Diane con tanto entusiasmo que pensé que, seguramente, era la más emocionada del grupo.

—Bueno..., me alegro —Kara se envolvió con un chal su delgado cuerpo—. Creo que jamás podría hacer una cosa así; pero me alegro por vosotras, chicas.

Diane me agarró del brazo.

—Venga, vamos a bailar.

Las seis nos abrimos camino hasta la pista de baile y empezamos a movernos al ritmo de la música. Algunas amigas se sumaron a nosotras. La música estaba demasiado alta para mantener una conversación, pero me encontré a mí misma hablando de nuestro club cada vez que otra persona se nos unía.

Me di la vuelta y me sorprendió ver que nuestro grupo de seis se había duplicado. Kara se había sumado a nosotras, junto con varias alumnas de primero y de segundo de bachillerato.

Después de una hora de bailar sin descanso, me tomé un respiro para ir al baño y asegurarme de que me quedaba algo de maquillaje. Me lo estaba pasando tan bien que casi me había olvidado de las parejas del baile. Sonreí al pensar en la cantidad de chicas que estaban pasando más tiempo en la pista con nosotras que con sus respectivos acompañantes.

Marisa Klein, la reina de la fiesta, estuvo tanto rato con nuestro grupo que su

novio, el rey de la fiesta, Larry Andrews, la separó por fin de un tirón para poder bailar con ella.

Jessica Chambers y su novio tuvieron una bronca, ya que él la acusaba de no prestarle atención. La verdad es que se peleaban por casi todo. A él no conocía bien, puesto que iba a otro instituto; pero sabía que Jessica se merecía a alguien mejor.

—Me da la impresión de que, esta noche, somos nosotras quienes atraemos las miradas —comentó Tracy entre risas mientras regresábamos a la pista.

Entonces, el *dj* cambió la música pop por una balada, y Tracy y yo nos quedamos inmóviles, sin saber qué hacer, mientras las parejas empezaban a pasar nuestro lado cogidas de la mano.

—Mmm, ¿os apetece algo de beber? —preguntó Tracy cuando las demás se unieron a nosotras.

Las seis hallamos refugio alrededor de una mesa, donde sentí no poco alivio al encontrar asiento y descansar los pies.

—Oh, Dios santo, Diane —dijo Tracy, inclinándose por encima de la mesa—. ¿Has visto con quién está Ryan?

«¡¿¡CON QUIÉN!?!».

Desplacé los ojos con aire despreocupado para buscarlo. Había estado tan absorta con el club que ni siquiera había reparado en su presencia.

—Tranquilas, chicas —respondió Diane. ¿Tranquilas? ¿Es que se había vuelto loca?—. Ya sabía que vendría con Missy. Ningún problema.

¿En serio? ¿Por qué Diane se lo tomaba con tanta calma? Por fin, me di cuenta.

—Un momento, ¿Missy Winston? —dije yo—. ¿Esa de tercero que le tiró el refresco encima a Kara? ¡Tienes que estar de broma!

—En serio, Penny, no es para tanto. Por lo visto, Missy le pidió salir después de un partido de fútbol americano contra Poynette. A Ryan lo desconcertó un poco lo atrevida que era, pero parece ser que la persona que quería como pareja tenía otros planes.

—¿A quién se lo iba a pedir? —por algún motivo, el corazón me golpeaba en el pecho.

—No me lo dijo. Le expliqué que ya no salgo con chicos, de modo que no veo por qué piensa que me molestaría.

La actitud de Diane era mucho más madura de lo que habría sido la mía. Me levanté y decidí que había llegado el momento de dar una vuelta. Erin Fitzgerald me estaba contando una historia sobre la obra de teatro del instituto cuando noté un golpecito en el hombro.

Me giré y casi me quedé sin aliento. Ryan llevaba un precioso traje negro con camisa azul celeste y corbata azul, que resaltaban aún más el color de sus ojos.

—Hola, Penny. Estás preciosa.

—Hola.

Noté que bajaba la mirada a mi escote y, rápidamente, la volvía a subir. Las mejillas se le sonrojaron y se aclaró la garganta.

—Bueno, por lo que se ve, os lo estáis pasando de miedo esta noche. Ahora

entiendo por qué decidisteis asistir en grupo —se inclinó hacia mí y me puso la mano en la parte baja de la espalda—. Aunque, entre tú y yo, el hecho de que las mejores chicas del instituto hayáis acordado venir juntas al baile nos lo ha puesto muy difícil a los chicos a la hora de elegir pareja.

«¡Por favor! El típico coqueteo vacío de siempre», dije para mis adentros.

—Bueno, ya sabes..., tenemos que haceros sudar un poco —le propiné un suave puñetazo en el hombro, de una manera un tanto coqueta; pero, al final, el golpe fue más fuerte de lo que pensaba.

—¡Ay! —exclamó Ryan—. Santo Dios, Penny, ¿quién iba a imaginar que tenías tanta fuerza?

Bueno, la cosa marchaba bien.

Nos miramos en silencio el uno al otro mientras la música volvía a cambiar a una balada.

Ryan se pasó los dedos por el pelo.

—Oye, Penny, ¿le importará a tus parejas que bailes conmigo?

Antes de que pudiera responder, se escuchó una aguda voz nasal.

—No, pero sí le importa a TU pareja.

Ryan se puso incluso más nervioso que antes.

—Ah, hola, Missy. No sabía cuándo ibas a volver. Mmm, conoces a Penny, ¿verdad?

Missy me miró de arriba abajo con evidente desaprobación. ¿Por qué se enfadaba? Rodeó con sus brazos la cintura de Ryan y traté de reprimir la risa cuando vi que Ryan daba un respingo.

—Sí, he oído hablar de ti. ¿No es tu padre uno de los Rolling Stones o algo parecido?

«Tienes que estar de broma».

—Me llamo como un tema de los Beatles. Penny Lane.

Missy se quedó mirándome como si yo fuera una especie de lunática.

—Lo que tú digas —se limitó a responder—. Ryan, me encanta esta canción. Vamos a bailar —lo agarró de la mano y lo arrastró hasta la pista de baile. Para ser un palillo de metro y medio carente de alma, tenía la fortaleza de un centenar de defensas de la liga norteamericana.

La furia y el resentimiento empezaron a bullir en mi interior. Una parte de mí quería interrumpirlos. Sólo para fastidiar a Missy.

Pero había abandonado aquel juego. Estaba con mis chicas.

Aunque me reventaba que Missy hubiera ganado aquel asalto.

REVOLUTION

“We all want to change the world...”



Dieciocho

Me imaginaba que los bailes se celebraban los sábados por la noche para que la agitación se pudiera disipar a lo largo del domingo y el lunes fuera un día normal en el instituto.

Bueno, pues en cuanto abrí la puerta del coche de Tracy el lunes por la mañana, supe que no iba a ser el caso.

—¡Cierra el pico de una vez! —gritaba Tracy.

Cautelosamente, tiré de la manilla, confiando en que, fuera lo que fuese lo que estaba pasando, se detendría una vez que me hubiera montado.

—Eres una fracasada —gritó Mike a su hermana cuando me instalé en el asiento.

—Sí, y TÚ eres un *friki* —replicó Tracy.

Nadie parecía darse cuenta de mi presencia en el coche.

—Mmm, chicos —traté de captar la atención de ambos, pero no funcionó.

—YO no tengo la culpa de que esa novia tuya se lo pasara mejor con nosotras —espetó Tracy mientras arrancaba.

—Mantente alejada de mí, y de todo el mundo que conozco. Me da vergüenza que seas mi hermana.

Tracy pisó el freno a fondo.

—En ese caso, ¡fuera!

Mike abrió la puerta y se dispuso a bajarse del coche en mitad de la calle.

—Mike, no... —supliqué.

Se bajó, cerró la puerta de un golpe y empezó a pegar botes por la acera.

—Tracy, ¿qué demonios está pasando? Ve a buscarlo. No puede andar.

Tracy agarraba el volante con fuerza.

—No.

—Llegará tarde a clase.

—Por mí, genial.

—De acuerdo, basta ya. ¿Me quieres decir qué pasa?

Tracy volvió a arrancar y mantuvo la mirada al frente cuando rebasamos a Mike.

—Ayer me montó un espectáculo sólo porque su estúpida novia se pasó casi toda la fiesta con nosotras, en vez de con él.

—¿En serio? ¿Quién era? —me puse a repasar las chicas que habían bailado con nosotras, pero perdí la cuenta.

—La morena menuda con esa falda tan mona de vuelo, color lila.

—¡Anda! ¿Es la novia de Mike?

Tracy asintió mientras detenía el coche en el aparcamiento.

—Pues no entiendo que Mike y tú hayáis tenido semejante bronca por eso, la verdad.

—Él empezó. Ya sabía yo que encontraría la forma de arruinar una noche increíble —una sonrisa se extendió por el semblante de Tracy—. En serio, ¡la montamos en el baile! Las chicas no paraban de decir que sus parejas eran unos sosos. ¿Viste a algún chico en la pista que se lo pasara bien? No, se sentaron en un grupo enorme y se pusieron a hablar de deportes... —cambió la voz para efectuar su mejor imitación de Mike—. ¡Lo que tú digas, tío!

Cuando entramos en el instituto, me repetía a mí misma sin parar que era otra semana más, que no tenía por qué ponerme nerviosa. Pero el estómago me daba botes cada vez que me acordaba de Ryan en la fiesta, atrapado entre las garras de aquel monstruo de tercero. Decidí caminar con más lentitud que de costumbre. Tal vez él no estuviera allí. Tal vez llegaría a convencerme de que no estaba loca. Tal vez...

Cuando doblé la esquina en dirección a mi taquilla lo vi, quitándose la cazadora. Me alivió enormemente comprobar que no había señal de La Innombrable.

Empecé a manipular la combinación del cerrojo y noté que Ryan se daba la vuelta. Nos miramos a los ojos. Sonrió, y fue a decir algo...

—Eh... ¿Penny? —me sobresalté y casi dejé caer mi bolsa de lona. Al girarme, vi a Eileen Vodak y Annette Ryan, ambas de tercero, que revoloteaban detrás de mí—. Bueno, eh..., pensamos que sois divertidísimas y lo pasamos en grande, eh..., con vosotras, chicas —Eileen se sonrojó y, con ademán nervioso, empezó a enroscarse con un dedo un mechón de su larga melena castaña.

¿Estuvieron el sábado con nuestro grupo?

—Verás, mmm, os admiramos mucho. Lo que hicisteis mola un montón.

—Gracias —respondí en voz baja, confiando en que Ryan no estuviera escuchando.

Annette dio un empujón con el hombro a Eileen.

—Ah, sí. Queríamos saber si vuestro club es sólo para chicas de primero de bachillerato, o si contemplaríais la posibilidad de que se apunte gente de tercero...

Me quedé mirando a Eileen unos segundos, mientras trataba de procesar lo que estaba oyendo.

—A ver, ya sé que somos de secundaria, pero...

Abrí los ojos como platos al caer en la cuenta de lo que me pedía.

—Claro que sí. Cuantas más seamos, ¡más divertido!

Los rostros de Eileen y de Annette se iluminaron.

—Ay, Penny, muchísimas gracias. Sólo dinos lo que tenemos que hacer.

Ni siquiera sabía lo que yo misma hacía.

—Vale, así lo haré.

Cuando se marcharon, me giré en dirección a mi taquilla. Ryan cerró la suya y se inclinó hacia mí.

—Hola.

—Hola —respondí. Lamenté no ser capaz de ahogar el impulso de zarandearlo y preguntarle en qué diablos estaba pensando al acudir a la fiesta con tan abominable criatura.

—Hola, Penny —me giré mientras Jen y Amy se acercaban.

Dediqué a Ryan una sonrisa de disculpa, aunque sentí alivio por la interrupción. Ryan asintió con la cabeza y se encaminó a su clase.

—Un par de chicas del equipo de baloncesto que tenían pareja me han llamado para hablar del club —explicó Jen—. ¿Crees que podríamos admitir algunas socias más?

Mientras me dirigía a clase de Español, me fijé en la gran cantidad de chicas que me saludaban.

—*Hola*, Margarita —me saludó Todd en español cuando tomé asiento.

—*Hola* —saqué mi libro y lo abrí por la nueva lección.

Todd se desplazó para acercarse más a mi mesa.

—Oye, Penny, ¿qué tal fue tu exhibición de pibas el sábado por la noche?

—Bueno, *nosotras* nos lo pasamos en grande. No veo qué tiene de particular —empezaba a sentirme un tanto a la defensiva.

—¿Y qué narices es eso de que Diane va a dejar el equipo de animadoras? —empezó a sacudir la cabeza—. Últimamente hay unas movidas muy raras.

—No es tan raro, creo yo. En cualquier caso, ¿qué tal te fue con...?

—Hilary —repuso él con una nota de enfado.

—Ah, sí, ¡Hilary! Es una chica guay. Seguro que lo pasasteis bien —traté de animar un poco a Todd, pues me resultaba extraño verlo sin hacer el tonto.

—No sé cómo es, la verdad. Se pasó casi toda la fiesta bailando con vosotras.

«Ay, es verdad».

Todd abrió el cuaderno y fingió gran interés en sus apuntes. No era su conducta habitual, ni mucho menos.

Me convencí de que pronto se le pasaría. Tampoco era para tanto.

—¿Por qué te importa lo que piense Todd Chesney? —me preguntó Tracy mientras ella y yo nos dirigíamos a almorzar con Jen y Amy a nuestra mesa de costumbre.

—No es sólo él. Durante todo el día me están llegando vibraciones negativas de los chicos —arrojé sobre la mesa la bolsa con mi almuerzo—. Y un montón de chicas han venido a hacerme comentarios de lo más agradables.

—Ya lo sé, ¿no es genial? —repuso Tracy.

—Eh, chicas, ¿os parece bien que Kara se una a nosotras? —preguntó Morgan, a la que seguían Diane y Kara.

—Claro que sí —respondió Tracy—. Nos encanta que hayas vuelto, Kara.

Kara se sonrojó.

—Bueno, me dijisteis que podía volver cuando estuviera preparada...

Tracy abrió los ojos de par en par.

—¡Desde luego! ¡Bienvenida al lado oscuro! —se echó a reír—. Deberíamos juntar esa otra mesa para tener más espacio.

Como era de esperar, Teresa Finer y Jessica Chambers nos preguntaron si se podían sentar con nosotras. Al poco rato, nuestra mesa estaba abarrotada de chicas que comentaban la fiesta de antiguos alumnos. Teresa mencionó que su pareja llegó a buscarla cuarenta y cinco minutos tarde, y, por lo visto, la «cena especial» que la pareja de Jessica le había prometido resultó ser en un Burger King de los que sirven en el coche a los clientes. La pareja de Kara se pasó la fiesta ligando con otra.

—Chicas, teníais razón —Kara negó con la cabeza y se puso a jugar con el raballo de su manzana.

—No se trata de tener razón o no; de lo que se trata es de estar con gente que te aprecie de verdad —apuntó Diane—. Me alegro mucho de que hayas venido, Kara.

Kara esbozó una sonrisa y dio un mordisco a la manzana.

—Así que, resumiendo, yo tuve las mejores parejas del baile —concluyó Tracy.

Mientras Diane, Jessica y Jen hacían planes para jugar al baloncesto durante el fin de semana, me quedé maravillada al ver que Diane no mostraba la más mínima vacilación a la hora de hablar de su gran cambio. No se le notaba arrepentimiento ni angustia alguna. Sabía que estaba tomando la decisión correcta, incluso aunque al final no la admitieran en el equipo.

Por lo que parecía, ahora teníamos nuestro propio equipo.



Diecinueve

Llegó un momento en que perdí la cuenta de las chicas que nos íbamos a reunir en casa el sábado por la noche. Desde luego, eran muchas las que habían confirmado su asistencia. Tracy me había comentado que Michelle, la novia de Mike, había roto con él únicamente para poder asistir. Él, por su parte, se había buscado a otra persona para que le llevara en coche al instituto. Yo me sentía dividida: no quería que Mike sufriera; pero si Michelle era capaz de abandonarlo por algo como el club, seguramente la relación no estaba destinada a durar mucho tiempo.

—¿Todo bien, hija? —me preguntó mi padre justo antes de que llegaran mis amigas. Mamá había salido sola porque papá se estaba recuperando de un catarro—. Si te preocupa que pueda interrumpiros, puedes estar tranquila. Tengo una taza de té y un periódico, y me quedaré en mi habitación sin dar la lata.

—Todo bien, papá. Sólo estoy un poco inquieta por la cantidad de gente que se pueda presentar.

—Penny Lane, tu madre y yo estamos muy orgullosos de ti, así que no te preocupes por el número de chicas que vayan a venir. Marisa Klein ha estado esta mañana en la clínica para hacerse una limpieza, y me ha contado que tú y tu club de los Beatles sois todo un éxito en el instituto.

—Papá, te he dicho...

—Sí, ya lo sé —levantó las manos en el aire—. Aun así, sigo estando orgulloso de ti, hija mía.

Sonó el timbre y me dispuse a abrir la puerta.

—Vete arriba y mejórate —le dije mientras se encaminaba a las escaleras.

Tracy y Diane fueron las primeras en llegar.

—¡Esta noche lo vamos a pasar en grande! —exclamó Diane.

Dirigí la vista a la calle y vi una hilera de coches que se iban deteniendo. Jen y Amy habían traído a Jessica Chambers y a Teresa Finer. Maria Gonzales y Cyndi Alexander aparcaron la furgoneta de Maria detrás de ellas.

—Hola, chicas. Venga, entrad.

Nos encaminamos hacia el sótano y el timbre volvió a sonar: Hilary Jacobs, Christine Murphy, Meg Ross y Karen Brown.

Al poco rato: Jackie Memmott y Marisa Klein, con Erin Fitzgerald y Laura Jaworski, ambas de segundo de bachillerato.

Y después, Michelle —la ahora ex novia de Mike—, Eileen Vodak y Annette Ryan: el contingente de tercero de secundaria.

Y para rematar: Morgan y Kara, con Paula Goldberg.

Entré en el sótano y me costaba creer que hubiera más de veinte chicas del

McKinley: de tercero y cuarto de secundaria, de primero y segundo de bachillerato.

Todas me clavaban la mirada. Me quedé petrificada. Contaban con que les dijera algo, y yo sólo había pensado en ver una película y comer pizza, o algo parecido.

—¡Bravo, Penny! —vociferó Hilary, y rompió a aplaudir. La concurrencia al completo estalló en aplausos.

¿Había provocado yo todo aquello? Me giré, esperando encontrarme con algún famoso que se hubiera colado en el sótano.

—¡Shh! ¡Que hable Penny!

¿Quién había dicho eso? No tenía ni idea de lo que esperaban de mí. Abrí la boca a la vez que rezaba por poder salir del paso.

—Gracias, muchas gracias por venir. Mmm, me sorprende un poco el número de asistentes. No sé muy bien qué esperabais, pero...

Miré a Diane y a Tracy en busca de ayuda, y vi que ambas me sonreían. Se notaba que confiaban en mí; ojalá me pasara lo mismo.

—La verdad es que no sé muy bien por qué habéis decidido asistir a esta reunión. Yo sólo puedo explicaros mis propios motivos para estar aquí, aparte del hecho de que es mi casa, claro está —todo el mundo se echó a reír mientras yo respiraba hondo—. Para ser sincera, ya estoy harta. De los partidos..., de los chicos..., de todo. Dudo que haya una sola chica entre nosotras que no se haya obsesionado por si un chico la va a llamar o no, o por si va a tener pareja para asistir a una fiesta. Y por culpa de la presión de conseguir un chico para ir aquí o allá, acabamos conformándonos con alguien que no nos merece.

»Entonces, cuando realmente encontramos a un chico al que consideramos especial, nos olvidamos de nuestras amigas —procuré no mirar a Diane—. O bien cambiamos de costumbres para agradarle, en vez de hacer lo que nos apetece o lo que sabemos que es lo correcto.

»¿Por qué? ¿Por qué tenemos que pasar por eso?

Noté que mis nervios se mitigaban y me percaté de que todas y cada una de las presentes asentían en señal de acuerdo.

—Sé que habrá quien piense que soy pesimista; pero, en serio, examinemos a la población masculina del McKinley, ¿os parece? —las risas resonaron por la estancia—. No es que tengamos precisamente una enormidad de chicos pasables entre los que elegir.

Algunas socias aclamaron:

—¡Eso, eso!

—A ver, no estoy diciendo que tengamos que renunciar a los chicos para el resto de nuestra vida. No estoy loca hasta ese punto. Pero sé que no deberíamos conformarnos, sé que quiero pasar mis últimos dos años en el McKinley divirtiéndome con mis amigas. Y los chicos no harían más que estropearlo.

»Si miráis a vuestro alrededor, veréis que hoy hemos reunido a un increíble grupo de gente, un sistema de apoyo perfecto. Si nos unimos, podemos hacer cualquier cosa. Sólo debemos tener fe en nosotras mismas. Y nos merecemos todo

aquello que queramos. Si una de nosotras necesita ayuda con un examen, allí estaremos con ella. Si una de nosotras quiere perseguir sus sueños, a pesar de lo que los otros puedan pensar —guiñé un ojo a Diane—, allí estaremos con ella.

»De modo que lo único que pedimos es que las socias se coloquen a ellas mismas y a sus amigas por delante de los chicos. Los sábados por la noche tenemos una cita permanente las unas con las otras. Tenemos que estar aquí unas por otras, para recordarnos lo especiales que somos.

»¿Y lo mejor? ¡No habrá que soportar más estupideces de los chicos!

Amy se levantó.

—¡Por Penny!

—No —protesté—. No se trata de mí, se trata de *nosotras*. ¡Por el Club de los Corazones Solitarios!

El sótano se inundó de escandalosos hurras. Diane se acercó al equipo de música y dio entrada a los únicos chicos permitidos en las reuniones del club: los Beatles.

—¿Sabes, Penny? —me dijo Diane por encima de la música—. De haber sabido que el plantón que me ha dado Ryan iba a tener una influencia tan positiva en tanta gente, le habría pedido que rompiera conmigo mucho antes.

Solté una carcajada. No sabía si era por el entusiasmo que me provocaba el club, por la música o por el sentido del humor de Diane; pero, por algún motivo, me pareció lo más gracioso que había oído en mi vida.

—¿A qué vienen tantas risas? —preguntó Tracy, meciendo las caderas de un lado a otro al ritmo de la música. Golpeó su cadera contra la mía y estuve a punto de caerme—. Señorita Penny Lane, ¿tienes idea de la que has montado? Nosotras solas hemos cambiado la estructura social del instituto McKinley. ¿Sabes lo que significa eso?

Nunca me lo había planteado de esa manera.

—¿Qué?

Sonrió.

—Bueno, antes de esto ya pensábamos que los chicos son unos cretinos, ¿no? Pues te garantizo que a partir de ahora se mantendrán a *kilómetros* de distancia.

Las tres intercambiamos miradas y luego nos volvimos a reír.

Si estar sin pareja el resto de mis años de instituto iba a ser así, no me importaba en lo más mínimo.



Veinte

—Hola, Penny. Soy Ryan.

Me quedé mirando el número que aparecía en mi teléfono. ¿Por qué me llamaba Ryan? Era martes por la noche, y unas horas antes lo había visto en el instituto. El hecho de que únicamente hubiéramos mantenido conversaciones intrascendentes desde la fiesta hacía que escuchar su voz resultara aún más extraño.

—¿Hola? ¿Penny?

«¡Habla! ¡Di algo!».

—Sí, Ryan. ¿Cómo te va?

—No demasiado mal. Tenía una pregunta sobre Historia. No sé si anoté bien la lección que tenemos que repasar. ¿Es la doce?

—Un momento, voy a comprobarlo... —salí corriendo hacia mi escritorio para coger el libro—. ¡Mierda! —un latigazo de dolor me fustigó el dedo gordo del pie izquierdo al golpearlo contra la pata de la silla. Genial—. Sí, lección doce.

Se produjo una pausa al otro extremo de la línea.

—¿Estás bien?

Pues no, no estaba bien.

—Sí, perfectamente. Me he hecho daño en el dedo gordo...

—De acuerdo. Gracias, Penny —otra prolongada pausa—. En realidad, hay algo más que quería preguntarte... Eh, mis padres compraron entradas para el concierto de ese grupo que canta canciones de los Beatles. Es en el Centro Municipal, dentro de unas semanas; pero se han dado cuenta de que tienen que asistir a una boda fuera de la ciudad, así que pensaban enterarse de si alguno de sus amigos las quería. Bueno, se me ha ocurrido que estaría bien ir... si te apetece.

Ryan hablaba mucho más deprisa que de costumbre, por lo que tardé unos instantes en comprender lo que decía.

No me estaría proponiendo salir, ¿verdad?

Pues claro que no. Qué estupidez. Ryan estaba saliendo con esa *cosa* bajita de pelo rizado.

Yo era su amiga. Una amiga que, para colmo, se llamaba como una canción de los Beatles. Tenía sentido que me pidiera una «no cita» para ver a una banda que imitaba a los Beatles.

—¿Hola? ¿Penny?

«Ups».

—Mmm, suena genial.

Podía seguir siendo amiga de los chicos. Ryan y yo siempre habíamos sido amigos, y no había forma de que me llegara a ver de otra manera. ¿Qué había dicho

en la fiesta de Paul? «Nunca haría nada con ella».

—Estupendo —respondió Ryan ahora—. Diane me ha contado que tus padres están en contra de los grupos que hacen versiones y cosas por el estilo, pero le pareció que a ti te podía apetecer.

¡Diane lo sabía! ¿Por qué no me había advertido de que Ryan iba a invitarme... a... una especie de cita de cortesía?

Me aclaré la garganta.

—Será divertido. Gracias por pensar en mí.

—¡Pues claro! Molará un montón asistir a un concierto de homenaje con la mismísima Penny Lane.

«¡Uf!».

—Ya hablaremos de los detalles pero, si quieres, podemos ir al centro temprano y tomar algo antes de la actuación. ¿Te parece bien?

—Me parece genial, Ryan. Hasta mañana.

Colgué y me quedé mirando el teléfono.

Entonces, caí en la cuenta. Había accedido a asistir con Ryan Bauer a un concierto de versiones de los Beatles. Y ahora tenía que decírselo a la única persona a quien la idea le iba a horrorizar.

—¡Ay, Penny Lane! No, no y no. Me has desilusionado. Pero ¿cómo has podido?

Iba a resultar más difícil de lo que me imaginaba.

Me senté a la mesa de la cocina.

—Venga, mamá, no es para tanto.

Mi madre soltó su taza de café y me miró como si yo fuera un monstruo de dos cabezas.

—Mira, Penny Lane: creía que, por la educación que tu padre y yo te hemos dado, nunca se te ocurriría ir a escuchar a una banda que se dedica a plagiar. Es tan... ¡Dave, échame una mano!

Papá dejó de atrincherarse detrás del periódico y lo apartó.

—Verás, Becky, no creo que sea necesariamente algo malo. Al menos, Penny Lane se interesa por sus raíces. Además, considero que debemos darle un voto de confianza, en el sentido de que sabrá distinguir que lo que escucha no es nada comparado con lo auténtico, lo de verdad. ¿Te acuerdas de la vergüenza que le dio aquella masacre en la graduación de Lucy?

Sí, me había muerto de vergüenza en la graduación de Lucy, pero, por desgracia, las armas de humillación masiva fueron precisamente mis progenitores. Un pobre graduado hizo una interpretación no demasiado satisfactoria de *Yesterday*, y mis padres estuvieron a punto de abandonar el auditorio. Se negaron incluso a aplaudir. No habría sido para tanto si los padres del chico no hubieran estado sentados a nuestro lado, grabándolo todo. Seguro que les encantó el vídeo con la banda sonora de los comentarios de sus vecinos: «Bah, qué horror... ¿Por qué la

gente se empeña en manipular a los clásicos?... Sólo existe un Paul McCartney y tú, niño, no eres Paul».

—Sí, papá. Fue terrible —me levanté y empecé a vaciar el lavavajillas. Pensé que tal vez ayudaría a que el humor de mi madre mejorara.

—¿Qué dices, Becs? —papá alargó el brazo por encima de la mesa y dio un apretón a mamá en la mano.

—De acuerdo... —mamá se mostraba derrotada.

Traté de no echarme a reír mientras abría el armario superior para guardar los vasos.

—Venga, ánimo. Y recuerda, ¡dentro de unas semanas tendremos invitados! —papá se esforzaba para que sonriera.

—¡Es verdad! Penny Lane, se nos ha pasado decírtelo. Tenemos una noticia magnífica. Los Taylor van a pasar el día de Acción de Gracias con nosotros. ¿No es...?

Parpadeé varias veces para recobrar la concentración mientras notaba que un vaso se me escurría de la mano. Se produjo un estallido en el suelo. Alcé la mirada y vi un gesto de conmoción en el rostro de mis padres.

¿De verdad acababan de decir...?

—Ay, Penny —mamá se levantó y sacó la escoba y el recogedor del armario de la limpieza. Me quedé ahí, parada, mientras empezaba a barrer a mi alrededor—. ¿Qué te ha pasado?

No podía ni siquiera empezar a explicarlo.

Era una auténtica pesadilla.



Veintiuno

A la mañana siguiente continuaba en estado de *shock*. Me senté, aturdida, mientras esperaba a que Tracy viniera a buscarme. Tras la espantosa noticia de la noche anterior, necesitaba más que nunca a mi mejor amiga.

El coche giró por Ashland y prácticamente me planté corriendo en mitad de la calle. No había llegado a detenerse del todo cuando abrí la puerta y me subí al asiento del acompañante.

—Madre mía, sé de una que se muere por llegar al instituto —bromeó Tracy.

—¡No te vas a creer lo que pasó anoche! —la voz me temblaba, y me encontraba al borde de una crisis nerviosa en toda regla.

—¡Caramba, Pen! ¿Qué demonios te pasa? Con lo que ha ocurrido en las dos últimas semanas, no puede ser tan malo.

—¡Ay! ¡En serio, en serio, en serio...! Vas a tener que pararte para escuchar esto.

Tracy detuvo el coche y le conté la noticia. Las palabras salían de mis labios como si me hubieran estado infectando por dentro desde hacía semanas, en vez de horas.

—¡¡¡¿CÓMO?!!! ¿Por qué no me llamaste?

—Te dejé unos catorce mensajes.

Tracy metió la mano en el bolso y empezó a soltar tacos mientras encendía el móvil. Continué:

—Es..., es... tan horrible. No quiero volver a verlo. ¿Qué se supone que voy a hacer? —las lágrimas se me agolpaban bajo los párpados.

—¿Aparte de asesinarlo, quieres decir? ¿Qué te dijeron tus padres exactamente? Y otra cosa, ¿les explicaste que ese capullo no puede ser bien recibido en vuestra casa?

Negué con la cabeza.

—Pues claro que no. Sabes que mis padres no tienen ni idea de lo que pasó con Nate este verano. A veces, juraría que no se enteran de nada.

—De acuerdo, hazme un resumen. Y luego voy a convocar una reunión de emergencia del Club de los Corazones Solitarios a la hora del almuerzo, para que podamos juntarnos y echarle una mano.

No sólo estaba pasando la mañana más terrible de mi vida, sino que también me fue de pena en las clases.

Por suerte, me tocó Tyson de compañero de laboratorio para la disección de un feto de cerdo y, aparentemente, sabía de biología tanto como de *punk rock*. Yo debía

de tener una pinta espantosa, porque hasta él se percató de mi estado de ánimo.

—¿Va todo bien? —preguntó, a la vez que levantaba la mirada del programa de la asignatura.

Asentí con gesto débil.

—Bueno, ¿cómo te parece que lo llamemos?

No me imaginaba de qué estaba hablando.

—¿Cómo?

Una sonrisa le cruzó el semblante. Me sorprendí al descubrir que tenía unos dientes perfectos.

—Ya sabes, ¿cómo lo llamamos? —señaló al feto de cerdo, colocado en la bandeja de disección.

—Ah, ya.

—Bueno —Tyson se inclinó hacia delante y empezó a examinar al animal—. Estaba pensando en llamarlo *Babe*, o acaso *Wilbur*.

Me quedé mirándolo, sorprendida.

—¿Qué pasa? ¿Crees que lo llamaría algo así como *Masacre*, o *Asesino*?

No tuve más remedio que echarme a reír. Eso era exactamente lo que había pensado.

—Me gusta *Wilbur* —miré al pobre cerdo.

—Pues *Wilbur*, no se hable más —Tyson cogió un rotulador y escribió el nombre en la bandeja.

Cuando terminó la clase, reuní mis libros a toda prisa y prácticamente salí corriendo del laboratorio, atropellando a la mitad de mis compañeros. La visión de los alumnos charlando y las taquillas cerrándose de un golpe se volvió borrosa ante mis ojos a medida que me precipitaba hacia la cafetería.

Al llegar, vi que Jen y Tracy estaban juntando mesas en el rincón más apartado.

—Me parece que hoy vamos a tener mucho público —comentó Tracy, mientras acercaba unas cuantas sillas. La gente que se sentaba a nuestra mesa ya había superado en número al conjunto de deportistas y animadoras.

Las socias empezaron a llegar a toda velocidad. Me sonreían o me abrazaban antes de tomar asiento.

Pasados unos minutos, se hizo el silencio alrededor de la mesa, y caí en la cuenta de que todo el mundo me miraba con una sonrisa alentadora.

—Bueno, supongo que debería empezar —aparté mi sándwich y me incliné hacia delante para que me oyeran bien—. En primer lugar, muchas gracias por estar aquí por mí. La verdad es que necesito toda la ayuda posible —paseé la mirada por los rostros de mis amigas, las de toda la vida y las nuevas. Respiré hondo, dispuesta a explicar mi dilema—. Mmm, ¿alguna de vosotras se acuerda de Nate...?

Por lo visto, se acordaban, ya que escuché un coro de gruñidos y capté las palabras «imbécil», «cerdo» y «capullo».

—Bueno, pues anoche mis padres soltaron la bomba: Nate y su familia van a pasar Acción de Gracias con nosotros.

Hilary levantó la mano.

—¿Sí, Hilary?

—¿Por qué no les cuentas a tus padres lo que pasó? Lo más seguro es que lo entiendan perfectamente y cancelen la invitación a ese cretino y su familia.

—Lo había pensado, pero el señor Taylor es uno de los mejores amigos de mi padre. No quiero que se entere de que el hijo de su amigo es un auténtico cerdo.

Jackie Memmott fue la siguiente en levantar la mano.

—Chicas, no estamos en clase —indicó—. No tenéis que levantar la mano.

Jackie bajó la suya al instante, a todas luces avergonzada.

—Perdona, Jackie. ¿Querías decir algo?

—Penny, si te apetece, puedes pasar el día de Acción de Gracias con mi familia.

Un grito sonó al unísono: «¡Y con la mía!». Era la prueba que me faltaba para saber que, pasara lo que pasase, lo superaría.

—Muchas gracias a todas. Puede que haya reaccionado de una manera un tanto exagerada. Posiblemente, volver a verlo me vendrá bien. En realidad, nunca acabamos de aclarar la ruptura. Me limitaba a huir cuando me lo encontraba por casa.

—Oye, Pen —intervino Tracy—. Me encantaría ayudarte en lo de aclarar la ruptura. Es decir, si con «ruptura» te refieres a «darle una patada en el culo».

Empecé a relajarme. Además, quizá Tracy no fuera descaminada. No es que pensara ejercer la violencia contra Nate, pero no estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de aclarar las cosas con él.

—De acuerdo, basta ya de hablar de mí. ¿Alguien más tiene algún asunto, relacionado con los chicos o con lo que sea?

Jen se levantó como un resorte de su silla.

—¡Pues sí, ahora que lo dices! —señaló con un gesto a Jessica y Diane—. Como muchas de vosotras sabéis, el equipo femenino de baloncesto necesita uniformes nuevos urgentemente. Y ya que, por lo que parece, todos los fondos destinados al deporte se dedican a los equipos masculinos, tenemos que organizar algún tipo de colecta. Este año queríamos hacer algo diferente, en lugar de lavar coches o de la típica venta de golosinas. ¿Qué os parece una noche de karaoke para recaudar fondos?

Erin Fitzgerald gritó:

—¡Jen, me encanta la idea! ¡Excelente!

Nadie se sorprendió por la reacción de Erin, ya que el instituto entero sabía que tenía la mejor voz del McKinley y que la oportunidad de demostrarlo la emocionaba.

—Gracias, pero ¿en serio creéis que la gente se apuntaría? —preguntó Jen—. ¿Pagarían un dólar por canción para actuar en público? —Erin levantó la mano—. Aparte de Erin, quiero decir.

—¿Podríamos salir en grupo? —se interesó Amy.

—No veo por qué no —las presentes se pusieron a hablar unas con otras, y cuando empezaron a comentar sobre las canciones casi todo fueron señales de asentimiento y demostraciones de entusiasmo.

Jen se mostraba optimista.

—De acuerdo, lo haremos. Pero, chicas, prometedme que ayudaréis a animar el ambiente si el personal se acobarda.

Erin se puso de pie.

—Te prometo que seré la primera persona en subir al escenario. ¡Me muero de ganas!

—Bueno, Diane, ¿cómo van los entrenamientos? —preguntó Amy.

Diane sonrió.

—La verdad es que los últimos días la gente me ha estado mirando de una manera distinta porque... —suspiró mientras se levantaba y colocaba un pie sobre la mesa.

Tracy ahogó un grito.

—¡Diane! ¿Tú, con *deportivas*?

—¡Sí! La versión oficial es que tengo molestias y no puedo llevar tacones. Me muero de risa de que no os hayáis dado cuenta, chicas. Total, ¡sólo mido unos diez centímetros menos!

—¡Sabía que había algo diferente! —vociferó Tracy.

—Ah, y eso no es todo —Diane puso una expresión traviesa mientras abría su bolsa del almuerzo y sacaba un pedazo de pan de grandes proporciones—. ¡Ahora como hidratos de carbono complejos!

—¡Madre mía! —Tracy tenía los ojos como platos—. Pareces otra persona, completamente.

Diane lanzó una servilleta a Tracy.

—No, lo que pasa es que con las sesiones de entrenamiento me entra hambre. Chicas, es alucinante. Estoy entusiasmada.

—Os aseguro que va a conseguir plaza en el equipo —declaró Jen—. Meg, tienes que redactar un artículo sobre nuestra jugadora más reciente.

Meg Ross sonrió.

—Por cierto, hay algo que quería comentar con vosotras el próximo sábado; pero tengo fechas límite, así que no hay momento mejor que el presente. Como algunas sabéis, soy la redactora de la sección de Sociedad del *McKinley Monitor*, y, en fin, me gustaría escribir un artículo sobre el Club de los Corazones Solitarios.

«Ay, Dios santo, no».

No me sentía capaz de enfrentarme a ningún otro acontecimiento extraordinario en mi vida. ¡El periódico del instituto!

Meg prosiguió:

—La noticia empieza a correr por todas partes y hay mucha gente que no acaba de entender del todo de qué va el club. Me parece importante que demos a conocer nuestra versión de la historia. ¿Qué os parece, chicas?

Meg me miró directamente al formular la pregunta, y entendí que sólo cabía una respuesta.

El Club de los Corazones Solitarios estaba a punto de darse a conocer a lo grande.

—Entonces, ¿a tus padres les parece bien lo del concierto? —me preguntó Ryan al final de las clases.

—Bueno, digamos que todo lo bien que les puede parecer.

Ryan me sonrió y noté que el corazón me daba un vuelco. Realmente, tenía que superar lo que me ponía tan nerviosa en relación con nuestra salida, fuera lo que fuese.

—Hola, chicos. Ryan, ¿listo para una carrera? —Diane se acercó a nosotros con su ropa de entrenamiento.

—Sí, sólo tengo que entregar a Braddock unas cosas de la asesoría sobre el alumnado —repuso Ryan.

—Oye, en serio, ¿de qué va eso?

Ryan se encogió de hombros.

—En cuanto acabe de enterarme, te lo cuento. Ahora hemos pasado del tema del fútbol americano a la próxima temporada de baloncesto. Empieza a molestarme perder tiempo de estudio una vez a la semana.

Diane elevó los ojos al cielo.

—¡Ay, pobrecito!

Ryan le hizo una mueca y luego se encaminó al despacho del director.

Parecían llevarse estupendamente..., aunque yo sabía mejor que nadie que sólo eran amigos, nada más.

—Por fin estamos solas —Diane me sonrió—. Bueno, se ha descubierto el pastel. Me detuve en seco.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Dime, ¿cuándo, exactamente, pensabas contarme que Ryan y tú vais a ir a un concierto?

El corazón me dejó de latir.

—Ay, Diane, lo siento. Con todo el lío de Nate, bueno, se me ha pasado. Iba a contártelo, y también a las del club; pero no quería que pensarais que se trata de una cita ni nada por el estilo. Verás, pensaba decirle que no; pero Ryan más o menos dio a entender que había sido idea tuya, de modo que decidí que no te importaría...

Diane se echó a reír.

—¡Eh, Pen! Tranquila, ¿vale? No estoy enfadada. Sólo estaba esperando a que dijeras algo. ¿En serio te preocupa lo que puedan opinar las del club?

—¿Sinceramente? Pues no lo he pensado mucho, la verdad. Me llamó anoche y luego, antes de que pudiera darme cuenta, mis padres me soltaron la bomba de lo de Nate. Así que... —la situación me resultaba violenta—. ¿Qué te contó Ryan exactamente?

La sonrisa de Diane se amplió.

—No gran cosa. Me preguntó si, en mi opinión, te gustaría acompañarlo al concierto. Temía ofenderte.

—¿Por qué?

Diane se enrolló un largo mechón rubio alrededor de un dedo.

—Pensaba que serías una fan empedernida de los Beatles y que no te apetecería escuchar a una de esas bandas horteras que interpretan versiones. Conozco la opinión de tus padres.

—Sí, no entienden que se hagan versiones de nada, ni siquiera de películas. Son muy conservadores, aunque el término «conservador» es probablemente el último que la gente emplearía para describir a mis padres.

Diane me sonrió.

—Bueno, estoy segura de que lo pasaréis en grande.

—Diane, ¿de verdad te parece bien que vaya al concierto?

Diane asintió.

—Pues claro. Los dos sois las personas más importantes de mi vida. ¿Por qué iba a molestarte?

Guardé silencio unos segundos.

—De acuerdo.

—Me marcho a calentar. ¿Le dices a Ryan que lo espero en la pista?

—Claro.

De pronto, la idea de tener que encontrarme a solas con Ryan me resultó incómoda.

Transcurridos unos minutos, regresó.

—Diane ha dicho que se reunirá contigo en la pista.

—De acuerdo, gracias.

Me dirigí a la taquilla de Tracy.

—Oye, Penny —dijo Ryan elevando la voz.

—¿Sí?

Me giré y vi que me sonreía.

—Me alegro mucho de que quieras acompañarme al concierto. Será genial pasar juntos un rato, fuera del instituto.

Me quedé mirándolo.

—Hasta mañana —concluyó. Al pasar corriendo a mi lado, alargó la mano y me dio un suave apretón en el brazo.

Aquello no podía terminar bien, de ninguna manera.



Veintidós

Meg se pasó aquel sábado entrevistando a las socias del club para su artículo, y quiso entrevistarnos a Tracy, a Diane y a mí por separado.

A pesar de que yo apoyaba el club al cien por cien y me alegraba con toda mi alma del éxito conseguido, la entrevista no podía haber llegado en peor momento. Las miradas que últimamente nos lanzaba la población masculina del McKinley, así como las chicas que no eran socias, resultaban cada vez más incómodas. Todd, directamente, me había retirado la palabra.

—¿Te consideras feminista? —preguntó Meg una vez que le hube puesto al día de los orígenes del club.

—Mmm, supongo.

«Bonita respuesta».

Tenía que concentrarme en la entrevista, lo sabía. El club era demasiado importante para mí como para no hacerlo, y realmente deseaba que quedase reflejado de una manera positiva.

—Más os vale estar diciendo cosas agradables sobre mí —interrumpió Tracy mientras efectuaba su entrada—. ¿Me toca ya?

Meg apagó la grabadora.

—Tengo que ir a buscar otra cinta. Volveré enseguida.

Durante más de una semana había evitado contarle a Tracy lo de mi próxima cita, o lo que fuera, con Ryan. Al irse Meg y quedarnos a solas, me pareció una buena ocasión.

Una vez que se lo hube contado, le pregunté:

—¿Qué te parece?

—Suena divertido, Pen. No es una cita en plan romántico ni nada parecido, ¿verdad?

—¿Estás de broma? Claro que no, Tracy. Sólo es un concierto. Nada del otro mundo.

—Sí, Ryan siempre me ha caído bien. Me sorprende que no haya empezado a salir con alguien nuevo.

—Bueno, fue con Missy a la fiesta de antiguos alumnos...

—Penny, no están saliendo; la llevó de pareja, nada más. Sigue soltero y sin compromiso al cien por cien —el corazón se me detuvo—. Debería aconsejarle a Meg que escriba una especie de columna de cotilleos en el *Monitor*. No sé qué sería de vosotras sin mis conocimientos de los enredos del alumnado. En todo caso, no te vas a creer lo que me hicieron anoche esos mocosos a los que estuve cuidando...

Y así, la conversación quedó zanjada. No tenía por qué preocuparme. Sólo iba a

ser una noche en la que dos compañeros de clase asistirían a un concierto. Nada más.

Daba la impresión de que Diane iba a vomitar.

—Todo irá bien, ya lo verás —traté de tranquilizarla.

—Ay, Dios mío; ay, Dios mío; ay, Dios mío —recorría el pasillo con los puños apretados.

Tracy y yo intercambiamos una mirada de preocupación.

Diane se repantigó en el suelo.

—¿En qué estaba pensando?

Me senté a su lado. Tracy se apartó un par de metros, con Jen, para dejarnos intimidad.

—Diane —la abracé por los hombros—, sigo impresionada por lo mucho que has cambiado en las últimas semanas. Deberías sentirte orgullosa, pase lo que pase.

Levantamos los ojos y vimos a la entrenadora Ramsey, quien abrió las puertas del gimnasio y, a paso lento, se encaminó al tablón de anuncios. Un grupo de chicas formó un pasillo para dejarla pasar y en cuanto hubo clavado una hoja de papel, se apiñó de nuevo.

—¿Quieres que vaya a enterarme? —me ofrecí.

Diane levantó la mirada al tiempo que varias chicas empezaban a pegar botes y a lanzar hurras. Tracy se acercó y examinó la lista. La entrenadora Ramsey pasó por nuestro lado de regreso al gimnasio, paró y se giró.

—Bienvenida al equipo, Monroe.

Diane abrió los ojos de par en par.

—¿Quiere decir que...?

—¡Pues claro que has entrado en el equipo! —Tracy ya no pudo contenerse—. Diane, ¡te has colado en el maldito equipo de primera categoría!

Diane se levantó de un salto, salió como una flecha hacia el tablón de anuncios y examinó la lista.

—Yo..., yo... —se giró en nuestra dirección—. ¡Lo conseguí! Dios mío, ¡lo conseguí! —regresó corriendo y me dio un enorme abrazo.

—Enhorabuena, ¡sabíamos que podías! —me sentía tan emocionada por su triunfo que, prácticamente, le hablaba a gritos—. De acuerdo, chicas, ya podéis acercaros.

Una multitud vociferante, con pancartas que decían: «Enhorabuena, Diane» dio la vuelta a la esquina a la velocidad del rayo.

—¿Qué pasa? —preguntó Diane, conmovida.

—No querías que montáramos un espectáculo por si no te aceptaban en el equipo pero, claro, todas querían estar aquí, acompañándote.

Laura desplegó con orgullo su pancarta: «Bien hecho, Diane» y, rápidamente, la apartó para dejar a la vista la segunda opción: «Que les den, no saben lo que se pierden». Laura guiñó un ojo a Diane:

—Siempre hay que estar preparada.

Un gentío de admiradoras se arremolinó alrededor de Diane, incluyendo las jugadoras de su nuevo equipo.

Tracy me rodeó con el brazo.

—¡Nuestra pequeña ha crecido! ¿Alguna vez te imaginaste que podía llegar a pasar? —preguntó Tracy.

Negué con la cabeza.

Ni en sueños.

—¡Últimas noticias! ¡Leedlo todo sobre nuestro club! —Meg me saludó al encontrarme junto a mi taquilla el lunes, entre clase y clase, y me entregó un ejemplar del *McKinley Monitor*.

Agarré el periódico y dirigí la mirada directamente al titular sobre el club y a nuestra foto, en *primera plana*.

—Ay, no me imaginaba que iba a ser tan grande —comenté, mientras trataba de poner freno a un ataque de pánico.

Corrí a toda prisa hasta el baño de chicas, examiné las cabinas para asegurarme de que estaba sola y me senté. En términos generales, se trataba de la historia habitual que ya me iba resultando un tanto anticuada... hasta que llegué al final.

Los rumores sobre el club han estado volando durante las últimas semanas, sobre todo entre los varones del McKinley.

«Tantos estrógenos juntos no pueden ser nada bueno —ha comentado Todd Chesney, de primero de bachillerato—. En mi opinión, todo ese rollo de no salir con chicos es una chorrada».

«En realidad, no he notado grandes cambios en las tías del instituto, sólo que están demasiado ocupadas para relajarse», añadió Derek Simpson, del último curso.

A pesar de una cierta inquietud por parte de la población masculina del McKinley, no da la impresión de que el Club de los Corazones Solitarios vaya a reducir su marcha por el momento.

«Resultará emocionante ver qué ocurre a continuación —ha apuntado Bloom—. No parece que haya un final a la vista, la verdad».

Una cosa está clara: esta reportera está deseando que llegue su cita de los sábados por la noche, gracias a Penny Bloom y su corazón solitario.

Clavé las pupilas en las últimas palabras.

«Penny Bloom y su corazón solitario».

Se me hizo un nudo en el estómago al caer en la cuenta de que el instituto entero iba a leerlo. *El instituto entero.*

¿Qué iba a pensar la gente de mí cuando el artículo se divulgara?



Veintitrés

Me sentía abierta en canal. A la vista de todos. Por lo tanto, parecía apropiado encontrarme en la clase de Biología, diseccionando el cerdo. Tyson, mi compañero de laboratorio aficionado al *punk rock*, dijo:

—Mmm... Penny. Hay algo, eh... que quería comentarte —se recostó sobre el respaldo de su silla y se contempló las manos—. Mmm, he leído lo de ese club tuyo en el periódico. ¿Es verdad que las socias no podéis salir con nadie?

—Bueno, sí; pero el club es más que eso —repliqué.

Por primera vez desde que lo conocía, Tyson me miró directamente a los ojos.

—¿Sabes? No todos los tíos del instituto son unos cretinos.

Me desconcertó.

—Me parece que no...

Se colocó el pelo detrás de las orejas.

—Puede que algunos nos merezcamos una oportunidad.

Me puse a asentir con movimientos lentos.

—Verás, a un chico le cuesta mucho reunir valor para declararse a una chica.

Bajé la mirada a la mesa, sin saber qué responder.

—Yo me había decidido, por fin; y entonces leí el artículo. Ahora no tiene sentido, porque Morgan no puede quedar con nadie.

Boquiabierta, me giré hacia donde Morgan y su compañero de laboratorio leían el programa de la asignatura.

—¡No mires! —ordenó Tyson con brusquedad, a la vez que se hundía en su asiento.

«Ay, Dios mío».

¡A Tyson le gustaba Morgan! ¡Ya podía haberlo dicho antes!

—Olvida lo que te he comentado —concluyó.

Abrió su cuaderno y empezó a escribir enérgicamente. Eché una ojeada por encima de su hombro encorvado y vi palabras por toda la hoja que recordaban a la letra de una canción. Sentí ganas de arrancarle el cuaderno de las manos y leer lo que había anotado. Le había visto escribir en otras ocasiones, si bien pensaba que hacía garabatos, o copiaba el nombre de su banda una y otra vez. No me había enterado de que en aquellas páginas dejaba sus sentimientos al descubierto.

Me dirigí a la cafetería aturdida a más no poder. Mientras aguardaba en la cola, debatiéndome entre la pizza y los bocaditos de pollo, escuché esa espantosa voz chillona.

—¡Madre mía! ¡Qué patético!

Missy estaba a mi lado, junto a un par de fieles imitadoras.

Agarré una porción de pizza y una botella de agua y me dirigí a la caja registradora. Me siguió de cerca.

—Chicas, mirad, por Dios. Es Penny, *la solitaria*. ¿Dónde están tus seguidoras, ¿eh? —Missy sacudió la cabeza de un lado a otro con gesto teatral, paseando la mirada por la cafetería. Luego, me miró cara a cara, mientras su rebaño soltaba risitas detrás de ella—. ¿Es que en vuestro club sólo admitís pringadas?

Puse los ojos en blanco y traté de rodearla para marcharme, pero se desplazó y me cortó el paso.

—¿Hablas en serio? —contraataqué—. ¿Cuál es tu problema, exactamente?

Ahora nos observaba más gente.

Missy abrió los ojos como platos, tratando de parecer la inocencia personificada.

—¿Problema *Moi*? No, para nada. Es sólo que me da pena verte tan *solitaria* —sus incondicionales entrechocaron las manos.

—Esto es ridículo...

Intenté darme la vuelta, pero Missy me agarró por el codo.

—¡Cómo! ¿No puedo apuntarme a tu club? Ah, espera. No puedo porque, claro, los chicos sí que quieren salir *conmigo*.

Una voz llegó desde mis espaldas.

—No puedes apuntarte porque sólo aceptamos personas con un cierto coeficiente intelectual —Missy me soltó, y al girarme vi a Diane parada, con los brazos cruzados—. Además, por lo general, preferimos gente que tenga sentido de su propia identidad. Bonito jersey, Missy —Diane hizo un gesto hacia el suéter de Missy, con escote redondo y atado a la cintura—. Muy de mi estilo hace dos años.

Pensé que ahí se acabaría la cosa, pero entonces Diane se inclinó hacia Missy y le espetó:

—Puedes tratar de imitarme todo lo que quieras. Jamás saldrá contigo.

De haber sido humanamente posible, a Missy le habría salido humo por las orejas. Estaba disfrutando tanto con la escena que me sobresalté cuando Diane enlazó su brazo con el mío y me dijo:

—No perdamos más tiempo, Pen.

Cuando llegamos a la zona de nuestras mesas, nos recibieron con aplausos. Diane hizo una reverencia.

—¡Eh, chicas! —una potente voz silenció al grupo. Volví la cabeza y vi a Rosanna Shaw, del último curso, con su bandeja del almuerzo. La colocó en el estrecho espacio libre entre Tracy y yo—. ¿Te importa moverte? —le indicó a Tracy.

Tracy se desplazó y Rosanna tomó asiento.

—Chicas, el artículo me ha gustado muchísimo, me ha encantado, de verdad. ¿De qué estabais hablando? —preguntó Rosanna, como si se estuviera perdiendo algo importante.

Me encogí de hombros.

—De nada en particular, sólo comentábamos cómo nos ha ido hoy...

—En cualquier caso, no os vais a creer lo que me ha pasado esta mañana cuando me preparaba para el instituto... —Rosanna empezó a contar una interminable historia que, según creo, tenía que ver con que se le había acabado el agua caliente en la ducha, aunque se estaba alargando tanto que dejé de prestar atención. Miré alrededor de la mesa y vi que todo el mundo miraba hacia abajo.

Kara se inclinó y le comentó algo a Morgan.

—Un momento, ¿no he terminado! —explotó Rosanna.

—Mmm, verás —intervino Diane—, el caso es que, durante el almuerzo, a la gente se le permite hablar entre sí.

Unas cuantas del grupo se echaron a reír.

—Lo siento. Me imagino que tendré que acostumbrarme a las reglas. Es sólo que interrumpir a los demás me parece de mala educación.

Rosanna continuó hablando durante el resto del almuerzo. Como era de esperar, casi todo el mundo se marchó antes de tiempo.

—Uf, Penny, en serio, tenemos que organizar un proceso de admisión —declaró Tracy mientras nos dirigíamos a mi taquilla—. Después del artículo, un montón de chicas van a querer entrar en el club y me temo que no necesariamente por las razones oportunas. Nadie se traga que Rosanna Shaw esté a favor de la vinculación femenina. Lo único que busca es un público más amplio para sus aburridas historias.

Vacilé.

—Sé que a veces se pone pesada; pero considero que, al menos, deberíamos darle una oportunidad.

—Supongo que sí. ¡Oye! ¿No te sorprende que no le pegara un grito o algo parecido? ¡Este club me está moderando!

Sacudí la cabeza mientras recogía los libros para el resto de la tarde.

—Hola —Ryan se puso a rebuscar en su taquilla—. Ese artículo del periódico es genial.

—Gracias —aquello sólo iba a durar un día, ¿verdad?

—Bueno —Ryan se apoyó en las taquillas y empezó a jugar con la esquina de su libro de Física—, ¿seguimos quedando para la semana que viene?

—Sí, claro, ¿por qué lo dices? —le pregunté.

—No, por nada... —me colocó una mano en el hombro y noté una descarga de electricidad—. Como técnicamente ahora eres famosa, quizá necesites una cierta protección —alargó el brazo—. ¿Me permites escoltarte hasta tu próxima clase?

Con actitud vacilante, empecé a alargar la mano en su dirección. Tenía los nervios de punta.

—¡Santo Dios! Dime que me estás tomando el pelo —vociferó Todd a medida que se aproximaba a Ryan—. Ni se te ocurra dar ánimos a Eleanor Rigby.

Ryan dejó caer el brazo.

—Todd...

—Lo que tú digas, Ryan. ¿Nos vamos a clase o qué? —Todd ni siquiera me miró. Antes de que Ryan pudiera pronunciar palabra, le aseguré que tenía que irme y me encaminé por el pasillo.

—Ay, Penny, ¿te sientes solitaria? —dijo una voz (no la de Todd) a mis espaldas, entre risas. Bajé la mirada al suelo, deseando llegar a clase lo antes posible.

Mientras avanzaba por el pasillo, seguí escuchando a gente que se reía y pronunciaba mi nombre.

YOU 'VE GOT TO HIDE YOUR LOVE AWAY

“How can I even try? I can never win...”



Veinticuatro

Tras la publicación del artículo, el instituto me resultaba insoportable: la curiosidad, las miradas, el repentino interés por el club. Me sentí exultante cuando, por fin, llegó la noche del sábado.

Justo antes de dirigirme a la planta de abajo, consulté mi correo electrónico una vez más y me encontré con un mensaje de Nate con el siguiente asunto:

«LÉELO, POR FAVOR».

Vacilé unos segundos antes de abrirlo.

Pen:

Confío de verdad en que me des una oportunidad al leer este correo, aunque seguramente no lo harás. Tienes razones más que suficientes para estar furiosa conmigo. Lamento muchísimo haberte hecho daño. Desde que regresé a casa, tengo el ánimo por los suelos. Te echo mucho de menos. Lo eres todo para mí y lo que hice, lo que dije, estuvo horriblemente mal. Soy un idiota. Un cretino. Un fracasado.

Te pido perdón, Penny. Si estuviera en mi mano borrar lo que hice y acabar con el daño que te he causado, no lo dudaría. Haría cualquier cosa por ti. Te necesito en mi vida, y sin ti estoy perdido.

Echo en falta hablar contigo. Echo en falta verte. Te echo en falta a TI.

Cuando mis padres me dijeron lo de Acción de Gracias, la idea de volver a verte me emocionó, hasta que comprendí que a ti no te ocurriría lo mismo. ¿Crees que tu precioso y compasivo corazón accederá, por lo menos, a escucharme el día de Acción de Gracias? Pen, hay tantas cosas que quiero decirte. Lo eres todo para mí. Quiero que vuelvas, y estoy deseando hacer lo que sea para volver a ganarme tu confianza.

Por favor, habla conmigo.

Besos,

El idiota integral

La flecha del ratón revoloteó sobre el comando «Eliminar», pero no me sentí con fuerzas para borrar el mensaje.

Sonó el timbre y di un respingo. Tuve que salir corriendo y aparté el correo de Nate de mi mente.

—¿Estás bien? —preguntó Tracy al verme.

Asentí.

—Creo que la reunión va a ser multitudinaria. Más vale que empecemos con los preparativos.

Diane y Tracy intercambiaron miradas de inquietud. Yo fingí no darme cuenta.

Media hora más tarde, la reunión era un auténtico caos.

Al llegar a cuarenta, perdí la cuenta de las chicas que se habían congregado en el sótano. Semejante concurrencia debería haberme emocionado, pero no dejaba de

preguntarme quiénes habían acudido porque de verdad creían en el Club de los Corazones Solitarios, y quiénes estaban allí porque nos habíamos convertido en «lo más» del instituto McKinley.

—De acuerdo, ¿qué vamos a hacer? —chilló Rosanna, sentada en el brazo de un sofá abarrotado de gente.

Todas las asistentes me clavaron la mirada.

—Tengo la impresión de que mi lado desagradable va a asomar esta noche —me susurró Tracy.

—Dale una oportunidad —supliqué. No me veía con fuerzas para soportar otra escena más, sobre todo después del *e-mail* de Nate. Aunque tenía que admitir que no daba la impresión de que Rosanna se hubiera enterado muy bien de qué iba el club—. Mmm, vale, atención todo el mundo —elevé la voz para que se callaran—. Esta noche estamos al completo.

Rosanna levantó la mano.

—Tengo una pregunta para ti.

Procuré disimular mi desagrado.

—Mmm, sí.

—¿No se suponía que no podíamos salir con chicos?

—Mmm, bueno, las *socias* —me aseguré de que se diera cuenta de que todavía no era una socia oficial— sabemos que el club va mucho más allá de no...

—Sí, pero ¿acaso no tienes una cita con Ryan Bauer? —espetó Rosanna, con un ostentoso gesto de altanería en su alargado semblante.

Todos los ojos se fijaron en mí. El «equipo original» —tal como Tracy, Diane y yo nos referíamos al grupo de seis amigas— estaba al tanto de mi salida con Ryan. Y nadie parecía darle importancia. Porque *no* tenía importancia.

—En realidad, no. Vamos a ir a un concierto. Ryan y yo somos amigos desde hace años, así que no veo el problema.

—Ajá. Entonces, ¿no te interesa Ryan?

Diane lanzó a Rosanna una mirada asesina.

—Mira, no es asunto tuyo.

—Bueno —Rosanna se levantó y echó hacia atrás su endeble melena con mechaz rubias—, me estáis pidiendo que deje de salir con chicos, ¿no? Pues quiero asegurarme de que nuestra «líder» está diciendo la verdad al club —ni siquiera intentaba ocultar su sarcasmo.

—No va a ser una cita en plan romántico —insistí.

Diane se levantó del suelo.

—A ver, que todas las nuevas se reúnan conmigo en la planta de arriba. Hay unas cuantas reglas que tenemos que repasar para comprobar que la gente ha venido —miró directamente a Rosanna— por las razones oportunas.

Unas veinte chicas subieron con Diane.

—¿En qué lío nos hemos metido? —preguntó Jen. Me sorprendí un poco. Jen levantó las manos—. No, no me refiero al club, sino a Rosanna y a las demás chicas que han venido a por sus quince minutos de fama.

Por curioso que parezca, yo sí estaba pensando en el club.

La semana de instituto transcurrió a toda velocidad, y el jueves se presentó sin que apenas me diera cuenta. No había contestado el *e-mail* de Nate, y él no había vuelto a escribirme. Odiaba que me hubiera dicho, punto por punto, las palabras apropiadas. No quería enfrentarme a ello, de modo que no me paraba a pensarlo. Lo cual significaba no contárselo siquiera a mis amigas, pues le otorgaría al asunto una dimensión más real. Y ya tenía bastantes cosas de las que ocuparme: no sólo defender mi «no cita» con Ryan, sino también decidir cómo se viste una chica para semejante «no cita».

Miré en mi armario una y otra vez con la esperanza de que la respuesta se presentase por sí sola. En un primer momento, pensé en una camiseta *vintage* de los Beatles y unos vaqueros, pero me di cuenta de que sería un tanto hortera; además, estaba convencida de que los espectadores de más de cincuenta años iban a vestirse precisamente así. Oí que sonaba el timbre y a toda velocidad me puse una camiseta blanca ceñida y una chaqueta de pana azul marino.

Llegué al piso de abajo justo a tiempo de oír que mi padre le decía a Ryan:

—¿Sabes? Me parece bien que haya bandas que quieran mantener viva la música, pero el público no debe engañarse...

—¡Ya estoy aquí! —interrumpí. Temía que Ryan huyese en estampida si mis padres se mantenían en sus trece. Me despedí con un gesto de la mano mientras me dirigía a la puerta. Eché una ojeada a Ryan y traté de no fijarme en lo especialmente guapo que estaba con sus pantalones caqui y su camisa azul. Rita y yo solíamos decir en plan de broma que los chicos siempre iban así vestidos para la primera cita, mientras que las chicas se ponían vaqueros y camiseta negra. Como yo no me había puesto una camiseta negra, estaba claro que no se trataba de una cita en el sentido estricto de la palabra.

—Un segundo, Penny Lane —papá me miraba de una forma un tanto rara. «Por favor, no me sueltes un sermón; por favor, no me sueltes un sermón»—. Tesoro, ¡estás preciosa! ¿Es que te has puesto maquillaje?

«Dios mío, ¿por qué? Dime, ¿por qué?».

Volví la vista a Ryan, que exhibía en el rostro una sonrisa deslumbrante. Era evidente que mis padres le hacían gracia, le ocurría a casi todo el mundo... excepto a sus hijas.

Las mejillas me ardían de vergüenza.

—Papá...

—Cariño, déjala en paz —por una vez, mamá acudió al rescate—. Que te diviertas, Penny. Y tú también, Ryan. Y Penny, es verdad, estás preciosa. Me cuesta creer lo rápido que te estás haciendo mayor. Si parece que fue ayer...

—*Yesterday*... —empezó a cantar mi padre.

«Quizá —pensé— debería volver corriendo a mi habitación y esconderme... hasta cumplir los dieciocho».

En cambio, saqué a la luz la pizca de dignidad que me quedaba.

—Si habéis terminado de avergonzarme, nos pondremos en marcha...

—Bueno, Ryan —le dije una vez que quedamos libres—, ahora entenderás por qué estoy buscando universidades en Europa.

Ryan soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Los padres se creen con el derecho de humillar a sus hijos, seguramente como una forma de vengarse de sus propios padres. Tú harás lo mismo, ya lo verás.

Una cosa estaba clara: estaba decidida a poner a mis hijos nombres normales.

Nos acercamos al coche y Ryan abrió la puerta del acompañante para que me montara. Sin duda, el gesto encajaba en la categoría de «cita romántica».

—Además —añadió Ryan mientras ocupaba su asiento—, tus padres sólo están diciendo la verdad. Esta noche estás preciosa.

La mente me daba vueltas mientras el coche iniciaba la marcha.

«¿Puede alguien explicarme qué está pasando exactamente?».

Durante el trayecto hablamos más que nada del instituto y los cotilleos sobre los profesores, pero un único pensamiento me invadía la mente: «Ryan Bauer me ha llamado preciosa. Ryan Bauer piensa que soy preciosa».

O tal vez sólo había tratado de ser amable.

En el reservado del restaurante, miré al lado contrario de la mesa y lo vi examinando la carta. Su cabello negro y ondulado seguía húmedo de la ducha que, sin duda, se había dado después del entrenamiento. Levantó los ojos y me pilló mirando.

—¿Ves algo que te apetezca?

«Ni te lo imaginas».

Me debatía sobre qué tomar. Rita siempre pedía ensalada en la primera cita con un chico, pero en mi caso no se trataba estrictamente de una primera cita. Aunque, en efecto, me pregunté si Ryan esperaría que pidiera algo ligero. El caso es que me moría de hambre...

—¿Qué te apetece, cielo? —nuestra camarera de mediana edad bajó la mirada y me dedicó una sonrisa alentadora, seguramente percatándose de que era nuestra... bueno, lo que fuera.

Me decidí por un sándwich club con patatas fritas y un refresco. Odiaba las ensaladas, y nunca habría dado mi aprobación a una chica que hubiera renunciado a su identidad por culpa de un chico, aunque no fuera más que un amigo. No estaba dispuesta a fingir ser alguien que no era. Aunque confiaba en que Ryan pidiera algo parecido, la verdad.

—¿Y para ti? —la camarera miró a Ryan de arriba abajo, a todas luces impresionada. Otras chicas probablemente se ofenderían al ver a otra mujer examinando a su pareja o, en mi caso, pseudopareja; pero yo me lo tomé como un

cumplido. Además, tendría unos veinte años más que nosotros.

—La ensalada de lechuga... —comenzó a decir Ryan. El corazón me golpeaba en el pecho. «No, no, no, por lo que más quieras, no puedes pedir una ensalada, ¡eres un tío de dieciséis años!»— con salsa ranchera, para empezar; luego, hamburguesa doble con queso, patatas fritas y batido de chocolate.

«Ése es mi chico».

«Bueno, técnicamente, no es *mi* chico».

—En fin, Penny, la verdad es que me sorprende un poco que hayas accedido a salir conmigo.

—¿Por qué lo dices?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Para ser sincero, me asustaba la idea de que tus amigas me amarraran a la fuerza al enterarse de que íbamos a ir juntos a algún sitio.

—Ya sabes, lo que Todd dice sobre el club no es verdad —noté que las mejillas me empezaban a arder.

—En cualquier caso, me apetecía mucho que llegara este día —levantó los ojos y me sonrió.

«A mí también —pensé para mis adentros—. Demasiado, quizá».

Transcurrieron unos instantes de silencio. Me costaba escapar de su mirada.

—Bueno, de todas formas... —Ryan miró hacia el otro lado y se pasó la mano por el pelo—. Mmm, confío en que no te llesves un chasco cuando te lo diga, pero no sé mucho sobre los Beatles. Debo de conocer un par de canciones, no más.

—¿¡Cómo!?! ¡No hablas en serio! —exclamé casi a gritos, olvidando que estábamos en un restaurante.

—¡Vaya! Lo siento. Es una de las razones por las que quería asistir al concierto, para ver a qué viene tanto jaleo.

—¿A qué viene tanto jaleo? —me agradó enterarme de que Ryan tenía un defecto, y bien gordo—. Los Beatles han sido la mejor banda musical de todos los tiempos. Los Beatles..., ellos... —enterré la cabeza entre las manos.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es que me he recordado a mis padres y se me ha puesto el pelo de punta.

—Venga ya —Ryan me agarró por la barbilla y la levantó de entre mis manos—. A mí me parece encantador.

—Sí, encantador, de una manera delirante. Como un cachorrillo borracho.

Negó con la cabeza, pero no apartó la mano de mi barbilla.

—No, me refiero a encantador de una manera irresistible.

La sonrisa en su rostro fue disminuyendo a medida que, poco a poco, se inclinaba hacia delante...

—¿Quién ha pedido ensalada?

Se incorporó y nos sirvieron la comida. Bajé la mirada a mi plato y traté de reponerme. Notaba sobre mí los ojos de Ryan.

¿En serio iba a...?

El sábado anterior y la intervención de Rosanna me vinieron a la mente. Si Ryan..., el Club de los Corazones Solitarios se destruiría.

No, eran tonterías mías. Ryan sólo se había acercado para hablarme. Quería ser amable, nada más. Siempre había sido amable conmigo. Saltaba a la vista que yo estaba tergiversando las cosas.

Empecé a comerme las patatas fritas, deseando poder escaparme a llamar a Rita por el móvil.

Se trataba de una emergencia extraordinaria.

— ¡No hablas en serio!

Ryan me miró y puso los ojos en blanco.

— Venga, déjalo ya.

Me dio mi entrada mientras accedíamos al Centro Municipal. Me fijé en que el sobre de la agencia de venta de entradas llevaba el nombre de Ryan, y no el de su madre o su padrastro, aunque se suponía que eran ellos quienes las habían comprado.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando Ryan me colocó la mano en la cintura para guiarme hasta nuestros asientos.

— Muy bien, ponte difícil — me senté y crucé los brazos.

Ryan soltó una carcajada.

— Así que soy *yo* quien se pone difícil, ¿eh? En serio, Penny, no sabía que eras de las testarudas.

— Pues sí, como la que más — traté de reprimir la risa —. Aparte de eso, no soy yo quien se niega a razonar.

Ryan colocó el brazo sobre el respaldo de mi butaca y se inclinó hacia mí.

— ¿De verdad? — su voz denotaba que se estaba divirtiendo —. No creo que haya una sola persona en esta sala que se pusiera de tu parte en esta discusión.

Me repantigué en mi asiento y suspiré exageradamente.

— De acuerdo, no me creas — me dedicó una sonrisa engreída. Empezó a inspeccionar la multitud de personas mayores entre el público —. Perdona, señora — dio un golpecito en el hombro a la mujer que teníamos delante.

— ¿Qué haces? — pregunté, conmocionada.

Se giró hacia mí.

— Demostrar que tengo razón.

Una mujer de algo más de cincuenta años — con una camiseta de los Beatles, claro está — se dio la vuelta y se sorprendió al ver a alguien tan joven como Ryan entre los nacidos en el *baby boom*.

— Perdona que la moleste, señora — Ryan dirigió su sonrisa más deslumbrante a la mujer, que no parecía haberse molestado en más mínimo —. Confío en que pueda ayudarme con un pequeño desacuerdo que tengo con mi pareja.

«¿Acababa de decir *pareja*?».

Ryan prosiguió:

—Verá, me gusta pensar que la caballerosidad sigue vigente, de modo que esta noche trato de actuar como un caballero —la mujer asintió, emocionada. Estaba claro que Ryan se saldría con la suya—. Bueno, pues parece ser que he disgustado a esta hermosa mujer que tengo a mi lado, quien, por cierto, se llama como una canción de los Beatles —Ryan me señaló con un gesto, y me esforcé por sonreír y saludar con la mano a la amable señora, en lugar de propinar una bofetada a mi caballeroso acompañante—. Francamente, creo que no está siendo justa. La invité a salir esta noche, así que lo lógico es que pague yo; pero ella se niega a cooperar.

Ryan giró la mirada hacia mí y me guiñó un ojo. Deslicé el pie y le clavé el tacón en el pie izquierdo.

—¡Ay! —apartó el pie y se aclaró la garganta—. En su opinión, ¿no le parece que debería limitarse a dar las gracias, en lugar de lanzarme el dinero a la cara?

La mujer dio unas palmaditas en la rodilla de Ryan.

—Desde luego, es encantador por tu parte. Se ve a la legua que eres un novio excelente.

Abrí la boca para protestar, pero Ryan levantó la mirada, dedicando a la mujer una amplia sonrisa.

—Vaya, muchas gracias, señora.

La mujer se sonrojó levemente, disfrutando de la atención que Ryan le dedicaba. Se inclinó hacia él.

—¿Primera cita?

Contuve el aliento.

Ryan sonrió.

—Sí. Por cierto, ¿qué posibilidades cree usted que tengo de una segunda cita si la obligo a pagar?

Las tinieblas me envolvieron. Durante un instante confié en estar sufriendo una especie de ataque. Parpadeaba sin cesar, aunque la oscuridad no desaparecía. Entonces, los oídos se me inundaron de gritos y el pulso se me aceleró. Merecido castigo por haber salido con un chico.

Las luces estallaron a unos metros de distancia a la vez que cuatro tipos vestidos con trajes negros efectuaban su entrada en el escenario.

El concierto. Sacudí la cabeza mientras regresaba al presente. Ryan se puso en pie con el resto del público cuando los Falsos Cuatro de Liverpool iniciaron la actuación con *I Want to Hold Your Hand*. Tuve que apoyarme en el brazo de la butaca para poder levantarme; la cabeza me daba vueltas por un exceso de confusión.

Miré a Ryan. Me sonrió y, con suavidad, me rodeó la cintura con los brazos.

«Estoy en una cita con Ryan Bauer».

El estómago me pegó un salto mortal y traté de recuperar el aliento.

«Mierda, estoy en una cita con Ryan Bauer. ¡Y se supone que no puedo salir con chicos!». Y eso no era todo. También había asegurado delante de todo el Club de los Corazones Solitarios que no iba a ser una cita en plan romántico.

Me concentré en la música. Las letras de las canciones me despertaban recuerdos —buenos y malos— a medida que el concierto avanzaba.

«Venga, Penny. Eres capaz de manejar esto».

Las luces se atenuaron y una guitarra empezó a tocar. El corazón se me desplomó. Notaba que los ojos se me cuajaban de lágrimas y traté de reprimirlas con todas mis fuerzas. Intenté sacarme la letra de la cabeza, pero no lo conseguí. La situación se me complicaba, todo estaba saliendo mal. Y, por descontado, nadie como John, Paul, George y Ringo —incluso los falsos— para poner las cosas en perspectiva.

Empecé a mecerme al ritmo de la música y cerré los ojos. Canté a coro las canciones que hablaban de desesperanza, de melancolía y de actuar como un idiota en el amor. En resumen, lo que yo misma sentía en ese momento.

Era una hipócrita completa. Aunque no había parado de explicar a la gente que no se trataba de una cita romántica, una gran parte de mí había deseado que sí lo fuera. Ahora caía en la cuenta.

Me sentía a gusto. Ryan no había hecho más que ser amable conmigo. Era una buena persona.

Pero lo mismo había pensado de Nate: era agradable conmigo, era una buena persona. Y entonces, me mintió y me rompió el corazón.

Me había prometido a mí misma que jamás permitiría que volviera a suceder.

«Idiota integral».

Así se había calificado Nate.

Pues yo no quería ser otra idiota integral.

Por mucho que quisiera engañarme en el sentido de que, con Ryan, las cosas serían diferentes, no era verdad. Me negaba a caer en la misma trampa. No era tan inocente.

Cuando la canción terminó, supe lo que debía hacer. Aquello tenía que terminar: el coqueteo, el deseo... Todo. No se trataba sólo de lo que yo quisiera; se trataba de lo que fuera mejor para el grupo, para mis amigas.

«Penny, afronta las consecuencias. Ya lo dice la canción, *You've got to hide your love away*: tienes que ocultar tu amor. Y no sólo esconder tus sentimientos. Tienes que destruirlos. Matarlos antes de que ellos te maten a ti».

Las luces se encendieron y Ryan, emocionado, me miró.

—Ha sido increíble..., pero no les digas a tus padres que he dicho eso, ¿vale?

Le dediqué una fugaz sonrisa y me dispuse a salir por el pasillo. Permanecí en silencio durante la mayor parte del trayecto de vuelta, y sólo contestaba las preguntas de Ryan sobre los Beatles.

Cuando giró por la esquina de mi casa, supe que necesitaba una estrategia de salida rápida, algo que me garantizara que no habría una segunda cita. Conociéndome, no iba a resultar muy elegante.

Ryan se detuvo en el camino de entrada.

—Penny, me alegro mucho de que hayas salido conmigo esta noche. Me lo he pasado muy bien.

Salté del coche antes de que tuviera ocasión de apagar el motor. Me giré, con la puerta abierta, y vi a un Ryan anonadado.

—Sí, gracias. Adiós —respondí. Cerré la puerta de un golpe y salí corriendo

hasta la puerta principal, tratando desesperadamente de entrar en casa antes de echarme a llorar.

«Estoy haciendo lo que debo».

Eso pensaba repetirme una y otra vez.



Veinticinco

—¿Qué tal anoche? —me preguntó Tracy cuando me monté en el coche a la mañana siguiente.

«Horrible».

—El concierto estuvo bien... —respondí a la vez que me ponía a rebuscar en mi bolsa de lona, sin saber muy bien qué estaba buscando.

—Ya. ¿Ryan trató de ligar contigo?

Me quedé mirando a Tracy como si se hubiera vuelto loca.

—Oye, no le culparía por intentarlo. ¡Eres un pibón!

Ignoré su comentario y seguí rebuscando en mi bolsa.

—Venga, Pen, sólo era una broma. Ryan es un tío legal. Si hay un chico por quien rompiera las reglas es él.

La bolsa se me cayó al suelo.

—¡Mierda! Lo siento —me puse a recoger los libros y los bolígrafos.

—¿Estás bien?

«No, para nada».

—Sí.

Diane nos esperaba junto a las puertas del instituto.

—Hola, Penny, ¿qué tal anoche?

—Muy bien.

Diane pareció desconcertada.

—¿Muy bien?

Me puse a escarbar en mi bolsa mientras caminábamos.

—Sí, lo pasamos bien. La banda era genial; pero, claro, no tocaron todas las canciones que me apetecía escuchar aunque, al fin y al cabo, tratándose de los Beatles, hay un montón de temas clásicos. ¿Sabíais que han tenido más canciones número uno en las listas que cualquier otro músico en la historia?

Tracy se limitó a negar con la cabeza. Estaba acostumbrada a oírme recitar datos sobre mi grupo musical favorito. Diane trató de decir algo, y descubrí que no me sentía capaz de dejar de hablar sobre la historia de los Beatles. Tracy se encaminó hacia su taquilla, pero Diane continuó siguiéndome.

—Penny —me puso una mano en el brazo, seguramente tratando de calmar mi nerviosismo—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar conmi...?

—Ay, se me ha olvidado una cosa. ¡Tengo que irme! —anduve en dirección contraria a mi taquilla y a mi primera clase de la mañana. Lo que fuera antes que mantener una conversación sobre Ryan con Diane.

Iba a ser un día muy largo.

—¿Te importa encargarte de la incisión? La mano me está matando —Tyson no paraba de flexionar su mano derecha y hacer muecas de dolor.

—Claro que no —agarré el escalpelo que él sujetaba—. ¿Qué te ha pasado?

—Me imagino que habrán sido demasiados ensayos —parecía un tanto preocupado.

—¿Se acerca un acontecimiento importante?

—Podría llamarse así —miró hacia abajo. Al ver que yo no respondía, subió los ojos y me miró—. Voy a hacer una prueba.

Pero él ya tenía una banda. Me figuré que ambicionaba metas más altas.

—¿Para qué es la prueba?

—Juilliard —volvió a bajar la vista.

—¿Juilliard? ¿La mismísima Juilliard? —pregunté elevando la voz—. ¿La escuela de música?

Mientras asentía, las mejillas se le sonrojaron y miró a su alrededor, confiando en que nadie me hubiera oído.

—Sí, y me parece que he estado ensayando demasiado. Me interesa mucho conseguirlo.

Estaba conmocionada. Juilliard debía de ser la escuela musical más prestigiosa del país.

—¿Qué vas a tocar? —Tyson resultaba fascinante. Cada vez que pensaba que ya lo conocía, me volvía a sorprender.

«Igual que Ryan, que resultó ser una sorpresa maravillosa».

Entonces, la voz de la razón se abrió paso en mí:

«Nate también te sorprendió. Y también fue maravilloso al principio, ¿o no?».

—Bueno, primero voy a interpretar la sonata en do menor de Beethoven y, luego, una pieza original a la guitarra.

—¿Es que tocas el piano?

Asintió.

—Desde los cuatro años.

Sacudí la cabeza de un lado a otro, impresionada.

—En serio, Penny, ¿hasta qué punto piensas que soy un fracasado?

No pensaba que Tyson fuera un fracasado. De hecho, lo consideraba un buen chico. Sí, un buen chico. A pesar de que semejante combinación de palabras me parecía una contradicción, quizá estuviera confundida... con respecto a Tyson.

Tyson no era Nate.

Tyson no era Ryan.

Tuve la corazonada de que se portaría bien con Morgan. Y Morgan se merecía un buen chico.

Me quedé mirándolo.

—Deberías pedirle a Morgan que saliera contigo.

—¿Cómo?

Me acerqué a él.

—Te he dicho que deberías pedirle a Morgan que saliera contigo.

—Pero... creía...

—Olvídate del Club de los Corazones Solitarios. Yo me encargaré.

Una expresión de pánico le cruzó el semblante.

—Pero ¿cómo sé si va a aceptar?

—Porque le gustas. Desde hace mucho, muchísimo tiempo.

Tyson esbozó una sonrisa tan amplia que dio la sensación de que iba a estallar.

—Vale, lo haré. Pero después de las pruebas. Ya estoy bastante nervioso por el momento.

—¡Genial!

Decidí que al menos una socia del Club de los Corazones Solitarios debería conseguir lo que quería.

—Verás, no sé si he hecho algo malo —le confesé a Tracy después del almuerzo.

—¿Has besado a Ryan? —preguntó, prácticamente pegando botes.

—No, ¡qué dices! No tiene nada que ver con Ryan.

Le conté a Tracy lo de Morgan y Tyson, y ella asentía a medida que procesaba lo que iba escuchando.

—El que Morgan salga con él no es para tanto, me parece a mí —opiné—. Mientras siga asistiendo a las reuniones de los sábados y almorzando con nosotras, ¿dónde está el problema? En cuanto empiece a perder su identidad, la recuperamos y punto.

—¿Te das cuenta de que esto va a cambiar las cosas en el club?

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ya lo sé, pero no veo nada malo en hablar del asunto el sábado.

Me puse a deambular de un lado a otro, contemplando la posibilidad de saltarme una clase por primera vez en mi vida de instituto. Hasta el momento había conseguido esquivar a Ryan, pero no por mucho tiempo. Cuando doblé la esquina para dirigirme a Historia Universal, lo vi con el rabillo del ojo. Inmediatamente me acerqué a Jackie Memmott, que se sentaba dos filas detrás de nosotros, y empecé a hacer comentarios sin importancia acerca del club. Fingí estar sumida en una intensa conversación, pero noté que Ryan se inclinaba hacia la derecha de su mesa, cerca de donde yo me sentaba.

—Señorita Bloom, ¿puedo empezar la clase? —preguntó la señora Barnes mientras, con aire impaciente, golpeaba el lateral de su mesa con la tiza.

De acuerdo, tal vez yo no estuviera actuando con la discreción suficiente. Volví a mi mesa y, mientras tomaba asiento, le dediqué a Ryan una débil sonrisa. Tenía la intención de concentrarme en la clase y tomar apuntes y trabajar en serio y estudiar. No iba a permitir que me distrajera. Noté que escribía en su cuaderno. Daba la impresión de que no le costaba concentrarse.

Sentí un golpecito en mi mano izquierda y estuve a punto de pegar un bote.

Ryan desplazó su cuaderno para que yo viera lo que había escrito. Traté de hacer caso omiso, pero empujó el cuaderno hasta tal punto que casi me lo plantó en las rodillas.

¿Va todo bien?

Me limité a mirar al frente y asentir.

Volvió a escribir en su cuaderno mientras la señora Barnes hablaba y hablaba en tono monótono sobre las implicaciones económicas de la Segunda Guerra Mundial.

Ryan volvió a darme un toque en la mano. Eché un vistazo.

Anoche lo pasé genial.

Una sonrisa se me extendió por el rostro al acordarme de lo mucho que me había divertido. Se le iluminó la cara y se incorporó, claramente satisfecho con mi reacción.

¿Por qué se me había ocurrido sonreír, y por qué me estaba poniendo él las cosas tan difíciles? Apartar a Ryan Bauer de mi mente iba a resultar mucho más complicado de lo que pensaba.

Cuando sonó el timbre, me levanté de un salto y me dirigí a la puerta lo más rápido posible. Noté un tirón y me caí de bruces sobre el frío y duro suelo de baldosas. Traté de comprender qué había ocurrido mientras un grupo de gente se congregaba a mi alrededor. Me puse de pie y desenrollé el asa de mi bolsa de lona, que se había enganchado en una silla.

—¡Eh, Penny! ¿Te encuentras bien? —preguntó Ryan a la vez que se acercaba a toda velocidad.

—*Perfectamente* —las palabras me salieron con un tono más brusco del que pretendía, aunque acaso fuera mejor así. Ryan trató de ayudarme, pero le aparté el brazo de un empujón—. Estoy perfectamente. Es que tengo prisa...

—Sí, ya me he dado cuenta —su tono me sorprendió; la situación ya no le hacía gracia. Nos miramos el uno al otro en silencio, hasta que oímos un anuncio por el altavoz: «Penny Bloom, acuda por favor al despacho del director. Penny Bloom».

Terminé de recoger mis cosas mientras Todd emitía una serie de «ohs».

—Parece que la pequeña *Miss Thang* está en apuros.

—Cierra el pico, Todd —espetamos Ryan y yo al unísono.

Ryan me lanzó una última mirada dolida y abandonó el aula.

Me dirigí al despacho del director mientras me esforzaba por averiguar qué habría hecho mal. Vi a mis padres esperando, con aspecto preocupado. Eché a correr hacia ellos.



Veintiséis

—¿Qué ha pasado? —pregunté en cuanto hube entrado en las oficinas de Dirección.

—Dínoslo tú —respondió mamá—. El señor Braddock nos llamó diciendo que se trata de un asunto importante. Tu padre ha tenido que cancelar varias citas en su consulta para poder venir.

Estaba desconcertada. Me quedé mirando a mis padres; se notaba que estaban furiosos.

—No lo sé.

No había copiado en los exámenes. No había llegado tarde a las clases. Mis notas, que siempre habían sido buenas, habían mejorado aquel curso...

Se abrió la puerta del despacho del director. El señor Braddock salió y nos hizo señas para que entrásemos. Braddock era un hombre calvo, grande y robusto, que parecía agradable hasta que abría la boca. Mientras nos dirigíamos a su despacho, forrado de paneles de imitación a madera y plagado de fotos y trofeos de sus días de gloria en el McKinley, más de treinta años atrás, noté que el pulso se me aceleraba.

—Les pido disculpas por convocarlos con tan poca antelación —hizo un gesto hacia mis padres—, pero tenemos un problema con Penny que se nos empieza a ir de las manos. No sé si están al tanto de ese pequeño «club» que ha fundado su hija.

«¿CÓMO?».

—Claro que sí —respondió papá—. Se reúnen en nuestra casa los sábados por la noche. Son unas chicas estupendas.

El director Braddock se rebulló en el asiento.

—Entiendo. El caso es que el asunto está causando problemas en el instituto.

«¿Ah, sí?».

—¿Ah, sí? —replicó mamá—. ¿Qué clase de problemas?

El director Braddock se ajustó la corbata.

—Doctor Bloom, señora Bloom: el problema es que Penny está utilizando sus experiencias desafortunadas para volver a la población femenina del McKinley en contra de los varones del centro.

Me quedé muda de asombro.

—¡El club no va de eso!

El director Braddock levantó una mano para silenciarme.

—Veamos. Lamento mucho que Penny no sea capaz de encontrar novio...

—¡No le consiento que diga eso! —protestó mamá.

El director Braddock volvió a poner las manos en alto.

—Mis disculpas. Lo que quiero decir es que no me parece apropiado que Penny

imponga sus ideas al resto del alumnado femenino, sobre todo a las estudiantes de tercero de secundaria, todavía muy influenciadas.

—Un momento —replicó mamá—. Penny Lane ha formado un grupo de amigas increíble. No tienen intenciones ocultas, se limitan a pasar tiempo juntas sin las presiones propias de las citas con chicos. Señor Braddock, usted mejor que nadie conoce las complicaciones que acarrear los romances de instituto. Lo que me sorprende, precisamente, es que no fomente el club.

Dirigió la mirada hacia mi madre y vi que las mejillas le ardían. Aquello iba a estar bien.

—Señora Bloom, no pienso cruzarme de brazos y permitir que una chica dirija el instituto. Penny está adquiriendo excesiva importancia en el McKinley. Me temo que su influencia sobre la población femenina empieza a quedar fuera de control.

Mamá, impaciente, se puso a golpear el pie contra el suelo.

—Sin embargo, a usted no le preocupa el hecho de que uno de sus atletas, sólo porque lance el balón muy lejos, sea objeto de adoración por parte de toda la población masculina, ¿me equivoco? Permítame hacerle una pregunta, señor Braddock. ¿Alguna de las socias del club ha tenido problemas de alguna clase?

—Bueno, técnicamente no. Pero el club del que hablamos no ha sido autorizado por la dirección del centro, por consiguiente...

—Por consiguiente —interrumpió mamá—, no es un asunto de su incumbencia. El director Braddock se aclaró la garganta.

—*Por consiguiente*, entenderán el dilema: el instituto no puede fomentar aquello que no ha autorizado previamente. No puedo consentir que el club continúe.

Mamá cruzó las piernas.

—Disculpe, señor Braddock; pero ¿las calificaciones de Penny han empeorado?

—No...

—De hecho, sus notas han mejorado este último semestre, ¿no es verdad?

Braddock se puso a revisar la delgada carpeta que contenía mi expediente.

—Supongo que sí.

—Es decir, Penny Lane no ha hecho nada malo, el club no está afectando a sus notas y las socias se reúnen fuera del recinto del centro, ¿tengo razón?

—Técnicamente...

—Por lo tanto, no veo dónde reside el problema.

—El problema, señora Bloom —el rostro del señor Braddock parecía a punto de estallar—, reside en que después del artículo publicado en el *Monitor*, muchos varones de este instituto han protestado. Y no sólo eso. También he recibido informes preocupantes por parte de mi Comité de Asesoría sobre el Alumnado.

«Un momento, Ryan no habría...».

—Todavía no ha ocurrido nada malo, lo cual no significa que no vaya a ser así. El club traerá problemas. Sí, PRO-BLE-MAS.

Mamá se levantó.

—Bueno, pues me importa una MIER...

—Becky —papá tomó la palabra, por fin. Se levantó y puso una mano en el

hombro de mi madre. El señor Braddock se tranquilizó visiblemente, quizá confiando en que mi padre le diera la razón.

—Gracias, doctor Bloom.

—Penny Lane —dijo papá—. Venga, nos vamos. Señor Braddock, estoy seguro de que no pondrá reparos en que nos llevemos a Penny, ya que no me parece justo que tenga que pasar el resto del día en el instituto después de cómo la ha insultado usted.

Papá agarró su abrigo. Me quedé mirándolo, inmóvil.

—Además, señor Braddock, como padres de Penny fomentamos ese «pequeño club», como usted lo llama. Lo que nuestra hija ha conseguido es excepcional y, en vez de regañarla, debería colgar su retrato en la pared. Estamos muy orgullosos de ella.

Papá me abrazó y me plantó un beso en la frente.

—Vamos, hija. Recoge tus cosas.



Veintisiete

La noticia de mi repentina partida se extendió como el fuego por todo el instituto. Con la excepción de las socias del club, la gente creyó que me habían expulsado. Todd llegó incluso a contar que la policía había tenido que escoltarme para salir del edificio. Ni que decir tiene que durante el trayecto a casa envié mensajes a Tracy y a Diane explicándoles la verdad, y ellas se lo contaron a las demás socias del Club de los Corazones Solitarios. Todas me consideraban una heroína.

En nuestra siguiente reunión, la euforia reinaba entre las asistentes. Era como si la condena del club por parte de Braddock, de alguna manera, nos otorgara validez.

Abrigué la esperanza de que fuera un buen momento para efectuar un anuncio.

Diane y Tracy se colocaron a mi lado, frente al público. Examiné al grupo y vi que Morgan se sonrojaba. Se había entusiasmado al enterarse de que le gustaba a Tyson, pero, por suerte, no había querido abandonar el club.

—A ver, os pido que nos escuchéis antes de tomar una postura o sacar conclusiones precipitadas —miré directamente a Rosanna—. Fundé este club porque estaba harta de los chicos, es verdad; pero a medida que ha ido creciendo, me he dado cuenta de que se trata, más que nada, de darnos prioridad a nosotras mismas, lo cual se nos da bastante bien. En el momento presente, considero que el objetivo no debería ser renunciar a salir con chicos, sino mantenernos fieles a nuestras amigas. Si una de nosotras quiere salir...

—¡Lo sabía! —Rosanna abandonó su asiento—. ¡Lo sabía! ¡Quieres salir con Ryan! —me señaló como si yo fuera un criminal convicto.

—Si no te importa esperar y escucharme...

—Vaya, esto es genial. Menuda líder estás hecha —replicó.

Me percaté de que todo el mundo lanzaba miradas furiosas a Rosanna.

—No se trata de mí —contraataqué.

—¿Ah, no? —Rosanna puso los ojos en blanco con gesto teatral—. Qué *casualidad* que decidas cambiar las reglas después de haber salido con el tío más guapo del instituto —los celos se filtraban en su tono de voz—. Quizá esto no debería llamarse el Club de los Corazones Solitarios; quizá debería llamarse «el club donde las reglas cambian cuando a Penny le da la gana».

—¡Cierra el pico! —vociferó Tracy—. Sienta ese culo esquelético y escucha lo que Penny tiene que decirte o márchate de una maldita vez. Te adelanto que nadie va a llorar porque te vayas.

Me alegré de tener de vuelta a la Tracy de siempre.

Rosanna tomó asiento con la actitud de una niña de seis años a la que acaban de negarle un poni por Navidad.

—Gracias, Tracy —dije.

—De nada, nuestra líder divina —Tracy me dedicó una sonrisa.

—No se trata de mí. En realidad, se trata de Morgan —la estancia al completo volvió la mirada hacia ella, que se encogió de vergüenza—. Siento centrar la atención en ti, Morgan; pero al final todo el mundo iba a enterarse. Veréis, el chico que le gusta a Morgan desde hace años también está por ella. Bueno, el caso es que Tyson es un tío estupendo, seguramente de los pocos del McKinley, y no quiero ser la responsable de negarles la oportunidad de ver qué podría pasar.

»Así que Tracy, Diane y yo nos hemos sentado con Morgan y hemos llegado al acuerdo de que, siempre que asista a las reuniones de los sábados y a los planes en grupo, y mientras siga siendo la Morgan a quien todas queremos, no hay razón para que no lo intente.

Morgan se levantó.

—Consideradme como un conejillo de Indias. Además, puede que sea prematuro, porque aún no me ha pedido que salgamos...

«Más vale así», pensé. Tyson no tenía ni idea de la polvareda que estaba levantando.

Me acerqué a Morgan y le puse una mano en el hombro.

—A mí, personalmente, me encantará enterarme de todos los detalles sobre tu pareja en nuestra próxima reunión.

Rosanna se echó a reír.

—Estás de broma, ¿no? ¿Y cuándo nos vas a hablar de *tu* pareja, Penny?

Era el colmo. Me había hartado de Rosanna.

—Permíteme que deje algo meridianamente claro, a ti y a todas las demás —estaba tan furiosa que el cuerpo me temblaba—. No tengo el más mínimo interés en Ryan Bauer, y nunca lo tendré. Así que, para quienes lo dudéis: nunca, jamás, saldré con Ryan.

Se hizo el silencio en la estancia. Tracy y Diane se mostraron horrorizadas.

¿Qué había hecho yo?



Veintiocho

Aunque las reglas de Tracy para el club me encantaban, se le pasó por alto una fundamental: «Lo que ocurra en el Club de los Corazones Solitarios no debe salir del Club de los Corazones Solitarios».

Yo había considerado que se daba por sentado.

Si no podías confiar en las socias de tu club, ¿en quién podías confiar?

Pero no había contado con una diligente mensajera.

Tracy, Diane y yo entrábamos juntas en el instituto el lunes por la mañana, charlando sobre Morgan y Tyson. Confiábamos en que a él le fuera bien en la prueba y estuviera preparado para declararse a Morgan. Estábamos doblando la esquina cuando Diane puso una expresión de disgusto.

—¡Oh, no! —dijo.

Tracy y yo seguimos su mirada y vimos que Rosanna hablaba con Ryan junto a la taquilla de éste, con una expresión engréida en el semblante.

No podía tratarse de nada bueno.

Diane apretó el paso y Ryan nos vio acercarnos a las tres. Me lanzó una mirada dolida. Luego, cerró su taquilla de un golpe y se alejó.

—Déjame que hable con él —Diane empezó a seguirlo.

Me di cuenta de que Tracy estaba resuelta a perseguir a Rosanna, pero se detuvo al fijarse en mi gesto de pánico.

—Tranquila, Penny —me dijo—. Es una estúpida.

Asentí con lentitud. Tenía el cuerpo entumecido.

—Está decidido, la expulsamos del club —continuó Tracy—. Se lo diré —me condujo hasta mi taquilla y la abrió por mí. Yo sólo era capaz de mirar al frente.

—No, me encargaré yo —repliqué—. Durante el almuerzo —las palabras a duras penas me salían de los labios.

—De acuerdo —Tracy cogió mis libros—. ¿Necesitas algo más?

Sí, necesitaba saber por qué, si no sentía nada por Ryan, estaba destrozada.

Diane me puso al corriente antes del almuerzo.

—Rosanna le ha dicho a Ryan que, básicamente, declaraste delante de todo el club que te parece un chico patético, que ni siquiera te cae bien como amigo y que jamás saldrías con él.

—¡Yo no dije eso! —protesté.

Bueno, salvo la última parte.

—Eso le expliqué yo, pero sigue bastante enfadado. Creo que no le gustó el

hecho de que hablaras de él en público.

—Muy bien —intervino Tracy—. Tranquiliémonos un segundo, recobremos el aliento —me pasó el brazo por los hombros y me miró cara a cara—. A ver, ¿seguro que quieres hacer esto ahora?

Me costaba creer que, en una situación así, Tracy hubiera decidido ser la voz de la razón. Por supuesto que quería hacerlo.

«Pues claro».

«Ahora mismo».

—Sí.

Entré en la cafetería como el soldado que parte a la batalla, con Tracy y Diane a mis espaldas. Rosanna se encontraba a un extremo de la mesa, hablando sin parar a las pobres Eileen y Annette. Pegó un respingo cuando solté mis libros de golpe, a su lado. La mesa al completo guardó silencio.

—Hay algo que tengo que decir —miraba a Rosanna, pero lo dije con el volumen suficiente para que todas me oyeran—. Hay ciertas personas que están en el club por razones equivocadas. Ciertas personas que no están aquí por amistad. Personas manipuladoras e incapaces de ser buenas amigas, aunque sus esqueléticos culos dependieran de ello. Están aquí porque quieren ser populares. Bueno, pues, ¿sabéis qué os digo? Me han utilizado lo bastante a lo largo de mi vida como para cruzarme de brazos ahora y permitir que me vuelva a pasar. Ya es bastante malo que los chicos me hayan tratado a patadas. Pero que me trate a patadas una chica..., una supuesta amiga..., es incluso peor. En el Club de los Corazones Solitarios ya no aceptamos a las saboteadoras.

Rosanna siguió comiendo su plátano mientras paseaba la mirada a su alrededor, como si yo no pudiera referirme a ella de ninguna manera.

—Por lo visto, no me estoy explicando bien —me incliné y la miré de hito en hito—. Rosanna Shaw, te has aprovechado de mí, de nuestro club, de nuestra confianza. Tomaste un comentario que hice cuando pensaba que estaba entre amigas, y lo tergiversaste hasta convertirlo en una mentira ofensiva. Ya no eres bien recibida en el club ni en mi casa ni en esta mesa. ¿Lo entiendes?

Rosanna me miró frunciendo los ojos.

—¿De verdad piensas expulsarme?

—¡Es lo que acabo de hacer! —mi voz subía de tono por momentos—. ¡Fuera de aquí, perra hipócrita y traidora!

—¡Bien! —Tracy se levantó y se puso a aplaudir, seguida por Diane; luego, por Kara y Jen. Al momento, la mesa entera estaba de pie, ovacionándome.

Rosanna se levantó a toda prisa y se dispuso a marcharse. Mientras ocupaba mi asiento, la adrenalina me bombeaba por todo el cuerpo. Examiné los rostros felices que tenía a mi alrededor. Me alegraba enormemente de sentir el apoyo del antiguo club.

Me giré y vi que la cafetería en pleno nos miraba. Algunas mesas, incluso, se sumaron a la celebración de la marcha de Rosanna.

Capté la mirada de Ryan al otro extremo del comedor y le sonreí; pero él apartó

la mirada.

Durante toda la semana, el ambiente de camaradería en el Club de los Corazones Solitarios resultó mejor que nunca. Éramos más fuertes, estábamos más unidas. Tal vez fuera por las amenazas de Braddock, o acaso por la intromisión de Rosanna; pero daba la impresión de que todas las socias se habían comprometido en mayor medida con el club y entre ellas mismas.

El día del debut de Diane como jugadora del equipo de baloncesto McKinley Ravens, nos entregamos por completo a apoyarla. Aunque sólo quedaban dos minutos de partido, todavía no había salido a la cancha.

—La entrenadora Ramsey tendría que sacar a Diane; ganamos por diecinueve puntos —comentó Tracy.

Yo no paraba de lanzar miradas a los padres de Diane, junto a los que Ryan estaba sentado. Me imaginé que habría sido imposible pedir a Todd, o a cualquiera de los chicos, que acudiera a apoyar a Diane, a pesar de todas las veces que ella había animado sus partidos. Yo había tratado de hablar con Ryan después de la debacle del lunes con Rosanna; pero ni se dignaba mirarme. Cada vez que intentaba acercarme a él, se alejaba. Y eso que tenía que haber oído la conversación en la cafetería; todo el mundo llevaba hablando de lo mismo los últimos cuatro días.

El segundo grupo de animadoras del McKinley salió a la cancha. Ni siquiera fingieron entusiasmo por el partido, como si se sintieran castigadas por tener que animar al equipo femenino.

—¡Uf!, esto es espantoso. Yo podría hacerlo mucho mejor —comentó Tracy mientras las animadoras nos preguntaban a los espectadores con voz lánguida si teníamos espíritu deportivo.

Sonó la bocina y ambos equipos regresaron a la cancha. Diane seguía sentada con paciencia en un extremo del banquillo; las rodillas le temblaban visiblemente.

Jen sacó de banda a Britney Stewart, a quien de inmediato una desesperada integrante del equipo de Springfield le hizo falta. El equipo se situó en las líneas de la zona y Britney anotó dos puntos extra sin mayor dificultad.

—¡Vamos, entrenadora! —vociferó Tracy—. ¡Que salga Diane!

Las cinco jugadoras de las Ravens se precipitaron al otro extremo de la cancha. Jen recuperó con facilidad un fallido intento de canasta por parte de Springfield. Agarró el balón con fiereza y cruzó la cancha botando. Una jugadora del Springfield, morena y de gran estatura, fue corriendo a su lado y la derribó con un rápido movimiento de cadera.

Sonó el silbato y los árbitros empezaron a deliberar.

—Más les vale pitar falta técnica —siseó Tracy.

El equipo se congregó cerca del banquillo para recibir instrucciones de la entrenadora Ramsey. Mientras ésta se dirigía al quinteto y repasaba la siguiente jugada, Diane la miraba con intensidad; luego, se mordió el labio y se sumó al partido.

Todas las socias del club nos pusimos de pie y empezamos a vitorear. Se levantaron pancartas, y los cánticos con el nombre de Diane inundaron el gimnasio.

Diane frunció los ojos mientras se colocaba en la línea de rebote de los tiros libres y era testigo de cómo Jen fallaba sus dos lanzamientos. Luego, cuando se reanudó la acción, corrió con todas sus fuerzas hacia el campo de ataque del equipo contrario. Se puso en cuclillas y se mantuvo en esa posición mientras la base de Springfield se aproximaba a ella. Diane permaneció todo el tiempo con su par, concentrándose en el torso de la jugadora, un truco que Ryan le había enseñado.

Pasaron el balón a una rubia muy alta que falló el tiro. Jen lo recuperó y se lo lanzó a Diane.

Diane fue driblando toda la longitud de la cancha, con toda su atención centrada en el balón que tenía ante sí.

—¡Vamos, Diane! —gritamos Tracy y yo al unísono. Tracy me agarró de la mano mientras observábamos cómo Diane se acercaba a la canasta para ejecutar una bandeja y... fallaba.

—¡No pasa nada, Diane! —gritó Kara, a mi lado. Todas seguimos aplaudiendo mientras Springfield solicitaba otro tiempo muerto.

—¿Te puedes creer lo que han hecho? —Tracy señaló hacia delante, donde el equipo de animadoras había decidido tomarse un descanso—. Se han sentado en el mismo momento en que Diane ha salido a la cancha. Son patéticas.

Las animadoras estaban sentadas en la primera grada. Missy escribía un mensaje en su móvil, mientras las demás se esforzaban al máximo por hacer caso omiso del partido.

—Me ponen de los nervios. Hace unas semanas, todas esas chicas estaban haciendo la pelota a Diane, y ahora ni siquiera animan al equipo... ¡Pero si es su trabajo!

Asentí, indignada por lo mal que se estaban portando.

—Hasta aquí hemos llegado —Tracy se levantó.

—Tracy, no provoques...

Antes de que yo pudiera terminar la frase, se puso de pie sobre la grada. Se giró para mirar a la gente que teníamos detrás y gritó a voz en cuello:

—¡DAME UNA «D»!

Nuestro grupo se mantuvo en silencio mientras todo el mundo miraba a Tracy. Ella hizo un gesto de desesperación.

—Venga, vamos, ya lo habéis oído: ¡DAME UNA «D»!

«Dios mío, ¿Tracy... animadora?».

—¡«D»! —gritaron Morgan, Kara y Amy.

—¡DAME UNA «I»! —continuó Tracy.

—¡«I»! —empezó a bramar el Club de los Corazones Solitarios.

—¡Así está mejor! ¡DAME UNA «A»! —Tracy empezó a aplaudir y a botar sobre las puntas de sus pies.

Las animadoras de la primera grada se giraron, boquiabiertas y en estado de *shock*, mientras los seguidores de las Ravens le daban a Tracy una ¡«N»!

— ¡DAME UNA «E»!

El recinto resonó con una estridente ¡«E»!

— ¿Qué tenemos? — Tracy empezó a bajar hacia la primera grada.

— ¡DIANE!

Ahora se encontraba en el espacio ocupado momentos atrás por el equipo de animadoras.

— ¡NO OS OIGO! — se colocó la mano detrás de la oreja.

— ¡DIANE! — volvió a gritar el gentío.

Sonó la bocina y todo el mundo estaba de pie, ovacionando. Tracy miró a Missy y compañía y les dedicó una fugaz sonrisa irónica, haciéndoles saber que ya no eran ellas quienes controlaban a la multitud.

Diane regresó a la cancha con un gesto de determinación grabado en el semblante. Según el reloj, quedaban menos de quince segundos. Springfield se hizo con el balón, y la base avanzó con lentitud hacia el otro extremo de la cancha. Su equipo iba a perder, de modo que no había razón para que nos permitieran anotar más tantos.

— DIEZ... — la muchedumbre empezó la cuenta atrás con el reloj.

Diane clavó los ojos en la jugadora que se aproximaba.

— NUEVE...

Empezó a fintar con las piernas atrás y adelante.

— OCHO...

La base trató de desplazarse hacia la izquierda, pero era demasiado tarde.

— SIETE...

Diane robó el balón y fue driblando por la cancha a toda velocidad...

— SEIS...

... mientras el equipo de Springfield al completo se precipitaba tras ella.

— CINCO...

Diane concentró la atención en la canasta que tenía ante sí y...

— CUATRO...

... completó la bandeja.

— TRES...

El balón rebotó en el aro, golpeó el tablero...

— DOS...

... y entró directo en la canasta.

La bocina quedó ahogada por los vítores del público. Las compañeras de equipo de Diane formaron una piña a su alrededor. Las animadoras abandonaron el auditorio a toda velocidad, con expresión de disgusto. Los seguidores de Springfield se mostraban claramente desconcertados por la celebración que se llevaba a cabo ante sus ojos.

Me acordé de la Diane que se había sentado frente a mí en aquella cafetería, menos de dos meses atrás. Miré una por una a las socias del club, para quienes Diane había sido un gran estímulo. Nos había demostrado a todas que, en efecto, se podía conseguir.



Veintinueve

No me pasó desapercibida la correlación entre el fin de mi amistad con Ryan y el refuerzo del vínculo entre las socias del club.

Cada vez que el club daba un paso adelante (el triunfo de Diane en el partido de la noche anterior), Ryan y yo dábamos un paso atrás (no pasó por su taquilla al día siguiente).

Aunque la situación me disgustaba, existía otro problema al que tenía que enfrentarme.

Nate.

Cuando llegué a casa, me encontré con otro *e-mail* esperándome. Éste llevaba el siguiente asunto:

«¿AMIGOS?».

Me senté y lo abrí.

Pen:

Últimamente he pensado mucho en nosotros. De hecho, sólo pienso en ti. Sé que no me vas a contestar. Sé que me odias. Sé que nunca sentirás por mí lo que yo siento por ti. Me lo merezco. Pero tengo que hacerte una pregunta, y quiero que la medites bien (si es que estás leyendo este mensaje) antes de que nos veamos dentro de dos semanas. ¿Crees que, al menos, podríamos ser amigos? Te necesito en mi vida. Y te aceptaré en las condiciones que me impongas.

Voy a hacer todo lo posible para que vuelvas a mí.

Besos,

El perdedor

¿Amigos? ¿Quería que fuéramos amigos? ¿Podía ser amiga de Nate después de lo que había ocurrido?

Ryan y Diane eran amigos, pero él no la había engañado. Ryan era...

No podía enfrentarme a la idea de lo maravilloso que era. Ni a la de ser amiga suya, puesto que no le interesaba lo más mínimo, hasta el punto de no dirigirme la palabra.

Tal vez lo mejor fuera decirle a Nate que podíamos ser amigos y, luego, pasar página.

Pero de una cosa estaba convencida: si me consideraba capaz de hacer eso, me estaba engañando.

Después de dar vueltas al asunto durante una semana, decidí salir a cenar con Diane y pedirle consejo.

—¿Cómo puedes ser amiga de Ryan? —le solté de pronto, antes incluso de

pedir la comida.

Diane se sorprendió.

—Ha formado parte de mi vida durante mucho tiempo.

—Igual que Nate... de la mía —respondí.

Diane se mostró preocupada.

—Sí, pero Ryan no...

Me hundí hacia atrás en el asiento.

—¿De qué va esto? —Diane se mordió el labio.

Le hablé de los *e-mails* y de la petición de Nate de que fuéramos amigos.

Negó con la cabeza.

—Penny, ¿quieres ser amiga de Nate?

—No. No quiero volver a verlo. Pero eso no va a poder ser.

Diane suspiró.

—Sinceramente, creo que debes contárselo a tus padres.

—Imposible.

Diane apartó a un lado la carta del restaurante y me cogió de la mano.

—¿Va todo bien? Has estado muy callada toda la semana.

Me encogí de hombros.

—¿Sabes? —prosiguió Diane—. Ser amiga de Ryan no me resultó fácil al principio. Tuve que acostumbrarme a tratarlo de una manera distinta, pero ahora es uno de mis mejores amigos. Como tú —vaciló unos segundos—. Y me gustaría que mis dos mejores amigos pudieran perdonarse mutuamente.

—¿Cómo? —me quedé boquiabierta—. ¿Perdonarnos mutuamente? Diane, si ni siquiera me mira. He intentado disculparme, pero no se da por enterado de mi existencia.

—Ya lo sé. Lo que pasa es que está enfadado.

—¿Enfadado? —empezaba a desesperarme—. Lo que Rosanna le dijo fue una mentira flagrante. Y él lo sabe, ¿o no?

Diane asintió.

—Entonces, ¿qué problema tiene? Hemos sido amigos un montón de tiempo y ahora no me dirige la palabra. ¿Por qué? Pues porque la gente piensa que tuvimos una cita en plan romántico.

Diane se rebulló, incómoda, en su asiento.

—Penny, Ryan *creyó* que era una cita en plan romántico.

—Mira, Diane, él sabía lo del Club de los Corazones Solitarios. Sabía que yo no podía salir con chicos.

Se encogió de hombros.

—¿Sabes? —continué—. Puede que, al fin y al cabo, Nate y Ryan no sean tan diferentes.

Diane se mostró espantada.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Venga ya, Diane —las mejillas se me habían encendido—. Vale, de acuerdo, Ryan *creyó* que era una cita en toda regla. Y luego, como yo no acepté ser... —sentí

ganas de decir «su pequeña novia», pero no quise ofenderla—. Como no quise salir con él en plan de novios, ni siquiera quiere ser mi amigo. ¿Es que lo único que busca..., no sé..., es acostarse conmigo?

Diane frunció los labios.

—Sabes que Ryan no es así.

—¿Lo sé?

Me sentí frustrada. Sabía que me había pasado de la raya. Sabía que Ryan no era como Nate..., pero es que lo echaba de menos. Echaba de menos hablar con él, pasar el rato entre clase y clase. Y me había dejado tirada. Igual que Nate. ¿Dónde estaba la diferencia?

—Lo único que digo es que mi opinión sobre los chicos no ha cambiado —concluí.

Estaba convencida de actuar como era debido al no liarme con Ryan. Al final, acabaría haciéndome daño. En realidad, ya me lo había hecho.

Al día siguiente, después de clase, Tracy se acercó a mí.

—Tengo que hablar contigo un minuto —su expresión era seria.

Nos dirigimos a los bancos que bordeaban el vestíbulo cercano a la cafetería.

—En el club están ocurriendo cosas, y tengo que ponerte al día.

—¿Ah, sí? —y yo que pensaba que todo iba de maravilla. Aunque últimamente había estado tan distraída que no me sorprendía haberme perdido algo.

—Sí. Kara va a faltar a las dos próximas reuniones.

—¿Y eso?

Tracy miró a su alrededor.

—No os dije nada a ti ni a Diane porque juré no contárselo a nadie.

—¿Qué pasa?

—Va a tener ayuda psicológica.

—¿Ayuda psicológica?

Tracy suspiró.

—Vamos, Pen. Los dos últimos años nos hemos quedado calladas viendo cómo Kara se consumía. No sé qué la empujó a hacerlo, pero en la última reunión nos contó a Morgan y a mí que quería volver a recuperar el control.

—Genial —me alegraba mucho por Kara. Me alegraba y me preocupaba al mismo tiempo.

—Bueno —prosiguió Tracy—, el caso es que el programa al que se ha apuntado dura todo el fin de semana.

—Pues claro, perfecto —me sentí mal por no haberlo sabido, por no haber estado ahí para ayudar a Kara.

Ryan pasó de largo, en dirección a su taquilla. Era la primera vez que lo veía en toda la semana, con la excepción de las clases de Historia Universal.

—Hola, Ryan —dijo Tracy.

Levantó la mirada de su taquilla.

— Ah, hola, Tracy.

Una vez más, evitó mirarme. Agarró sus cosas rápidamente y se marchó.

Tracy pasó la mirada de mí a Ryan, que salía por la puerta.

— ¿Se puede saber qué pasa entre vosotros dos?

— Nada.

Y era verdad. No pasaba nada. Nada en absoluto.

Decidí que iba a dedicar la semana previa a Acción de Gracias a concentrarme de nuevo en el club. Ya estaba harta de estresarme por la frialdad de Ryan y por el deseo de Nate de que fuéramos amigos.

— ¡Venga, suéltalo! —le dijo Tracy a Morgan mientras tomaba asiento en nuestra reunión del sábado—. Con pelos y señales.

Morgan se sonrojó mientras todo el grupo aguardaba los detalles de su primera cita con Tyson.

— Bueno, Tyson me recogió en el monovolumen de su madre.

— ¡No! —exclamó Erin—. Es lo último que me habría imaginado.

— Ya lo sé —Morgan sonrió—. Pensé que llegaría en un coche en plan estrella del *rock*, pero me encantó. Estuvimos en el Mexicana Grill y la cena fue fantástica (preparan un guacamole increíble). Luego, fuimos al garaje y su banda estuvo ensayando. Tyson me dedicó una canción —Morgan se sonrojó al acordarse.

— ¿Una canción original? —preguntó Teresa.

Mientras Morgan proseguía con la historia, paseé la vista por el grupo. Todo el mundo estaba interesado en la cita de Morgan, y se alegraba por ella. No pude evitar una sonrisa.

Era la clase de amistad que yo necesitaba. Una amistad que te apoya. No como en el caso de Nate, que me había traicionado. Ni en el de Ryan, que me había despachado tan deprisa.

— ¿Te besó o no? Te he pedido detalles —bromeó Tracy.

Morgan se sonrojó y bajó los ojos.

Un coro de «¡uuuhs!» inundó la estancia mientras Morgan enterraba la cara entre las manos.

— Penny, ayúdame —suplicó.

— Vale, ya está bien. Dejad que la chica tenga un poco de intimidad —indiqué entre risas.

Repasé una lista de películas que podíamos ver y se generó el debate entre una comedia adolescente de los años ochenta y una película de terror.

— Eh, Penny —Teresa Finer se acercó a mí—. ¿Te importa que Maria y yo vayamos al piso de arriba, a estudiar?

— ¿A estudiar? Pero, chicas, es sábado por la noche.

Maria Gonzales sacó su libro de texto de Cálculo Avanzado.

— Ya lo sé, pero el lunes hay un examen importante que tenemos que repasar.

Teresa se inclinó para hablarme.

—Suspendí el último examen, y si mi nota sigue bajando, voy a perder la beca de voleibol en la Universidad de Wisconsin.

—¡Sí, claro! —les hice señas para que me siguieran y las dirigí a mi habitación—. Aquí estaréis tranquilas. Si necesitáis cualquier cosa, decídmelo.

—Gracias —respondió Teresa mientras se sentaba en el suelo del dormitorio.

Cuando me dirigí escaleras abajo, vi que tenía en el móvil un mensaje de Nate. Tracy había silenciado sus llamadas, pero no significaba que no pudiera comunicarse de alguna otra manera.

Abrí la tapa del móvil y solté una carcajada.

—¿Qué pasa? —Tracy estaba en la cocina con Diane, cogiendo más comida.

Yo seguía riéndome.

—Es este mensaje de Nate...

Tracy se plantó a mi lado y me arrebató el teléfono.

—¿Qué es esto? No lo entiendo.

—¿Qué dice? —preguntó Diane.

—«El polvo fue una mala opción» —leyó Tracy.

Solté otra carcajada.

—Es... —no podía parar de reírme—. Es de *El reportero*. La vimos este verano en la televisión, y nos pasábamos el día repitiendo frases de la película. Veréis, hacía un calor espantoso fuera...

Tracy y Diane estaban horrorizadas.

—Penny, ¿te has vuelto loca?

—¿Por qué? ¡Es una peli divertida!

—¿Es que no te das cuenta de lo que está haciendo?

Pues no. ¿Qué estaba haciendo?

Tracy pulsó la tecla «Borrar».

—Esta noche, me lo quedo —se guardó mi móvil en el bolsillo—. Venga, al sótano. A ver si estando con las demás te acuerdas de por qué hemos venido.

Seguí a Tracy escaleras abajo, si bien llevaba una sonrisa en los labios al acordarme de que, con Nate, me había reído hasta tal punto que se me saltaban las lágrimas. Lágrimas de las buenas.

Casi se me había olvidado que también hubo buenos momentos con Nate.

Seguí recibiendo mensajes por el móvil toda la semana. Y, aunque me molestara, tenía que admitir que empezaba a esperarlos con ilusión. Igual que antes esperaba con ilusión llegar a mi taquilla y hablar con Ryan.

Le dije a Tracy que los mensajes se habían acabado, porque de lo contrario me habría seguido exigiendo que le entregara el móvil. Total, unas cuantas frases graciosas no iban a hacerme olvidar la mala pasada que me había jugado.

Necesitaba reírme, nada más.

Regresé corriendo a mi taquilla para recoger mis cosas. Empezaban las vacaciones de Acción de Gracias. Consulté el teléfono y me eché a reír por la última

cita que había escrito Nate.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Casi no reconocí la voz.

Ryan. Me sonreía.

—Eh... —llevaba semanas sin hablar con él. Había estado esperando ese momento, pero ahora no sabía qué hacer—. Nada, acabo de recibir un mensaje divertido.

—Bueno, Bloom, me alegro de verte sonreír otra vez.

No supe cómo tomarme el comentario.

—Mmm —era estupendo volver a hablar con él. Ojalá se me hubiera ocurrido qué decir. Decidí ser sincera—. Me supongo que podría decirte lo mismo de ti.

Soltó una carcajada.

—Sí, tienes razón. Han sido unas semanas complicadas, ¿eh?

Me limité a asentir. ¿A qué se refería?

—Bueno —cerró su taquilla—. Que lo pases bien en Acción de Gracias. Nos vemos a la vuelta —me rozó el hombro con los dedos al marcharse. Se me cayó el alma a los pies.

Justo entonces me llegó otro mensaje de Nate, y lo borré sin mirarlo. Las citas graciosas estaban muy bien, pero no era eso lo que yo quería.

Me asustaba que aquel breve encuentro con Ryan hubiera significado tanto para mí.

Cerré los ojos. Di gracias por el club. Y por no salir con chicos.

Porque, sin lugar a dudas, Ryan Bauer no haría más que destrozarme el corazón.



Treinta

—Penny Lane, no irás a llevar puesto eso, ¿verdad? —me preguntó mamá cuando bajé a la cocina la mañana de Acción de Gracias.

Miré hacia abajo y contemplé mi conjunto: un bonito par de vaqueros y una camiseta de manga larga.

—Pues... sí. Es la ropa de fiesta habitual de los Bloom.

Mamá estaba ocupada limpiando la encimera de la cocina y se la veía más nerviosa que de costumbre.

—Ya lo sé, pero este año tenemos invitados.

—Ay, perdón, no me había dado cuenta de que la reina de Inglaterra iba a pasar a vernos.

—¡Penny Lane! —me regañó mamá. Se me había olvidado lo mucho que le estresaba invitar a gente a casa. Rita y yo habíamos hecho todo lo posible por echar una mano pelando patatas y picando verduras; los cortes en mi mano lo demostraban.

Papá entró con un periódico enrollado en la mano.

—Penny Lane, por favor, haz caso a tu madre y cámbiate, ¿quieres? Está un poco disgustada porque Lucy no viene a casa este fin de semana.

Era la primera vez que no nos reuníamos todos en esas fechas. Lucy iba a pasar Acción de Gracias con la familia de su prometido, en Boston.

Mamá se secó el sudor de la frente.

—Ya sé que estará con nosotros una semana entera, en Navidad; pero la vamos a dedicar a los preparativos de la boda...

Rita entró en la cocina vestida con vaqueros y camiseta.

—Chicas, ¡a cambiarse ahora mismo!

Mientras nos encaminábamos al piso de arriba, Rita preguntó:

—¿Me he perdido algo?

Negué con la cabeza. «Feliz día de Acción de Gracias, para mí». Rita se percató de que yo estaba hecha un manojo de nervios.

—Penny, todo saldrá bien —aseguró—. Tienes que ponerte al mando. No le consientas que se imponga sobre ti.

Los Taylor iban a llegar en menos de una hora, y aún no tenía ni idea de qué le iba a decir a Nate. Para ser sincera, ni siquiera sabía cómo me iba a sentir al verlo. ¿Furiosa? ¿Triste? Una cosa eran los correos electrónicos y los mensajes por móvil; pero ¿qué sentiría al mirarlo a los ojos? Aquello dejaría mucho al descubierto. Sólo esperaba ser capaz de mantenerme fuerte. Nate no iba a poder conmigo. Yo había pasado página.

Fui a mi habitación y encontré el top blanco atado al cuello que Diane me había prestado después de la fiesta de antiguos alumnos, cuando me dijo que tenía que resaltar lo que «la naturaleza me había dado». De modo que me lo puse con unos pantalones negros de raya diplomática y tacones negros. Me encaminé escaleras abajo pensando que mi aspecto había mejorado mucho..., tal vez demasiado para el gusto de mi padre.

—Oye, Penny Lane, ¿ese top es nuevo? —preguntó papá mientras examinaba mi conjunto con no poca inquietud.

—Tranquilo, Dave —replicó mamá—. Se ha desarrollado y está muy guapa.

Sonó el timbre, y respiré hondo varias veces. Rita me agarró de la mano y susurró:

—No le permitas ganar.

¿Ganar? ¿Qué había que ganar?

Al abrirse la puerta se produjo una explosión de actividad: mis padres abrazaron al señor y la señora Taylor y hubo un intercambio de saludos cordiales.

La señora Taylor se volvió hacia mí:

—Vaya, Penny, ¡mírate! —me estrechó entre sus brazos—. Cariño, estás preciosa —me soltó y, entonces, me giré.

Allí estaba. Con una expresión que no supe si era de timidez o de suficiencia.

—Hola, Penny.

Abrí la boca y traté de decir algo, lo que fuera. Pero era difícil. Pensé en lo que Diane me había dicho acerca de que Ryan había formado parte de su vida durante mucho tiempo. Ahí estaba Nate, delante de mí; Nate, a quien conocía de toda la vida. Pensé que, tal vez, mi último recuerdo de él apagaría los demás; pero no había sido así. Vernos el uno al otro siempre había sido una cuestión de rutina, y aunque invariablemente nos saludáramos con «Hola, Penny» y «Hola, Nate» como si no fuera gran cosa, por lo general lo decíamos como si compartiéramos un secreto. Y es que, en efecto, compartíamos un secreto. Ahora, mayor que nunca.

Odiaba tenerlo frente a mí. Odiaba que hubiera venido a mi casa. Porque odiaba lo que yo misma sentía. Por mucho que quisiera chillar y salir corriendo, apenas podía respirar. Al verlo, sentí la misma emoción de siempre.

Iba a ser más difícil de lo que había imaginado.

—Toma —Rita me plantó en los brazos los abrigos de los Taylor—. Penny los colgará.

Lancé a mi hermana una mirada agradecida mientras salía disparada hacia el armario. Pasé más tiempo del necesario colgando los abrigos. Durante todo el rato noté los ojos de Nate en la espalda. Y me gustaba.

—Bueno, ¿qué te apetece beber? —pregunté en el instante mismo en que hube colgado la última prenda en su percha.

—Ya me encargo yo, tesoro —papá empezó a preguntar qué quería beber cada cual.

—No, papá —protestó Rita—. Déjanos ayudar a Penny y a mí.

Me di la vuelta para dirigirme a la cocina cuando noté que me tiraban del brazo.

—Penny —dijo Nate mientras me abrazaba—. Te he echado mucho de menos.

—¡Qué tierno! —exclamó la madre de Nate—. No ha hecho otra cosa que hablar de las ganas que tenía de verte.

Me quedé parada, entre sus brazos.

—Vamos, Penny —Rita se acercó y Nate me soltó de inmediato—. Tenemos que ir a la cocina —se giró hacia Nate—. ¿Sabes? Ese sitio lleno de cuchillos afilados.

Mientras Nate daba un paso atrás, lo examiné por primera vez desde que me había destrozado el corazón. Y resultó extraño, porque no era igual que el recuerdo que guardaba de él. ¿Me había fijado antes en lo plana que tenía la cara? ¿Y en esos pequeños ojos pálidos, inexpresivos?

Empecé a respirar un poco mejor.

Me quedé en la cocina con Rita y con mamá, ayudando con los preparativos, mientras la señora Taylor nos freía a preguntas sobre el instituto. Por suerte, los varones estaban en el piso de abajo, viendo un partido de fútbol americano. Fue la primera vez que semejante costumbre machista no me molestó.

Entré en el comedor para llenar los vasos de agua y me di cuenta de que mamá me había colocado justo al lado de Nate, de modo que la conversación con él resultaría inevitable.

No había tiempo suficiente para cambiar las posiciones en la mesa, pues todo el mundo entraba ya para comer. Mientras cogía un plato, pensé que aquel año mamá se había pasado más que nunca con la comida. Apenas pude encajar todo en el plato en la primera vuelta, aunque me salté la salsa de arándanos, ya que temía mancharme el top. Y también prescindí del «pavo vegetariano», elaborado con soja y trigo. Mis padres no estaban dispuestos a permitir que la tradición se interpusiera en el camino de sus creencias, de modo que me había acostumbrado a darme un atracón a base de ensalada, puré de patata, arroz integral y boniatos.

Nate me seguía en la fila que formábamos junto a la encimera. Alargó el brazo para coger un bollo de pan, colocó su otra mano en la parte de mi espalda que quedaba al aire y frotó el pulgar arriba y abajo. Me quedé paralizada, incapaz de moverme.

—Te he echado de menos —musitó.

Por un momento, estuve a punto de decirle, también con un susurro: «Yo también te he echado de menos». Estaba acostumbrada a semejantes comentarios entre nosotros. En esta ocasión, me esforcé por rechazarlo. Me había pasado meses bloqueando el recuerdo de su tacto, de sus palabras. Sabía dónde acababa conduciendo aquello, invariablemente.

No fui capaz de mirarlo. Me limité a regresar a la mesa.

Después, mientras tomábamos asiento, Nate lanzó una prolongada mirada a mi pecho.

Y yo pensé: «Hasta aquí hemos llegado».

El señor Taylor se giró hacia mí.

—Bueno, Penny, ¿qué me dices de ese club del que tanto he oído hablar?

Estuve a punto de atragantarme con el puré de patata. ¿Cómo se había

enterado?

La señora Taylor intervino a continuación.

—Sí, tu madre nos envió un *link* al artículo del periódico del instituto —si mamá pensaba que la iba a ayudar con los platos, estaba muy equivocada—. Parece muy divertido. Ojalá yo hubiera tenido algo así a tu edad.

Eso significaba que Nate estaba al tanto del club. No me sentí con fuerzas para mirar cómo reaccionaba. En cambio, esboqué una sonrisa y, con tono alegre, respondí:

—Sí, ¡es divertidísimo!

Noté que la mano me empezaba a temblar. Miré a Rita, que me dedicaba una sonrisa de aliento.

—Es fantástico, en serio —Rita lanzó a Nate una mirada asesina—. Sobre todo porque no os podéis imaginar los cretinos redomados que han querido salir con Penny. Así le va mucho mejor.

El señor Taylor sonrió a la vez que asentía.

—Vaya, Penny, es fantástico.

La conversación derivó hacia la política. No pude resistirme a mirar a Nate. Se metía comida en la boca sin parar. Una pizca de pavo vegetariano se le quedó colgando de la barbilla.

¿Y ése era el chico con el que había soñado verano tras verano? ¿Ése era el chico que me había destrozado el corazón? ¿Él?

Una vez terminada la comida y limpia la vajilla, subí a mi habitación para llamar a Tracy. Antes de que pudiera marcar, Nate llamó a la puerta y pidió permiso para entrar.

La idea de estar a solas con él me revolvió el estómago, si bien me figuré que no podía seguir ignorándolo por más tiempo.

Se sentó en una esquina de la cama.

—Ven aquí —me dijo dando palmadas a su lado, en el colchón.

—No, gracias —permanecí junto al escritorio.

Nate se levantó.

—Venga ya, Penny. Te hablaba en serio en mis *e-mails*. No puedes seguir furiosa conmigo, imposible —se acercó y me puso las manos en los hombros.

Tiempo atrás, todo lo que yo deseaba era notar su tacto. Tiempo atrás, habría dado mi vida por momentos así: los dos juntos, a solas; los dos compartiendo un secreto. Tiempo atrás, mi lista no escrita de novios tenía un único nombre. Tiempo atrás, mi amor por él le hacía hermoso, sin importar cómo actuara, sin importar lo que hiciera.

—Dime qué quieres que haga para mejorar las cosas —susurró, mientras se inclinaba y me frotaba los hombros.

—Para empezar —respondí—, puedes quitarme las manos de encima.

Siguió sin inmutarse.

—Pues antes te gustaba.

Me puse de pie y lo aparté de un empujón.

—Sí, antes me gustaban un montón de chorradas.

Se mostró genuinamente dolido.

—Penny, no hables así. Sé que las cosas entre nosotros no acabaron bien; pero tampoco fue para tanto.

—Tienes que estar de broma, ¡seguro! —no me molesté en controlar el tono de voz.

Escuché sonoros pasos en las escaleras, y a los pocos segundos Rita había entrado en la habitación.

—Hazme un favor, capullo. Apártate de mi hermana.

Me giré hacia Rita.

—Rita, cierra la puerta —puso la mano en el picaporte—. No, en serio, vete — Rita cerró la puerta tras ella.

Nate puso una expresión de triunfo.

—Bueno, esto me gusta más —atravesó la habitación, pero yo alargué la mano.

—Alto.

—¿Por qué te pasas la vida provocando? —me guiñó un ojo.

Noté que la cara se me encendía. Me esforcé todo lo posible por no propinarle un puñetazo.

—¿Cómo puedes quedarte ahí parado y pensar que después de todo lo que me hiciste te iba a perdonar así, por las buenas? Unos cuantos *e-mails* y esos mensajes chistosos por el móvil no van a variar las cosas.

Entonces, algo cambió en su actitud. Se sumió en una tranquilidad extraña, como si la respuesta fuera la más obvia del mundo, al menos para él.

—Pensé que me perdonarías porque te quiero —respondió.

¡Y se lo creía! Era un farsante, un tramposo, un embustero, un ser despreciable. Pero en ese momento, no había farsa alguna, ni trampas, ni embustes, ni nada despreciable. Nate se lo creía de verdad, aunque tan sólo fuera por un segundo; necesitaba de veras que fuera verdad.

—Nate —le dije—, no te permito que hagas eso. No te permito que digas eso. Me mentiste.

Noté el sabor de la bilis en la garganta.

—Nate, me mentiste.

—Sólo te dije lo que querías oír —replicó, recuperando su actitud defensiva.

—¿Y no se te ocurrió que, a lo mejor, quería oír la verdad?

Me di cuenta perfectamente de lo que estaba ocurriendo. En el minuto mismo en que le desafié, el «te quiero» desapareció.

—Ya lo sabes, Pen. No, no se me ocurrió; porque tú no querías oír la verdad. Desde que éramos niños te has montado un absurdo cuento de hadas sobre nosotros. De modo que sí, hice lo que pensé que tú querías.

—Me utilizaste.

Nate alzó las manos al aire.

—¡Pues no llegué muy lejos, la verdad!

El cuerpo me empezó a temblar.

—Llegaste lo bastante lejos.

—Lo que tú digas. Pero, al menos, hay algo que tienes que agradecerme.

—¿Qué? —tenía que haber oído mal, estaba convencida.

Una sonrisa le cruzó el semblante.

—El Club de los Corazones Solitarios. Es evidente que lo fundaste por mi causa.

La boca se me abrió hasta tal punto que, prácticamente, chocó contra el suelo. Nate pensaba que tenía que darle las gracias, ¡nada menos!

—Ah, venga ya. Tenías que sobreponerte a mí, así que fundaste el club. Para ser sincero, me halaga bastante, muñeca.

Me quedé mirándolo en estado de *shock*.

Traté de recordar lo que Rita había dicho acerca de actuar como una persona adulta. Podía decirle tranquilamente que estaba equivocado, o bien montarle un espectáculo. Podía ser más madura que él, o bien portarme como una chica corriente de dieciséis años.

Como si hubiera elección.

—Para empezar, vuelve a llamarme «muñeca» y no habrá equipo médico en la faz de la tierra que sea capaz de averiguar que una vez fuiste chico.

Al fin y al cabo, sólo era una chica de dieciséis años.

La sonrisa se le borró de la cara de un plumazo.

—Hablo en serio —continuó—. No entiendo qué pude ver en ti. Eres un egoísta de primera. Encima, no eres ni la mitad de guapo de lo que te piensas, y a la hora de una conversación aportas tanto como un saco de patatas. Soy de las que piensan que la gente aprende de sus errores, y déjame que te diga una cosa: tú, Nate, fuiste un error *garrafal*.

»No sólo estoy decidida a no volver a cometer un error así en toda mi vida, sino que nunca más tendré que soportar tu presencia. No vas a volver a pasar ningún otro verano con mi familia, ¿entendido?

—No puedes obligarme a nada —se cruzó de brazos.

—¿Ah, no? Vale, perfecto —lo agarré del brazo—. Vayamos abajo a contarle a mi madre, punto por punto, todo lo que ocurrió el verano pasado; insisto, *todo*.

Nate se detuvo en seco.

—Venga ya, Nate. Según tú, no has hecho nada malo. Entonces, ¿dónde está el problema? Creo que a mi madre le encantará escuchar lo que me hiciste, sobre todo porque estabas haciendo muchas más cosas con muchas otras chicas, a la vez. Dios mío, me encantaría estar presente cuando mi madre se lo cuente a la tuya. Es verdad, mamá se va a llevar un chasco por lo mal que elijo a los chicos, y por que su hija haya cedido ante un cerdo como tú; pero, por alguna razón, creo que te dedicará unas cuantas..., en fin, palabras.

Nate se separó de un tirón.

—Penny, basta ya.

—¿Basta ya? No tendrás miedo de mi madre, ¿verdad?

No daba crédito a haber sido capaz de decir todo aquello sin echarme a reír.

—¿Sabes qué? —proseguí—. Este verano saqué algo en claro. Me merezco a alguien mucho mejor que tú. Siempre ha sido así. De modo que, en efecto, debería darte las gracias por ser un completo idiota, ya que me has hecho abrir los ojos y ver lo que me merezco. Al final, las personas que más me importan son mis amigas, y no la gente como tú. No significas absolutamente nada para mí. Y tienes razón: en cierta manera, tu forma de actuar provocó la creación del club, que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero no te debo nada, que lo sepas.

Me di la vuelta para abandonar la habitación, aunque me lo pensé mejor.

—Y para colmo, Nate, besas como un perro baboso, te huele el aliento y no serías capaz de hacer sentir a una chica como es debido por mucho que tuvieras un manual de instrucciones. Feliz día de Acción de Gracias, capullo.

«De acuerdo, a partir de este momento voy a ser una persona más madura».



Treinta y uno

—¡No, imposible! —gritó Tracy al teléfono una vez que le conté la historia al detalle.

—¿Te lo puedes creer? Quizá, al final, me pasara un poco de la raya; pero no sabes el peso tan grande que me he quitado de encima.

Estaba tumbada en la cama, en pijama, y la cabeza me daba vueltas. Los Taylor se habían marchado y Rita me había traído un enorme trozo de pastel de calabaza antes de salir a dar una vuelta. La vida era maravillosa.

—En serio, el sábado que viene quiero que hagas una representación completa para las socias del club. Me encantará interpretar el papel de Nate. Gruñiré sin parar y me inflaré de comida. ¡Alucinante! ¿Quién más lo sabe?

—Sólo tú y Rita. ¡Me considera una diosa!

—Tienes que llamar a las del club. Se mueren por saber qué ha pasado.

—Lo haré. Ay, no me puedo creer que haya sido tan bueno volver a verlo; no sé en qué estaba pensando. ¡Ha cambiado tanto!

—Penny, no ha sido Nate quien ha cambiado, sino tú. Nunca me ha caído bien, ya lo sabes. Siempre te he dicho que te merecías a alguien mejor, pero no me hacías caso, y ahora te has dado cuenta de la verdad. Agradable, ¿eh?

«Muy agradable, sí».

Caí en la cama, exhausta, después de llamar a Diane, Jen, Amy y Morgan.

Lo había conseguido. Me había enfrentado a Nate.

Me acerqué al escritorio, cogí mi viejo diario y fui a la última entrada. Aquella que tantas veces me había destrozado el corazón, tiempo atrás. Pasé el dedo por las marcas del bolígrafo. Cuánto dolor había en aquellas palabras. Pero, en ese momento, supe que todo saldría bien.

Agarré un bolígrafo y me puse a escribir en el apartado de *Yesterday*. No con la intención de reescribir la historia, sino para recordarme a mí misma que era capaz de superar el mal de amores, en caso de que me volviera a suceder.

... *I'll be back again.*

Sí, regresaría. Podía arriesgar mi corazón y, luego, recuperarme. Además, lo que me hiciera sufrir, al final, me haría más fuerte.

Sí, me merecía lo que más deseaba: alguien que me valorara, alguien en quien pudiera confiar, alguien que me apreciara por mí misma.

Al pensar en Ryan, se me cayó el alma a los pies.



Treinta y dos

—Vamos a ver, Penny Lane, éste es nuestro pequeño secreto. Hagamos un juramento —papá alargó su dedo meñique y lo trabó con el mío—. Tu madre me mataría si se enterase de lo que hemos hecho con las sobras.

Papá y yo estábamos comiendo solos el sábado, y ninguno de los dos había podido soportar la visión de los restos del pavo vegetariano..., de modo que lo arrojamos al triturador de basuras. Mamá no se iba a tragar el cuento de que yo había contribuido a acabarlo.

—Bueno, ¿qué plan tenéis las del club esta noche? —preguntó papá.

—Vamos a ir a ver una película para que no tengáis que preocuparos por un tropel de chicas pegando chillidos por la casa.

Papá sonrió.

—Bueno, es un alivio. ¿Hoy no habrá karaoke, entonces?

Uf, ése era precisamente el propósito de ir a ver una película: tratar de distraer a Jen del karaoke del fin de semana siguiente. Estaba superagobiada. Yo le había prometido cantar un solo y, encima, también había accedido a dirigir al club en una interpretación de *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*.

Sonó el teléfono y papá se acercó y contestó.

—Ah, hola, Ryan.

«No puede ser...».

Me quedé observando y vi que mi padre fruncía la frente.

—No, no; has hecho bien. Estaré en la clínica en cinco minutos. Allí nos vemos.

Urgencia médica.

—¿Va todo bien?

—En realidad no. Era Ryan Bauer. Su hermana se ha caído y se ha golpeado la boca contra una mesa. Está sangrando. Tengo que irme a la clínica —agarró su chaquetón—. De hecho, Penny Lane, ¿te importa acompañarme? Puede que necesite otro par de manos.

—Eh...

—Además —añadió—, Ryan está un poco alterado. Le vendría bien la compañía de una amiga.

Antes de que pudiera protestar, papá me lanzó mi cazadora y salió por la puerta principal.

Cuando aparcamos el coche, Ryan nos estaba esperando. Sujetaba en brazos a su hermanastra de ocho años, Katie, cuya larga melena oscura le tapaba la cara. Papá

corrió hacia él y acarició la cabeza de la niña.

—Cariño —le dijo a la pequeña—, todo irá bien —me entregó las llaves—. Penny Lane, abre la clínica, enciende las luces de mi consulta, pon en marcha los aparatos y saca instrumental limpio —Ryan me miró, cayendo entonces en la cuenta de que había acompañado a mi padre, y vi en sus ojos un destello de pánico.

Presa de los nervios, cogí las llaves y corrí a la puerta. Encendí las luces del techo y luego me apresuré a la sala de consulta principal. Como movida por un piloto automático, encendí los aparatos, saqué instrumental limpio y lo coloqué sobre la encimera.

Los sollozos de Katie iban en aumento mientras papá y Ryan se acercaban.

—Estaba en el piso de arriba, preparando la comida, y oí un estrépito. Me imagino que estaría pegando saltos y... se cayó —explicaba Ryan a mi padre.

Sentó a la niña en el sillón y papá, suavemente, apartó la toalla que le cubría la cara. No se veía más que sangre.

—¡Oh, no! —exclamó Ryan. Se tapó el rostro con las manos y empezó a recorrer la estancia de un lado a otro.

—Todo saldrá bien —aseguró mi padre. No sabía si se dirigía a Katie o a Ryan.

Me fui corriendo al despacho de la clínica, agarré a *Abbey*, la morsa de peluche, y regresé corriendo. Papá estaba examinando a Katie, que lloraba incluso con más fuerza.

—Toma, preciosa —me acerqué y le entregué el peluche con el que yo solía jugar a su edad. Katie, vacilante, cogió la morsa y, acto seguido, la apretó contra sí como si le fuera la vida en ello.

—Bueno, algunas piezas están un poco sueltas; pero lo solucionaremos. Voy a limpiar la herida y luego me encargaré de estabilizar los dientes —papá miró a Ryan, quien parecía a punto de desmayarse—. Penny Lane, ¿y si te llevas a Ryan al vestíbulo? —prosiguió mi padre, entre las protestas de Ryan—. Creo que es mejor que esperes allí —le dijo—. Ya has hecho todo lo que podías hacer.

Me encaminé hacia la puerta y Ryan me siguió. Sin pararme a pensarlo, le puse una mano en el hombro.

Se dejó caer en el sofá de la zona de recepción y se cubrió la cara con las manos.

—Mi madre me va a matar.

Me senté a su lado y lo rodeé con el brazo.

—Ryan, no has hecho nada malo.

—Ha sangrado mucho —protestó.

—Eso es porque la sangre se mezcla con la saliva y parece peor de lo que es en realidad —le aseguré.

De pronto, levantó la cabeza.

—¿Por qué has venido? —no habría sabido decir si estaba molesto o, acaso, avergonzado.

—Mi padre..., eh, pensó que podría necesitar ayuda... y que a ti te vendría bien una amiga —lo cogí de la mano y se la apreté.

Sonó el móvil de Ryan, y éste dio un respingo.

—Hola, mamá..., no, localicé al doctor Bloom... Sí..., vale..., de acuerdo..., lo haré... Hasta luego.

—Tienes que convencerte de que no es culpa tuya —insistí una vez que hubo colgado. Ryan se limitó a clavar la mirada al frente—. Verás, cuando yo tenía dos años, se suponía que Lucy me estaba cuidando. Ella sólo tenía diez años en aquel entonces, así que fue un poco irresponsable por parte de mis padres. El caso es que me dejó en lo alto de la litera de su habitación y, bueno, al minuto siguiente, me caí de la litera y me estrellé contra el suelo. ¿Y sabes qué? Salí casi normal —golpeé mi rodilla contra la suya—. O puede que no...

Ryan sonrió.

—Sé que se pondrá bien; pero, por el tono de mi madre, da la impresión de que la he decepcionado. Además, Cole protege tanto a Katie... Demasiado, creo yo. No sé... ¿tienes idea de lo agotador que resulta ser yo mismo, a veces?

Me quedé mirándolo, sin dar crédito.

—Ryan —repliqué—, nadie espera de ti que seas perfecto.

—Muy bien; pues díselo al entrenador, y a mis padres.

Nunca me había parado a pensarlo. Siempre había dado por sentado que Ryan, efectivamente, era perfecto.

—Yo tengo la culpa —prosiguió—. Me mato para estar a la altura de las expectativas de los demás. Por una vez siquiera me gustaría saltarme una clase, beber en una fiesta, no decir en cada momento lo que debo. Ya oigo a mis padres: «Deberías haber estado vigilandola, Ryan». «¿En qué estabas pensando, Ryan?». «Qué irresponsable, Ryan». «Estamos decepcionados, Ryan». Eso es lo peor. Cuando dicen que los decepciono, como si no tuviera derecho a meter la pata de vez en cuando. Me alegro de que mi padre no tenga que enterarse de esto.

Era la primera vez que Ryan mencionaba a su padre desde que éste no se había presentado en el partido de principios de curso.

—Si tengo que volver a escucharle decir una vez más que un sobresaliente bajo no es más que un notable alto, y que ninguna universidad pasable me va a admitir a menos que sólo saque sobresalientes en condiciones... Como si yo quisiera seguir su ejemplo y ser un gilipollas que sólo piensa en sí mismo.

Me quedé boquiabierta.

Ryan puso cara de horror.

—Lo siento... No debería... No quería decir...

—Tranquilo —le froté el brazo—. Estás nervioso por lo de Katie, nada más. Es que... últimamente se están acumulando muchas cosas.

Se giró hacia mí, con aspecto agotado.

—Sé que piensas que mi reacción está siendo exagerada, pero me paso tanto tiempo esforzándome para no decepcionar a la gente... Y qué pasa con lo que yo quiero, ¿eh?

—¿Y qué es lo que quieres? —pregunté.

—¿Importa, acaso? —replicó mientras apoyaba la cabeza contra la pared.

—Claro que sí, siempre que sea importante para ti.

—Bueno, no puedo conseguir lo que quiero, así que no tiene sentido.

Ryan mostraba un aspecto muy diferente de sí mismo; se le notaba vulnerable. Hizo que me gustara todavía más. Alargué el brazo y lo volví a coger de la mano.

—Ryan, eres una persona increíble, y te mereces todo lo que quieras.

Bajó la mirada a mi mano, agarrada a la suya.

—No soy estúpido, así que estoy dispuesto a conformarme.

Me desconcertó. No tenía ni idea de qué estaba hablando. Alargó su mano libre y la colocó debajo de mi barbilla, rodeándola.

—Sé que las cosas han estado un tanto raras entre nosotros, pero ¿podemos regresar a la normalidad, por favor?

No sabía yo si sería posible. ¿Qué era normal, a aquellas alturas?

Asentí.

—Lamento mucho todo lo que ha pasado, de verdad. Rosanna...

—Lo sé —interrumpió mientras me soltaba la barbilla y separaba la otra mano de la mía. Tuve el impulso de volver a cogerla, pero resistí.

—En fin —le di una palmada en la rodilla—. Lo tuyo es increíble. Vienes aquí con tu hermana y terminas consolándome a *mí*.

—Sí, ya sabes, don Perfecto se encarga de todo...

Me eché a reír.

—No presumas tanto. Acuérdate de que te oí cantar en el concierto y tú, chaval, tienes un pequeño problema con la modulación. Te aseguro que no eres perfecto, ni de lejos.

Negó con la cabeza y seguimos sentados, en silencio. Empecé a tararear al ritmo del hilo musical que sonaba de fondo.

—Ay, Dios mío —dije.

Ryan levantó la vista.

—¿Qué pasa?

Sacudí la cabeza.

—Nada, es sólo que... —me acerqué al escritorio y subí el volumen—. Parece apropiada, ¿no crees? —me puse a cantar la canción que sonaba: *Help!*, «¡Ayuda!», de los Beatles.

Won't you please, please help me.

—¿Apropiada? No tienes ni idea de hasta qué punto —exhaló lo que pareció ser un suspiro de alivio.

Papá salió unos minutos más tarde, con Katie de la mano. La boca de la niña se veía mucho mejor, quitando la gasa que mi padre le había colocado para detener la hemorragia. Ryan se levantó de un salto, se hincó de rodillas y abrazó a su hermana.

—Muchísimas gracias, doctor Bloom. Siento haberlo llamado a casa. No sabía qué hacer...

Papá estrechó la mano de Ryan.

—Tranquilo. Hiciste lo adecuado.

Katie se acercó a mí y extendió la morsa de peluche en sus pequeños brazos. Me agaché.

—¿Sabes? Creo que vas a necesitar a *Abbey* más que yo —el rostro de la niña se iluminó. Salió corriendo hacia Ryan y lo abrazó por la pierna.

—Bueno —dijo él—. Tenemos que irnos. Gracias de nuevo, doctor Bloom —se acercó a mí y me dijo—: Gracias, Penny —acto seguido, me dio un abrazo. Luego, se inclinó y me besó en la mejilla.

Vi la expresión de sorpresa en la cara de mi padre. Mientras salíamos por la puerta principal, se quedó mirándome.

—Así que... Ryan. Estupendo chico, ¿verdad?

«No tienes ni idea», pensé.

WITH A LITTLE HELP FROM MY FRIENDS

“I get by with a little help from my friends...”



Treinta y tres

Por lo general, después de unos días de vacaciones, me horrorizaba volver al instituto. Pero estaba deseando ver a Ryan, averiguar si las cosas de verdad iban bien entre nosotros.

Enseguida regresamos a la normalidad, y yo prácticamente salía corriendo hacia mi taquilla después de cada clase. Empecé a esperar, ilusionada, nuestra sesión de bromas entre clase y clase, en lugar de temerla. Por lo general, le explicaba en qué sentidos no era perfecto, y él hacía comentarios sobre la lamentable estructura de mi cráneo tras el traumatismo causado por la caída de la litera.

—Ahora que lo pienso, nunca te veo con sombrero. Será por, ya sabes, el *accidente* —me dio un tirón de la bufanda mientras me abotonaba mi abrigo de lana.

—Un momento, déjame pensar. Nunca te he visto tocar un instrumento musical. ¿Será porque eres un absoluto inepto en todo lo relacionado con la música?

Empecé a enrollarme la bufanda alrededor del cuello de manera que le golpeaba en la cabeza cada vez que daba una vuelta.

—Ay, perdona...

—¡Penny! —oí que alguien gritaba desde el otro lado del pasillo. Vi que Jen corría hacia mí, seguida a corta distancia por Tracy.

No parecía nada bueno.

Tracy desveló la noticia.

—El director Braddock le acaba de decir que no podemos celebrar la fiesta de karaoke en el gimnasio.

—¡Cómo! —exclamé—. ¡Pero si quedan cuatro días!

Jen respiró hondo.

—Ha dicho que, a su entender, se ha convertido en un acontecimiento del Club de los Corazones Solitarios, y que no puede celebrarse en el recinto del instituto.

—¡No tiene sentido! —protesté—. Estamos recolectando dinero para el equipo de baloncesto. Te estamos ayudando porque eres nuestra amiga. Hemos invitado a todo el mundo.

Jen enterró la cabeza entre las manos.

—No sé qué vamos a hacer. Hemos trabajado tanto...

Tracy se sentó y rodeó con el brazo el tembloroso cuerpo de Jen.

—No pasa nada, sólo tendremos que posponerlo hasta que...

—¡Y una porra! —proclamé. Tracy y Jen se quedaron mirándome, conmocionadas—. Vamos a celebrar esa fiesta y a recaudar tanto maldito dinero que el equipo de baloncesto va a tener las mejores equipaciones de la historia del McKinley.

Tracy me miró como si me hubiera vuelto loca.

—Pero, Pen, no nos dejan utilizar el instituto.

—Entonces, encontraremos otro sitio. Estoy harta de tanto melodrama. En serio, ¿a qué viene tener un club si no somos capaces de encontrar la forma de superar estos pequeños obstáculos?

—Pero ya hemos repartido los folletos... —argumentó Jen.

—Pues haremos otros nuevos. Y a Braddock, que le den. Le demostraremos hasta qué punto estamos al mando —llegado ese momento, yo misma estaba asombrada de mi reacción—. Vamos a mi casa. Tenemos que hacer unas cuantas llamadas.

En menos de una hora, las treinta socias del Club de los Corazones Solitarios estábamos en mi casa, dispuestas a pasar a la acción. Mis padres habían pedido pizzas para todas mientras analizábamos nuestras opciones.

—Sigo diciendo que los padres tendríamos que unirnos y hablar con Braddock —insistió papá mientras abría una caja de pizza y cogía otra porción.

Negué con la cabeza.

—No, tenemos que hacer esto solas, y demostrarle de lo que somos capaces. Podemos enfrentarnos a cualquier impedimento que nos ponga por delante.

Papá asintió mientras masticaba y paseaba la mirada por la estancia, a todas luces encantado de formar parte de aquel ambiente de emoción.

—De acuerdo, éste es el trato —dijo Eileen Vodak entrando en el sótano—: Mi tío nos dejará gratis la zona para eventos del Bowlarama; pero como es un sábado por la noche y tendrá que rechazar a los clientes de pago, nos pide que no llevemos comida, sino que compremos refrescos y aperitivos. O bien, si le damos cinco dólares por persona, nos servirán refrescos, patatas fritas y cosas así.

—Pero eso reducirá los beneficios —repuso Jen mientras, nerviosa, se sentaba en el suelo.

—¿Cuánta gente esperáis, exactamente? —preguntó papá.

Jen picoteó su porción aún intacta de *pepperoni*.

—No tengo ni idea. ¿Cincuenta, quizá?

—Entre las socias del club y el equipo de baloncesto ya somos casi cincuenta —nos recordó Diane.

—¡Sí! Tienes razón. Me imagino que cien, o ciento cincuenta —Jen empezó a anotar cifras en su cuaderno.

Papá miró por encima del hombro de Jen y se fijó en lo que ésta anotaba.

—Ahora que lo pienso. Me parece que, este curso, la clínica dental Bloom todavía no ha hecho su donación al equipo. A ver qué os parece: vosotras sacáis esto adelante y yo pago los aperitivos.

Jen miró a mi padre con sus grandes ojos azules y, por primera vez en toda la noche, sonrió.

—Muchas gracias, doctor Bloom —se levantó y le dio un abrazo—. Voy a

empezar a usar seda dental a diario, ¡se lo prometo!

Papá se echó a reír.

—Me parece genial.

Creo que eso le alegraría más que sacar a flote al equipo de baloncesto.

—Muy bien —Jen, nerviosa, se mordió el labio—. Me imagino que lo único que nos queda por hacer es comunicar a todo el mundo el cambio de local. Tenemos los folletos..., supongo que será suficiente —no parecía convencida.

—Deberíamos hacer un anuncio por megafonía —indicó Tracy, dibujando un micrófono en una hoja de cartulina—. Pero, claro, Braddock nunca lo permitiría. Ojalá encontrara la manera de colarme en su despacho y anunciarlo.

—No puedes —repuso Diane.

—Ya lo sé. Estaba de broma —respondió Tracy.

Diane se levantó.

—No, me refiero a que tú no puedes, pero *yo sí*.

Presa de los nervios, miré el reloj antes de Tutoría y respiré hondo con objeto de tranquilizarme. Confié en que Diane consiguiera sacar adelante el plan, y que no la expulsaran por ello.

Diane era la presidenta del Consejo de Alumnos, por lo que se encargaba de hacer los anuncios los viernes por la mañana.

Por lo general, se limitaba a resumir las novedades que las diferentes asociaciones habían presentado a lo largo de la semana, y dejaba que otros miembros del consejo las leyeran por megafonía.

Esta vez no fue así.

Hilary Jacobs y yo intercambiamos una mirada cuando sonó el timbre y la gente empezó a tomar asiento.

Nos habíamos pasado la semana entera repartiendo los folletos nuevos en el aparcamiento del instituto. Tuvimos que organizar diferentes turnos para asegurarnos de que no nos descubrirían. Una de nosotras se colocaba a las puertas de Secretaría, teléfono móvil en mano, mientras otras dos vigilaban la salida más cercana al aparcamiento. Al resto de las socias se les asignaba una fila de coches para repartir los folletos. Otro grupo llegaba más tarde para asegurarse de que nadie hubiera tirado los folletos al suelo, de forma que no hubiera pruebas.

Por lo que yo sabía, el director Braddock no tenía ni idea de que el karaoke para recaudar fondos seguía en pie. Me moría de ganas de verle la cara cuando Jen le entregara el dinero, el lunes.

Sonó el zumbido del interfono.

—Buenos días a todos, y feliz viernes —dijo Diane—. A continuación, los anuncios para los próximos siete días. La campaña anual de venta de flores del Key Club comienza la semana que viene. Los claveles son a un dólar, y podéis conseguir...

Apenas me podía concentrar en los anuncios; estaba demasiado nerviosa por

Diane. Recé para que el director Braddock no estuviera excesivamente cerca y que nuestra amiga pudiera tener tiempo para cumplir su objetivo.

—Y, por último, tened en cuenta que el karaoke organizado por el equipo femenino de baloncesto para recaudar fondos, el sábado a las siete, no se va a celebrar en el gimnasio, sino en el Bowlarama de Cook Street —se escuchó un sonido de fondo, pero el tono de Diane permanecía inalterable—. La entrada cuesta cinco dólares, e incluye bebidas y aperitivos. Esperamos veros a todos el sábado por la noche en el Bowl...

La megafonía se apagó.

—Diane, eres mi heroína —comentó Jen mientras nos dirigíamos al Bowlarama. Esbozaba una amplia sonrisa mientras comprábamos las entradas—. ¡Mira cuánta gente ha venido! Tengo que consultar la hoja de registro de canciones. Y acordaos, chicas, aún no os habéis librado.

No quería que me lo recordaran.

Diane le dedicó una sonrisa a la vez que entregaba el dinero para la entrada.

—Bueno, el equipo me debe una, nada más. Cualquiera habría hecho lo mismo.

No sé cuánta gente se habría tomado con tanta calma que le prohibieran jugar en el partido de baloncesto del martes y, además, le revocaran la tarea de anunciar por megafonía; pero Diane estaba exultante.

Nos dirigimos a la sala del fondo, que estaba abarrotada. Debía de haber unas ciento cincuenta personas, por lo menos. En la estancia reinaba la penumbra, y unas luces blancas colgaban del techo. Para ser una bolera, no estaba nada mal.

Vi el escenario al frente, iluminado por un enorme foco y con una pantalla para mostrar las letras de las canciones. Mientras nos encaminábamos hacia allí, Jen se acercó a toda prisa.

—¡Es un completo desastre!

—¡Todo está genial! Y mira cuánta gente ha venido. ¿Cómo puedes decir que algo va mal? —pregunté.

—Erin está enferma. Tiene la voz hecha polvo.

¡Vaya! Jen realmente necesitaba tranquilizarse. Con toda la tragedia de las últimas semanas, el hecho de que una persona estuviera enferma no me parecía un desastre, la verdad.

—Jen, hay un montón de gente que sabe cantar, no te preocupes.

—Pero ¿quién saldrá en primer lugar? Todos los que se han apuntado se niegan a salir primero. Penny, tienes que ayudarme.

—En serio, Jen, mi ayuda no te conviene. Si empiezo yo, la sala se vaciará al momento.

—Por favor, Penny. Todo el mundo te admira. Si empiezas tú, seguro que el resto del club se animará.

De acuerdo, me había equivocado: en efecto, era un desastre.

—Muy bien.

—Gracias, muchas gracias. Te debo una, en serio.

Desde luego que me la debía. No iba a olvidarme de aquello tan fácilmente.

Me acerqué a las cinco mesas de la primera fila, ocupadas por las socias del club.

—Vale, chicas, seré la primera. ¿Quién quiere salir conmigo?

Se hizo el silencio más absoluto. Por primera vez desde que empezara el Club de los Corazones Solitarios, nadie me miró a los ojos.

—En serio, chicas, si subimos juntas, en grupo, no será tan malo —«por favor, ay, por favor, alguna tiene que subir al escenario conmigo»—. ¿Alguien se anima?

Tracy jugueteaba con su bolsa de patatas fritas, negándose a mirarme a la cara.

«*Et tu, Tracy?*».

Aquello era absurdo. Sólo se trataba de cantar una canción.

Jen miraba a su alrededor con inquietud. Si no me lanzaba a la acción, le iba a dar un ataque.

—De acuerdo, Jen, acabemos de una vez. ¿Qué canción voy a cantar?

Una expresión de alivio se le extendió por el rostro.

—La que tú quieras. Acuérdate, ¡tengo canciones de los Beatles!

Aunque los Beatles me encantaban, la idea de cantar uno de sus temas delante de todo el mundo me hacía sentirme un poco tonta. Como Ryan ya sabía, sólo existían cuatro personas capaces de hacer justicia a aquellas canciones, y yo no era precisamente una de ellas.

Atacada por los nervios, me puse a hojear la carpeta; nada me llamaba la atención. Necesitaba algo que no fuera difícil de cantar y a lo que se quisieran unir los espectadores. Nada me convencía, así que no tuve más remedio que acudir a la reserva de siempre. Me dirigí a la sección «B» y empecé a repasar las canciones de los Beatles; entonces, la encontré.

«Perfecto».

Es verdad, yo no era Paul, ni John, ni George; pero tal vez, sólo tal vez, podía ser Ringo.

A regañadientes, subí al escenario. Cuando las socias del club empezaron a ovacionarme, les lancé una mirada asesina. «Traidoras». Las manos me temblaban mientras examinaba al gentío; daba la impresión de que había acudido el instituto en pleno. Al fondo, vi que Ryan me aplaudía. Empecé a sonreír hasta que me di cuenta de a quién tenía a su lado: Missy. ¿Cómo podía estar cerca de ella después de todo lo que había pasado?

Y, más importante aún, ¿qué diablos hacía yo subida al escenario?

Jen agarró el micrófono.

—Muchas gracias por venir a esta fiesta para recaudar fondos para el equipo. Los beneficios del karaoke de esta noche se destinarán a pagar los uniformes nuevos. Así que no seáis tímidos: animaos y pedid vuestras canciones. Y ahora, inaugurando las festividades de la velada, tenemos, nada más y nada menos, ¡a la mismísima Penny Lane Bloom!

Escuché una oleada de aplausos, pero clavé la mirada en la pantalla tratando de

controlar la respiración. No necesitaba la letra de la canción, pero no soportaba mirar al público. Apenas había introducción, y antes de que pudiera darme cuenta estaba cantando la primera estrofa, en la que preguntaba a la gente qué haría si yo desafinaba: ¿se levantaría y me dejaría sola?

Hasta el momento, no.

Claro que, si seguía cantando, seguramente ocurriría. Aunque, en el fondo, no tenía por qué ser tan malo.

Cerré los ojos y empecé a balancearme de un lado a otro mientras interpretaba la canción. Miré a la primera fila. «Ayudadme, por favor». No sólo les pedía ayuda, sino que lo hacía cantando. El público rompió a aplaudir.

Me dirigí con paso firme a donde Tracy y Diane estaban sentadas, ovacionándome. Las señalé mientras continuaba cantando sobre irse defendiendo con la ayuda de los amigos. Les hice señas para que subieran conmigo al escenario.

Diane entendió el gesto, se levantó y arrastró a Tracy. Morgan y Amy las siguieron, e incluso Erin se sumó (antes muerta que renunciar a la luz de los focos).

Nos congregamos alrededor del micrófono mientras las demás socias del club se ponían de pie y empezaban a aplaudir al ritmo de la canción. Agarré el otro micrófono y caminé entre el público. Me puse a bailar con las demás chicas. Todas se fueron turnando para cantar.

Y sí, en cierto modo, me fui defendiendo con la ayuda de mis amigas.

La canción terminó y un estruendo estalló entre la multitud. Me reuní con mi grupo en el escenario y entrechocamos las palmas. Jen pegaba botes mientras se iba formando una cola para solicitar canciones.

Escuchamos de todo, desde chicas que cantaban temas de bandas de pop masculinas, al equipo de fútbol americano, que interpretó una desafinada versión de *We Are the Champions*. Hasta Morgan y Tyson cantaron un dueto de lo más emotivo. Las socias del club no paraban de pedir canciones. Y, lo mejor de todo: Jen estaba recaudando montones de dinero.

Morgan, Eileen, Meg y Kara se pusieron a cantar *We Are Family*, y nos levantamos otra vez.

Me senté al lado de Tracy y le robé una patata de la bolsa.

—Ay, Dios mío, Penny —dijo.

—Tranquila, Tracy, sólo es una patata frita.

Señaló el escenario. Vi a Ryan, solo. Me eché a reír. ¿Es que trataba de demostrar a todo el instituto lo imperfecto que era en realidad? Bajó la mirada hacia mí y me guiñó un ojo.

—¿A qué viene tanto jaleo? —pregunté.

Tracy me miró con los ojos como platos.

—¿Has visto la canción que ha elegido?

Empezó la música y el corazón me dejó de latir.

Reconocí la canción al instante.

¿Cómo no iba a reconocerla?

Yo me llamaba así.

El club al completo se quedó mirándome mientras Ryan empezó a cantar *Penny Lane*. Con una voz desafinada a más no poder. Quise sentir lástima de él mientras forcejeaba con la primera estrofa, pero estaba ocupada tratando de controlar la emoción mientras todos los presentes pasaban las miradas de Ryan a mí.

Tenía que concentrarme para poder respirar. Me sentí abrumada, conmovida. No daba crédito a lo que estaba pasando, a que Ryan hiciera aquello delante de todo el instituto.

Yo le gustaba. Sí, de verdad, realmente, le gustaba.

Y a mí me gustaba él. Sí, de verdad, realmente, me gustaba.

Ya no podía negar mis sentimientos y decirme a mí misma que no debía poner el club en peligro. ¿Cómo no iba a querer estar con alguien como Ryan? ¿Cuánto tiempo más iba a luchar contra ello? ¿Cuánto tiempo más me iba a seguir mintiendo a mí misma?

Terminó la primera estrofa y Ryan dio un paso atrás, al parecer consciente del error que había cometido. Resultaba desgarrador en muchos sentidos. De pronto, Diane se levantó como un resorte para acudir en su ayuda. Segundos después se unió Tracy, seguida por la mayoría de las socias del Club de los Corazones Solitarios. Al instante, Ryan se mostró aliviado al contar con semejante apoyo. Entendí perfectamente cómo se sentía.

Y también entendí que, después de aquello, los rumores sobre nosotros iban a campar a sus anchas.

Pero, en ese momento, me daba igual. Era lo mejor que un chico había hecho por mí, jamás.

De acuerdo, *Penny Lane* no es precisamente una canción de amor; pero, para mí, fue el gesto más romántico que una persona podía tener. La canción terminó, y me puse de pie para ovacionar al grupo. Al mirar a todo el mundo, excepto a Ryan, tuve un ligero ataque de pánico. ¿Qué se suponía que iba a hacer ahora? Con un poco de suerte, ya que el club al completo se había unido, la gente no se fijaría en Ryan y en mí.

Muy improbable.

Ryan se bajó del escenario y se encaminó en mi dirección.

—Por si no te habías dado cuenta, esa canción era para ti.

Sonreí, sin saber qué responder con exactitud.

—Veamos, sólo queda tiempo para una última canción —anunció Jen—. ¿Penny?

—Yo, eh, tengo que ir —le dije a Ryan, aunque le apreté la mano antes de dirigirme al escenario.

La última canción empezó a sonar y todas las socias del club se subieron a cantar *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*.

«Esperamos que hayáis disfrutado del espectáculo».



Treinta y cuatro

Tracy, Diane, Jen, Laura y yo salimos hacia el aparcamiento con la sensación de haber triunfado.

—¡Chicas! ¡Hemos recaudado más de tres mil dólares! La gente no paraba de darme dinero para poder participar —comentó Jen mientras se aferraba con todas sus fuerzas al abultado sobre.

—Es fantástico, Jen. ¡Enhorabuena! —dijo Diane.

—Vaya, mira quién está ahí. ¡La mismísima doña Penny *Maldita* Lane! —nos giramos y vimos a Todd, con compañía habitual: Brian y Pam, Don y Audrey. Ryan estaba justo detrás de él. Missy se encontraba allí también. Pero no quedaba claro si iba con Ryan o con Todd... o, sencillamente, se les había acoplado.

Ryan trató de agarrar a Todd por el hombro, pero éste se desembarazó.

—Todd, ¿estás borracho? —preguntó Diane, sin alterarse.

—Que te den, Diane —Todd, a todas luces borracho, zigzagueaba entre los coches. Apenas le había visto durante la fiesta. Estaba convencida de que habría oído sus abucheos durante mi canción... y la de Ryan.

Una vez más, Ryan intentó arrastrarlo hasta el coche y, en esta ocasión, Todd le dió un empujón.

—Ryan, eres patético.

—Sí, claro, *él* es el patético —tardé un segundo en darme cuenta de que la respuesta había brotado de mis labios. De pronto, Todd me estaba mirando cara a cara.

—Mantente al margen, Bauer. Esto es entre la bollera y yo.

Traté de apartar la cara de su pestilente aliento.

—¿De qué hablas, Todd? —espeté. Ryan se acercó y exploté—: Puedo arreglármelas sola, Ryan —se echó hacia atrás, aunque mantuvo los puños cerrados, como dispuesto a actuar en cualquier momento.

Todd me seguía clavando las pupilas.

—¿Sabes? Sólo porque seas tan patética que ningún tío en su sano juicio quiera enrollarse contigo, no tienes derecho a corromper al resto de las pibas del instituto.

—A ver, si no recuerdo mal, hubo un tiempo en que tú mismo querías salir conmigo; pero se ve que este cerebro que tengo lo impidió. Si te hace tan feliz, adelante, échame la culpa de que ninguna chica quiera salir contigo —me eché hacia atrás para alejarme, pero él dio un paso adelante.

—Te lo digo en serio, Todd, más vale que la dejes en paz —intervino Diane acercándose, seguida por Tracy, Jen y Laura.

—¡Oooh! —se balanceó en dirección a mis amigas y alzó los brazos al aire

fingiendo espanto—. Qué miedito me dais, niñas.

—De hecho, preferimos que nos llamen mujeres —repliqué yo; luego, me mordí el labio. No podía evitarlo, aunque sabía que estaba empeorando las cosas.

Por encima del hombro de Todd, Missy observaba con expresión de absoluta complacencia.

Todd seguía balanceándose de un lado a otro.

—Mira...

—No, Todd, mira tú —ya estaba harta de su actitud infantil, y no estaba dispuesta a permitir que nos arruinase nuestra noche—. Puede que la razón por la que no hayas tenido novia desde hace un tiempo sea que ninguna chica en su sano juicio quiera salir con un tío con el cociente intelectual de un niño de cuatro años.

Se inclinó hacia mí.

—Bueno, y puede que la razón por la que los tíos te sigan engañando sea porque eres una perra egoísta que sólo piensas en ti —se echó a reír cuando vio que yo daba un respingo.

—¿Sabes qué? Quizá la razón por la que las chicas del instituto están en el club es porque los chicos sois unos absolutos cretinos. Preferimos pasar el tiempo juntas antes que salir con cualquiera de vosotros —caí en la cuenta de que estaba incluyendo a Ryan en mi generalización—. Eres un crío, Todd. ¿Por qué no vuelves a la cancha de fútbol, donde te corresponde, y te pones a perseguir el balón en lugar de perseguir a chicas que son diez veces más inteligentes que tú?

Aquello le sacó de quicio.

—¡Zorra! —me agarró por la muñeca con todas sus fuerzas. Noté una punzada de dolor cuando Todd me apretó el brazo y me lo retorció.

Pegué un alarido mientras Brian y Don lo apartaban de mí.

Brian tiró de él por la cintura.

—No lo vale, colega. Déjala, no lo vale. Venga, vamos...

Todd se liberó de Brian y se enderezó. Mientras regresaba con su grupo, me enseñó el dedo del medio. Missy le dedicó una encendida ovación.

¿Y yo era la zorra?

Ryan se acercó a mí.

—¿Te encuentras bien? No me había dado cuenta de lo borracho que estaba Todd.

Me temblaba el cuerpo entero y la muñeca me palpitaba de dolor; aparte de eso, ¡todo era genial! Asentí con humildad mientras las chicas se acercaban a comprobar que estaba sana y salva.

Diane se dirigió a él.

—En serio, Ryan, ¿cómo puedes ser amigo de ese idiota, o de cualquiera de ellos?

Se limitó a encogerse de hombros.

—Sabes que no siempre es así.

—Mira, Ryan, Todd acaba de hacer daño a Penny. ¿Es que piensas volver con el grupo y fingir que no ha pasado nada? —Diane negó con la cabeza.

Ryan miró hacia atrás, hacia sus supuestos amigos.

—A ver, no saquemos las cosas de quicio —replicó.

—Tienes que estar de broma —me quedé mirando a Ryan, sin dar crédito—.

¿Acaso vas a defenderlo?

«Estás de mi parte —pensé—. Me dedicaste una canción, ¿no?».

—No, claro que no. Es sólo que...

La frustración que había ido acumulando en las últimas semanas llegó a su límite. Estaba tan indignaba que me costaba concentrarme.

Me giré hacia Ryan, con las mejillas ardiendo. Notaba un sabor ácido en la boca. Se suponía que era mi amigo, pero estaba dispuesto a cruzarse de brazos y permitir que aquello sucediera. No quería problemas con el imbécil de su mejor amigo, ni con sus repugnantes compañeros de equipo.

—Ay, Ryan, no sabes hasta qué punto me *depcionas*. No te atreves a mostrarte tal como eres, ni a defender tus propias ideas, ¿verdad que no?

Ryan me miró como si le hubiera clavado un puñal. Nos contemplamos mutuamente.

Al momento, me arrepentí.

—No quería decir... —balbuceé.

Se dio la vuelta y me dejó allí de pie, con un gesto de horror en el semblante.

¿Cómo podía haberle dicho eso delante de todo el mundo?

Tracy me rodeó con el brazo y me condujo hasta el coche.

—Pen, es un cretino, no hagas caso de nada de lo que te ha dicho.

—Pero Ryan...

Tracy se mostró desconcertada.

—No estoy hablando de Ryan, sino de Todd.

«Ah, claro, Todd».

Seguí reproduciendo la conversación en mi cabeza una y otra vez.

—Toma, ponte esto en la muñeca. Yo me encargaré de la cama —Tracy me entregó una bolsa de hielo, cogió la sábana de mi mano y empezó a preparar el colchón de aire en el suelo de mi habitación—. Penny, deja ya de castigarte. Es un imbécil.

Levanté la mirada hacia ella.

—¿En serio crees que hemos molestado a tanta gente del instituto al fundar el club? Primero, el director Braddock; y ahora...

Sacudió la sábana mientras ésta descendía sobre la cama.

—Ven aquí —se sentó en mi cama y dio unas palmadas en el almohadón que tenía al lado—. Penny, el club es una de las cosas más importantes que hemos hecho todas y cada una de nosotras. Todd Chesney es un cretino. Punto final. No dejes que te amargue el triunfo de la noche.

Bajé la mirada a mi pijama de franela y levanté las rodillas para apoyar el mentón.

—Es que no quiero tener la culpa de molestar a la gente.

—¿Sabes de qué tienes la culpa?

Me encogí de hombros. Ya no sabía qué pensar. Cada vez que creía que podía seguir con el club y, al mismo tiempo, ser amiga de Ryan, todo estallaba en pedazos.

Tracy me agarró por el hombro de tal modo que me vi forzada a mirarla.

—Tienes la culpa de que Kara se haya sentido tan a gusto como para contarnos su problema con la comida.

La transformación de Kara había sido considerable. Se habían acabado los jerséis anchos, las fotos de modelos esqueléticas pegadas en su taquilla, y su costumbre de pedir ensalada sin aliño a la hora del almuerzo. Ahora se ponía ropa más favorecedora, tenía en la taquilla fotos de sus amigas —no de modelos consumidas— y almorzaba con nosotras. Aún le quedaba mucho camino por recorrer, pero era un buen comienzo.

—Tienes la culpa de que Teresa haya mantenido su beca de voleibol para la Universidad de Wisconsin.

Gracias a Maria, Teresa hizo un examen de Cálculo sensacional.

—Tienes la culpa de que, por primera vez en su vida, Diane Monroe disponga de personalidad propia. ¿Te acuerdas de cómo era a principio de curso?

Me acordé de Diane en el restaurante, cuando saltaba a la vista que estaba hecha polvo pero trataba de fingir que todo iba de maravilla.

—Y ahora, siempre que la ves, está encantada de pertenecer al club y tener amigas. Me ha sorprendido un montón, en serio.

Tracy no era la única persona a la que Diane había sorprendido. Todavía me costaba creer que hubiera puesto en riesgo su reputación con Braddock para ayudar al club, o que se hubiera enfrentado a Todd aquella misma noche... o a Missy, después de la publicación del artículo.

Noté que se me encogía el pecho y los ojos me comenzaban a arder.

—Esas cosas no ocurrieron por mí. No puedo sentirme responsable.

Tracy se levantó y me cogió de las manos.

—Fuiste tú quien nos abrió los ojos. Tú eres la más fuerte de todas.

El labio inferior me empezó a temblar.

—Sí, mira lo fuerte que soy...

—Basta ya, Penny. No te menosprecies. Eres la líder del grupo porque todo el mundo te respeta, porque siempre estás ahí para la gente, y porque eres una de las personas más increíbles que he conocido en la vida. Me encanta que seas mi mejor amiga. ¿Cuántas veces te lo voy a tener que decir?

Tracy me abrazó, y yo me agarré a ella con fuerza.

—Además —prosiguió—, todo el mundo me tiene miedo al conocerme, y Diane da la imagen de doña Perfecta, así que eres el menor de los tres males.

Solté a Tracy cuando ésta se echó a reír.

—Lo siento, ya sabes que no puedo evitarlo. ¡Justo por eso te necesitamos tanto!

Me recosté en la cama y caí en la cuenta de lo cansada que estaba. Tracy se tumbó en su colchón y se tapó con las mantas.

—Suficiente melodrama para un solo día. Adiós.

Apagué la lámpara de mi mesilla de noche y me tapé con el edredón. Desde abajo, me llegó una carcajada.

—¿Qué pasa?

A Tracy le había dado la risa floja.

—Ojalá pudiéramos ver a Todd mañana por la mañana. Va a encontrarse a morir. ¡Esperemos que haya vomitado encima de Missy! ¡Pagaría por verlo!

Me reí unos segundos y, luego, me acordé de Ryan. Tenía que encontrar la manera de arreglar las cosas entre los dos... otra vez.

¿Por qué podía yo formar parte de un grupo enorme de chicas, pero no dejaba de tener problemas con un único chico?

Di un respingo al recordar la expresión de su cara.

Cerré los ojos y aparté el pensamiento de mi cabeza. Me encargaría de ello al día siguiente. Aquella noche iba a disfrutar del éxito de la fiesta. Había sido genial, excepto cuando Todd me gritó, y cuando yo le grité a Ryan.

Mientras estaba tumbada, en la oscuridad, traté de visualizar todo lo bueno que había sucedido aquella noche: el dinero que Jen había recolectado para el equipo; la impresionante interpretación de *I Will Survive* por parte de Kara; Diane, Tracy y yo cantando juntas...

Pero, cada vez que empezaba a alegrarme, la expresión dolida de Ryan me saltaba a la mente.

—¡Ay! —exclamé al sacudir la cabeza, acaso con demasiada violencia, con la esperanza de desembarazarme de ese pensamiento.

—Penny —dijo Tracy con voz somnolienta—, ¿estás bien?

«No, no estoy bien».

—Sí, perfectamente. Buenas noches.

En serio, tenía que dejar de mentir a mi mejor amiga.

Y a mí misma.



Treinta y cinco

El reloj no avanzaba lo bastante deprisa. Llevaba dando vueltas junto a mi taquilla lo que me había parecido una eternidad. De acuerdo, había llegado al instituto mucho antes de lo acostumbrado. Le había pedido a mi madre que me llevara para poder llegar temprano. Tenía un nudo en el estómago. Ryan se presentaría de un momento a otro.

Dio la vuelta a la esquina y, al quitarse el gorro de lana, el pelo se le quedó hecho un desastre. Empezó a pasarse los dedos para aplastarlo; entonces, me vio. Se detuvo un instante y, acto seguido, bajó la mirada mientras se acercaba a su taquilla.

—Hola... —lo saludé.

Se limitó a asentir con la cabeza mientras se quitaba su chaquetón negro de plumas. Me lo tenía merecido, lo sabía.

—Ryan, siento mucho, muchísimo, lo que dije. Sabes que no hablaba en serio.

Metió su mochila en la taquilla y se puso a sacar los libros. Me pregunté cuánto tiempo tardaría en volver a mirarme.

—Sé que no hablabas en serio —respondió en voz baja, aún sin mirarme a los ojos—. El problema es que lo dijiste porque sabías que me haría daño. Pues bien, misión cumplida —sacudió la cabeza de un lado a otro—. De todo el mundo del instituto, pensaba que serías la última persona en caer tan bajo.

Cerró la taquilla de un golpe y se dispuso a alejarse. Se paró y se giró hacia mí.

—¿Sabes lo que he estado haciendo todas las mañanas desde hace semanas? Vengo en el coche al instituto preguntándome a qué Penny me voy a encontrar ese día junto a la taquilla. ¿Será la Penny simpática, cariñosa y divertida, o la Penny fría y distante? Prácticamente contengo el aliento para ver cómo vas a reaccionar al verme, y luego trato de averiguar qué he hecho para merecer tu comportamiento. Por eso estuve sin hablarte esas dos semanas. Estaba dolido.

Me quedé mirándolo. No podía negar lo que decía. Sabía que me había comportado con él de manera errática, pero no podía decirle la verdadera razón.

Negó con la cabeza.

—Contigo, nunca sé dónde me encuentro —empezó a alejarse.

—Espera —salí corriendo y me planté frente a él—. Sé que lo que dije es imperdonable. Lo siento mucho, de verdad. Han pasado muchas cosas en los últimos dos meses y, sí, en parte las he pagado contigo.

—¿Por qué? —me miró con intensidad.

—Yo... —metí la mano en mi bolsa—. Bueno... quería darte esto.

Alargué la mano y le entregué a Ryan lo único que se me había ocurrido para que se enterara de lo que yo sentía.

Alargó la mano y examinó el estuche del CD. Lo abrió y su expresión cambió a medida que, con los dedos, iba recorriendo los nombres de los temas.

—¿Lo has hecho para mí? —levantó los ojos y me miró.

—Sí.

Examinó el interior y leyó en alto la dedicatoria: *From me to you...* «De mí para ti...».

—Es de una de sus canciones. Ésta —cogí el estuche y señalé uno de los títulos. No me había atrevido a escribir toda la letra; sería decir demasiado. Tendría que escuchar la canción para entenderlo.

Ryan siguió examinando el estuche.

—Sé que parece una idiotez, pero es lo único que se me ocurrió —percibí una nota de desesperación en mi voz y los ojos se me cuajaron de lágrimas. Todo en mi vida, excepto el club, parecía derrumbarse a mi alrededor. Pensé en las miradas de los chicos del instituto, los gritos de Todd, la persecución del director Braddock... No soportaba la idea de que Ryan me odiara también.

Notó que la voz se me quebraba y volvió a subir la mirada.

—Me encanta. Gracias.

—No es más que un CD absurdo —me acerqué a la pared, tratando de controlar las lágrimas, que ya me surcaban las mejillas. ¿En qué estaba pensando? ¿En que una recopilación de los Beatles mejoraría las cosas? ¡Si Ryan supiera lo que aquellas canciones significaban para mí! No era sólo un recopilatorio, sino mi alma entera, mi corazón. Se lo entregaba a él, le dejaba entrar en mi vida. Ojalá se diera cuenta.

Ryan se acercó y se inclinó para hablarme, sabiendo que, al hacerlo, impedía que la oleada de alumnos que ahora llenaba el pasillo me viera llorar. Su cercanía, en lugar de inquietarme, me consoló.

—Penny, viniendo de ti, esto significa mucho. Por favor, no estés triste —me rodeó el cuello con la mano, se inclinó un poco más y apoyó la barbilla en mi cabeza.

—Lo siento, yo sólo... —traté de tranquilizarme—. Han sido unas semanas muy largas.

Ryan no se movió.

—Sí, es verdad.

Las lágrimas me seguían empapando las mejillas. Intenté recobrar la compostura mientras los pasillos se inundaban de gente.

—Genial. Lo único que necesito son más rumores acerca de mí. Estoy harta de que la gente hable a mis espaldas, y seguro que esto les dará más tema de conversación.

Ryan se inclinó y me secó las lágrimas con la mano. Me quedé mirando sus ojos azules y deseé que todos los obstáculos desaparecieran.

—¿Sabes?, que estés tan amable y todo eso no es que ayude mucho, la verdad —le dije.

Ryan me miró intensamente unos segundos; luego, una sonrisa se le extendió por el semblante.

—Bueno, mujer, basta ya de lloriqueo. Eres una llorona de mierda.

—¿Cómo? —grité, estupefacta, sin poder evitar echarme a reír—. ¿A qué viene eso?

Se encogió de hombros.

—Bueno, no te venía mal una carcajada.

—Sí, pero ¿«llorona de mierda»?

—Estaba bajo presión. No se me ha ocurrido otra cosa.

Se inclinó hacia mí una última vez para limpiarme las lágrimas. Me dedicó una cálida sonrisa.

—¿Mejor?

Mientras yo asentía, algo en el pasillo me llamó la atención. Vi que Tracy nos miraba, boquiabierto. Se alejó a toda prisa al notar que me había fijado en ella.

—Mira, nos quedan dos semanas antes de las vacaciones de Navidad. Hagamos un pacto para que nada se interponga de nuevo en... nuestra amistad —propuso Ryan.

Le sonreí.

—Será genial.

—De acuerdo, volvamos a las taquillas antes de que llegemos tarde a la primera clase —me rodeó con el brazo y me condujo a mi taquilla. Una oleada de alivio me invadió mientras recogía los libros.

Mierda. Se me había olvidado por completo que mi primera clase era Español, con Todd. Mierda.

O, más acertadamente, *caca*.

No veía posibilidad de aprobar la asignatura. Copiaba sin parar lo que la señora Coles escribía en la pizarra, pero no conseguía concentrarme. Todd llegó unos minutos tarde a clase con una autorización, y yo estaba demasiado asustada para mirar en su dirección.

—Escuchad, os recuerdo que el examen final es el próximo jueves. Esto es todo por hoy. Ahora, tiempo de conversación. *En español, por favor* —indicó la señora Coles en este idioma mientras se dirigía a su mesa, al fondo del aula.

Me giré para mirar a Todd y lo descubrí mirándome la muñeca. Me había puesto un jersey de manga larga para cubrir la magulladura; aun así se veía parte del hematoma rojizo y azul. Abrí la boca para hablar, si bien no se me ocurrió nada que decir.

Todd comentó algo, pero en voz tan baja que no pude oírlo.

—¿Qué? —le pregunté en español.

Me miró.

—*Lo siento, Margarita. Lo siento* —respondió él en el mismo idioma.

Parecía agotado. Antes de que yo pudiera responder, sonó el timbre. Empecé a recoger mis libros. Cuando salí por la puerta, Todd me estaba esperando.

—Hablabas en serio, Penny. Lo siento mucho —tenía la cara enrojecida y estaba apoyado, con postura desgarbada, en las taquillas situadas a la salida del aula.

—Gracias, Todd.

Me dedicó una sonrisa endeble antes de encaminarse a su siguiente clase. Todd no parecía él mismo a menos que estuviera gastando bromas o haciendo el ganso. Me entristecí un poco. ¿Qué más podía cambiar? Tal como iban las cosas, apenas me daba tiempo a mantener el ritmo.

A la hora del almuerzo todo el instituto sabía que Todd no sólo se había emborrachado el sábado por la noche, sino que sus padres le habían pillado, y que aquella mañana se habían reunido con el director Braddock, quien no tuvo más remedio que suspenderlo del equipo de baloncesto para los siguientes tres partidos.

Ahora entendía yo por qué estaba tan disgustado. Aunque él mismo tenía la culpa.

—Bueno... —dijo Jen mientras Morgan tomaba asiento—. ¿Dónde os escapasteis Tyson y tú después de la fiesta?

Morgan se sonrojó.

—¡Estupendo! —Jen se echó a reír—. Ya veo que la noche fue un éxito en todos los sentidos.

—Venga, déjala en paz —intervino Diane.

—De hecho, es más o menos de lo que quería hablaros —dijo Tracy.

Morgan se mostró horrorizada.

—No —Tracy negó con la cabeza—. Me refería al club —empezó a entregar a todo el mundo una hoja de papel.

El corazón me dio un brinco cuando me llegó el turno. Me sentí un poco dolida por haberme enterado así, sobre la marcha. Habíamos hablado sobre el asunto, pero aun así...

REGLAMENTO OFICIAL DEL CLUB DE LOS CORAZONES SOLITARIOS, DE PENNY LANE.

El presente documento expone las normas para las socias del Club de los Corazones Solitarios. Todas las socias deberán aprobar los términos de este reglamento pues, de lo contrario, su afiliación quedará anulada automáticamente.

1. Las socias están en su derecho de salir con chicos si bien nunca, jamás, olvidarán que sus amigas son lo primero y principal.
2. A las socias no se les permite salir con cretinos, manipuladores, mentirosos, escoria en general o, básicamente, con cualquiera que no las trate como es debido.
3. Se exige a las socias que asistan a todas las reuniones de los sábados por la noche. Ninguna socia excusará su presencia en la fecha señalada para las reuniones con objeto de citarse con un chico. Se mantienen como excepción las emergencias familiares y los días de pelo en mal estado, exclusivamente.
4. Las socias asistirán juntas, como grupo, a todos los eventos destinados a parejas incluyendo (pero no limitándose a) la fiesta de antiguos alumnos, el baile de fin de curso,

celebraciones varias y otros acontecimientos. Las socias podrán llevar a un chico como acompañante, pero el mencionado varón asistirá al evento bajo su propio riesgo.

5. Las socias deben apoyar siempre y en primer lugar a sus amigas, a pesar de las elecciones que éstas puedan hacer.
6. Y sobre todo, bajo ninguna circunstancia, las socias utilizarán en contra de una compañera los comentarios realizados en el seno del club. Todas sabéis a qué me refiero.

La violación de las normas conlleva la inhabilitación como socia, la humillación pública, los rumores crueles y la posible decapitación.

Mientras la gente leía, se fueron produciendo numerosos gestos de asentimiento y de apoyo verbal al nuevo reglamento. Levanté la mirada y vi que Tracy aguardaba una reacción por mi parte.

—¿Qué dice la jefa?

—Hagamos una votación. ¿Quién está a favor del nuevo reglamento?

Todas a una, las manos alrededor de la mesa se elevaron en el aire.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Tracy—. Michelle, ¿te importa empezar a salir otra vez con mi hermano, a ver si así se decide a hablarme?

Michelle se ruborizó.

—Eh, invítalo a la fiesta —Amy empezó a repartir sobres—. Hay uno para cada una, pero podéis llevar compañía. Aunque sea masculina —le hizo un guiño a Morgan.

Amy me entregó el mío, que, en la parte delantera, llevaba escrito pulcramente: «Penny Lane, líder intrépida». Iba a organizar una fiesta por todo lo alto para el club al terminar los exámenes finales, con motivo de las vacaciones de Navidad.

Nos pusimos a hablar de la fiesta y volví a mirar a Tracy. No me había dicho ni palabra acerca de lo que había presenciado entre Ryan y yo. Y a mí no me apetecía meter más drama en mi vida. Sólo quería sobrevivir a los finales.

—Eh, Teresa —grité por encima de la mesa—. El año pasado elegiste Español III, ¿verdad?

—Sí —respondió Teresa en ese idioma.

Una bombilla se me encendió en la cabeza.

—Escuchad, chicas —me levanté y todo el mundo dejó de hablar—. Se me ocurre que podíamos utilizar las dos o tres reuniones siguientes para organizar grupos de estudio de cara a los finales —escuché varios gruñidos—. Lo sé, ya lo sé; pero pensadlo un segundo. Podemos ayudarnos unas a otras con los exámenes, sobre todo las que ya han pasado por esas asignaturas el curso anterior.

Quería conseguir calificaciones incluso mejores aquel semestre, sólo para demostrar a Braddock que no tenía razón. Y, por descontado, deseaba que todas mis compañeras del club sobresaliesen en los exámenes. Cuando Jen había ido al despacho del director a entregarle el dinero, Braddock se limitó a gruñir mientras contaba los billetes.

¿Acaso existía algo que consiguiera hacer feliz a ese hombre?



Treinta y seis

Resultaba extraño porque, si bien era más que partidaria de mantener en secreto las decisiones del club, deseaba que alguien le diera a conocer a Ryan el nuevo reglamento. Aunque, al mismo tiempo, todavía no estaba convencida de encontrarme preparada para volver a salir con chicos, para correr el riesgo de que no funcionara. Qué injusto era: cuanto más me gustaba Ryan, más cuenta me daba de que podía destrozarme el corazón.

Decidí que una sesión de estudio era una «no cita» libre de peligro. De modo que invité a Ryan a casa para repasar Historia Universal. Pareció un tanto sorprendido por la invitación, pero no vaciló al aceptar.

—Y, exactamente, ¿cómo has obtenido toda esta información interna? —me preguntó mientras repasábamos apuntes en el sótano de casa.

—Bueno, tengo mis recursos —saqué un mapa de la Europa ocupada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Durante la reunión del sábado me había enterado de que, el curso anterior, la señora Barnes había formulado muchas preguntas sobre la Segunda Guerra Mundial. Aunque sabía que los profesores no utilizaban los mismos exámenes, era bueno hacerse una idea de lo que habían preguntado anteriormente.

Además, no me lo tomaba como una forma de copiar, ya que no nos daban ninguna respuesta; sólo lo que había caído el curso anterior. Y yo aprovechaba cualquier cosa que pudiera conseguir.

—Ah, hola, Ryan —dijo mamá, que bajaba por las escaleras—. ¿Te apetece quedarte a cenar?

Ryan me miró y me encogí de hombros.

—Me encantará. Gracias, señora Bloom.

Mamá nos miró alternamente con una amplia sonrisa en el rostro. Y no es que estuviéramos haciendo nada: había libros de texto esparcidos por el suelo y Ryan y yo nos encontrábamos a un par de metros de distancia. Seguí mirándola, esperando a que dijera algo; pero continuó callada, observándonos fijamente.

—Mamá...

—Ay, perdón —se dirigió escaleras arriba.

¿Podía esa mujer, por una vez en su vida, intentar (sólo intentar) no avergonzarme?

Me sentía bastante impresionada conmigo misma, ya que Ryan y yo habíamos conseguido ser amigos durante casi dos semanas sin tragedia alguna de por medio. Aquél parecía ser nuestro acuerdo. A veces pensaba en él de una forma no del todo adecuada entre simples amigos. Pero qué le íbamos a hacer: todos somos humanos.

—¿Algún plan emocionante para las Navidades? —Ryan se puso de pie y se estiró. Miré el reloj, sorprendida de que hubiéramos estado estudiando dos horas seguidas.

—Ir de compras, a por un vestido de novia —desplegué las piernas y traté de volver a sentir el pie izquierdo.

—¿Quién es el afortunado? —me hizo un guiño.

Puse los ojos en blanco.

—No es para mí, sino para Lucy. Viene a casa por Navidad y ella, Rita y yo vamos a ir en busca de vestidos de damas de honor —Rita le había dejado muy claro a Lucy que necesitábamos dar nuestra opinión, porque se negaba a parecer una «pesadilla de tafetán rosa».

Me tumbé en el suelo y me quedé contemplando el techo.

—Estoy deseando que las dos estén en casa. Ojalá ya se hubieran terminado los exámenes finales.

—Sólo un día más —me recordó mientras volvía a sentarse—. Por cierto, me apetece mucho la fiesta de Amy, mañana por la noche.

Levanté la cabeza con tanta rapidez que incluso me mareé ligeramente.

—¡Cómo! ¿Es que vas a ir?

Ryan abrió los ojos de par en par.

—Sí, ¿te parece mal?

—No, para nada. Es que no sabía que Amy te había invitado.

Negó con la cabeza.

—Bueno, era evidente que tú no me ibas a invitar —me lanzó su carpeta.

—Bueno, lo siento... —¿por qué no habría invitado yo a Ryan?

—Pero no me invitó Amy.

Claro, había sido Diane. Qué estúpido por mi parte no haber pensado que Diane lo habría invitado.

—Tracy me pidió que fuera su pareja.

¿Tracy? ¿Mi Tracy?

«¿Le pidió que fuera su pareja?».

Traté de asimilar que Tracy no sólo había invitado a Ryan a la fiesta, sino que, para colmo, no me lo había comunicado. Por lo general, me lo contaba todo.

Era *yo* la que guardaba secretos.

Se me hizo un nudo en el estómago. Ay, Dios mío. Sabía exactamente lo que aquello significaba.

Por fin, Ryan había entrado en la lista de Tracy.

Era absurdo; Tracy jamás había mostrado interés por él. Tal vez fuera la razón por la que no había mencionado que nos había visto cerca de nuestras taquillas, en aquella ocasión. Pero ¿no me había dicho a principios de curso que él y yo haríamos buena pareja?

Tenía que reconocer que lo último que yo había dicho sobre el tema fue cuando proclamé que jamás saldría con Ryan, ni en un millón de años. Y nunca le había hablado a Tracy de mis sentimientos, jamás.

Miré al otro extremo del sótano y vi a Ryan tomando notas.
No podía culpar a Tracy, la verdad.
Yo había tenido semanas, ¡meses!, para pedirle que saliera conmigo.
Pero me había quedado callada.
Y Tracy no.
Tracy estaba por Ryan.
Y yo sentí ganas de acurrucarme como un ovillo y dejarme morir.



Treinta y siete

Llevaba temiendo la fiesta desde que me había enterado de que Tracy le había pedido a Ryan que fuera su pareja. Había esperado a que ella lo sacase a relucir, pero no había dicho ni palabra. Ni siquiera en ese momento, cuando nos estábamos arreglando.

Quitó el tapón de un bote de maquillaje iluminador y empecé a extendérmelo por el cutis.

—No te olvides del escote —advirtió Diane mientras señalaba mi top granate, sin mangas y de cuello en pico. Lo había combinado con unos vaqueros nuevos azul marino, cinturón de lentejuelas plateadas y botas de tacón. Di un paso atrás para mirarme en el espejo, satisfecha con el resultado.

—A ver, déjame probar —dijo Tracy, mientras me quitaba el iluminador y empezaba a aplicármelo. Tracy llevaba un top ceñido de encaje negro con pantalones de campana negros, de raya diplomática. Aquella noche, con el pelo suelto, estaba preciosa. Por norma general, lo llevaba recogido en una coleta. Saltaba a la vista que se estaba esforzando al máximo por causa de Ryan.

—Muy bien, creo que estamos preparadas —concluyó Diane mientras nos examinábamos unas a otras en el espejo de mi cuarto de baño. Diane, como siempre, iba impecable. Llevaba una falda recta de color negro y un jersey de cuello alto de tono verde mar, con un top a juego debajo.

Entramos en el dormitorio para recoger los abrigos, pero Diane se sentó en la cama y abrió su bolso a juego, de tono verde mar.

—Tengo algo para vosotras —anunció mientras sacaba dos cajitas envueltas en papel plateado, con una cinta roja, y nos las entregaba a Tracy y a mí—. Quería que supierais lo mucho que aprecio todo lo que habéis hecho por mí este curso.

—Diane, no tenías por qué —protesté.

Se limitó a negar con la cabeza y señaló el paquete con la barbilla.

Tiré de la cinta roja y tuve cuidado para no romper el delicado papel de color plata. Ahogué un grito al ver una caja azul de Tiffany.

—¡Diane! —no podía creerlo. Levanté los ojos para cerciorarme de que Tracy no me llevaba la delantera. Me hizo una seña de asentimiento y ambas abrimos nuestras respectivas cajas.

En el interior, había una bolsa azul, a juego. Al abrirla, encontré una pulsera de eslabones de plata con un corazón en el cierre.

—Es preciosa —dijimos al unísono Tracy y yo.

—Leed la inscripción —pidió Diane mientras se acercaba a mí y colocaba el corazón en alto. En un lado se leían las siglas del club: CCS en el otro, mi nombre. Se

acercó a mí y me colocó la pulsera alrededor de la muñeca.

—Diane, te has pasado. No deberías haberlo hecho —insistí.

—Es verdad, Diane. ¡De Tiffany, nada menos! —Tracy empezó a toquetear el cierre.

Diane se acercó para ayudarla.

—Chicas, habéis hecho tanto por mí este curso... Es una forma de daros las gracias. Además... —Diane levantó su brazo izquierdo y se subió la manga para enseñarnos que llevaba una pulsera igual que las nuestras—. No os parece una horterada, ¿verdad?

No podía apartar los ojos de la pulsera. Era lo más bonito que me habían regalado nunca.

—No, para nada —Tracy y yo abrazamos a Diane, formando una piña entre las tres.

—Y hay algo más que quería deciros —Diane parecía nerviosa—. Sé que las cosas están cambiando en el club y que dentro de poco empezareis a salir con chicos... Sólo quería que supierais —levantó los ojos hacia mí— que os voy a apoyar, sea quien sea vuestra pareja.

Es decir: lo sabía.

Sabía lo de Tracy.

Tracy le frotó la espalda.

—Gracias, Diane. Sabes que nosotras también estaremos ahí para ti, siempre que nos necesites.

Ambas empezaron a salir de la habitación.

—Esta noche lo vamos a pasar en grande —auguró Tracy.

«Sí, desde luego».

Daba la impresión de que éramos casi las últimas personas en llegar a casa de Amy. Tuvimos que aparcar a la vuelta de la calle.

Las tres nos cogimos del brazo mientras llamábamos al timbre. Escuchamos que el ruido disminuía en el interior cuando Amy abrió la puerta, con un precioso vestido rojo hasta la rodilla.

—Bienvenidas —dio un paso a un lado para que viéramos a todo el mundo reunido en el salón y extendido por la cocina anexa.

—¡Felices vacaciones! —exclamaron todos a una, y rompieron a aplaudir.

—Vaya, chicos, debéis de estar hartos de repetir lo mismo —comentó Tracy.

Tardamos un rato en darnos cuenta de que aquello iba por nosotras. Todas las socias del club estaban de pie, ovacionándonos. Vi a Ryan, a Tyson y al hermano de Tracy en un rincón, también aplaudiendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Diane a Amy.

—Queríamos daros a las tres el recibimiento que os merecéis —nos acompañó dentro y cogió nuestros abrigos.

Las ovaciones se apagaron, aunque nos percatamos de que todo el mundo nos

miraba con una sonrisa. Volví los ojos a Jen y a Morgan para ver si me daban una pista. Ambas se limitaron a sonreír.

—Bueno —dijo Amy, señalando a la multitud—, queríamos que supierais lo mucho que habéis significado para todas las personas que estamos aquí.

Tracy me agarró de la mano y me dio un apretón. Me imaginé que, después de todo, tenía razón. En efecto, las tres habíamos creado algo. Algo positivo, algo que merecía la pena. A pesar de lo que otros chicos del instituto, o el director Braddock, pudieran pensar.

—Sólo queríamos entregaros un detalle para demostrar nuestro agradecimiento —Amy agarró tres regalos de debajo del árbol de Navidad, colocado junto a la ventana salediza—. Jen y yo estuvimos recordando cuando nos unimos al club, y todo aquello de lo que hablamos. No nos podíamos figurar en aquel entonces que bajo aquel árbol, delante del instituto, iba a empezar algo tan importante —Amy hizo un gesto hacia la sala abarrotada.

Diane, Tracy y yo nos dispusimos a desenvolver nuestros paquetes, aunque empecé a inquietarme al oír risitas nerviosas en el salón. Me hice un lío con el envoltorio, de modo que Tracy fue la primera en abrir el regalo.

—¡Es increíble! —exclamó. Miré en su dirección y vi que sujetaba en alto una camiseta blanca con mangas tres cuartos de color rosa. Me enseñó la camiseta. En la parte delantera, decía: CCS y, en la espalda: LARSON.

Solté una carcajada mientras Amy proseguía.

—Bueno, pensamos que ya era hora de que, por fin, tuviéramos camisetas — todo el mundo en la estancia sacó su camiseta a juego—. Y ahora, ¿qué creéis que hará Braddock si entramos todas en el instituto el primer día llevándolas puestas?

—Un momento, no quiero tener la culpa de que ingresen a un hombre en el hospital—. Tracy se acercó a la mesa con las bebidas, agarró tres vasos de sidra y nos entregó uno a Diane y otro a mí.

—Penny, deberíamos hacer un brindis.

Levanté el vaso.

—¡Por el Club de los Corazones Solitarios!

—Y también —añadió Tracy—, por todas las personas que nos han apoyado — hizo una seña hacia la esquina del salón donde estaban su hermano, Tyson y Ryan. Luego, me miró. Me agarró de la mano—. Venga, vamos a relacionarnos.

Fuimos recorriendo el salón, dando las gracias y deseando felices vacaciones a todo el mundo. Las socias del club estaban de un humor excelente y se habían puesto guapísimas. No podía imaginar mi vida sin ellas.

—Eh, vayamos allí —Tracy empezó a arrastrarme hacia el rincón donde Ryan estaba hablando con Mike y Michelle.

No, por favor, no me apetecía ejercer de sujetavelas. Prefería no tener que presenciarlo. Mi corazón no lo iba a poder soportar.

—Felices vacaciones —dijo Tracy. Me pegó un empujón tan fuerte que estuve a punto de caerme encima de Ryan—. Vaya, ¿qué te han puesto ahí dentro? —señaló con la barbilla mi vaso de sidra.

Me sonrojé, de pronto inundada por una vibrante energía interior. Debía de ser por tantas emociones en la misma noche. O por los doce pedazos de dulce de azúcar que me había zampado.

—Así que lo conseguimos. Hemos sobrevivido —Ryan chocó su vaso contra el mío.

Sonreí. No dije nada, en espera de que Tracy saltara a la acción y empezara a hacer gala de sus encantos delante de Ryan. Me giré hacia Tracy y me di cuenta de que se había marchado. Michael y Michelle también se habían ido. Ryan y yo estábamos solos.

—¡Eh, hola! —me colocó la mano en la parte de atrás de la cintura—. ¿Todo bien? ¿Es que te ha explotado el cerebro con tantos exámenes? —se puso a jugar con mi peinado.

Le aparté la mano con una palmada.

—Cuidado, se tarda mucho en conseguirlo, ¿sabes? Sobre todo por esa abolladura antigua.

Ryan se echó a reír.

—Vale, de acuerdo.

Esboqué una sonrisa traviesa.

—Vamos a ver si te gusta a ti —levanté la mano e hice lo que siempre había deseado hacer: alborotarle el pelo. Era tan suave como me había imaginado.

Solté una carcajada.

Me di cuenta de que todos los presentes nos miraban y que luego, en cuanto les devolví la mirada, apartaron los ojos a toda prisa.

De acuerdo, no debería estar jugueteando de aquella manera con el chico que le gustaba a Tracy.

Me alejé de Ryan para que no nos rozáramos.

Aunque pensé que, tal vez, no debería mostrarme tan cohibida. Todo el mundo sabía que éramos amigos. Estaba convencida de que sólo eran imaginaciones mías.

Pero, por si las moscas, di otro paso atrás.

No daba crédito a lo mucho que estaba comiendo, pero me figuré que no pasaría nada porque me tomara otra porción de dulce de azúcar. Me metí en la boca el último pedazo del plato y empecé a recoger la mesa.

La fiesta estaba llegando a su fin y sólo quedábamos una docena de personas. Me había quitado las botas al ponerme a recoger los desperdicios esparcidos por el salón.

Tracy se acercó, enlazó su brazo con el mío y me llevó al vestíbulo.

—¡Dios mío! —exclamó—. Pensé que si lo invitaba, por fin te decidirías a hacer algo; pero ya veo que no. A veces, resultas desesperante.

«¿Cómo?».

—Vete con él de una vez, ¡me pones de los nervios!

«¿Cómo?».

Me quedé mirándola, Tracy soltó un gruñido.

—Pen, soy tu mejor amiga desde hace años. ¿Crees que no sabía lo que pasaba entre Ryan y tú?

«¿Cómo?».

—Escucha, Penny. Ya sé que has estado preocupada por el tema de las citas con chicos y la prohibición del club. Pero las reglas han cambiado, ¿te acuerdas? Deja de boicotearte a ti misma de una vez —esbozó una sonrisa—. Además, no hay quien te aguante cuando te empeñas en ocultar tus sentimientos, así que ve ahí adentro y pídele que salga contigo.

—Espera —yo estaba en estado de *shock*—. ¿Invitaste a Ryan por mí?

Tracy soltó un gruñido.

—¡Pues claro! ¿Por qué, si no?

«Mierda».

Me puse a negar con la cabeza.

—No puedo...

«Oh, Dios mío».

Volví la mirada y vi a Ryan hablando con Morgan y Tyson. Nunca en mi vida le había pedido a nadie que saliera conmigo. ¿Y si respondía que no?

—No va a responder que no.

«¿Cómo lo...?».

—¿Y qué me dices de Diane? —pregunté, confiando en poder posponer el asunto unos cuantos días, o meses, o años.

—¿Es que no la has oído antes?

Miré a Tracy sin dar crédito.

—Se estaba refiriendo a mí...

—En serio, Penny. Diane y yo ya hemos hablado de esto...

—¡Un momento! ¿Tú y Diane habéis hablado de esto?

—Pen, Ryan cantó para ti delante del instituto entero, ¿te parece poco? Es prácticamente lo único de lo que hablamos las del club cuando tú no estás delante.

«Genial, el club lo sabe». Así que la gente me miraba con razón. Qué vergüenza. Aquello no podía estar pasando.

—Además, tú y Ryan sois los mejores amigos de Diane. Quiere que los dos seáis felices.

—Bueno, primero debería hablar con ella...

Tracy sonrió.

—Se ha marchado. No quería que te sintieras incómoda. Me pidió que te dijera que la llames mañana para preparar el conjunto que te vas a poner en tu cita.

Diane se había marchado. Pero..., pero...

Tracy se limitó a sacudir la cabeza.

—A veces, realmente me das que pensar. ¡Venga, a por él!

Antes de que pudiera recobrar el aliento, Tracy vociferó:

—¡Eh, Ryan! ¿Tienes un segundo?

«Ay, Dios mío. Ahora no. Ahora mismo soy incapaz».

Ryan se disculpó y se acercó hacia nosotras, un tanto desconcertado.

—¿Qué pasa, Tracy?

Tracy sonrió y tiró de Ryan de tal forma que se quedó justo enfrente de mí.

—No tengo sitio en mi coche, ¿te importa llevar a Penny a casa?

—Claro que no —respondió.

—¡Genial! Más que nada porque tiene que pedirte algo —Tracy se dio la vuelta y empezó a alejarse.

Yo estaba horrorizada a más no poder.

—Ah, otra cosa —Tracy se giró y señaló encima de nuestras cabezas—. Estáis debajo del muérdago. ¡Adiós!

Ryan y yo levantamos los ojos y vimos una rama de muérdago justo encima de nosotros.

Miré hacia atrás y vi que Tracy metía en la cocina a las pocas personas que quedaban en la fiesta.

La iba a matar.

Me giré de nuevo y di un ligero respingo al descubrir que Ryan se inclinaba hacia delante para besarme.

Al ver mi reacción, dio un paso atrás.

—Perdona, es por la... tradición navideña —señaló sobre nuestras cabezas—. No debí hacerlo —se alejó otro paso más.

—No, no pasa nada. Yo...

¿Cómo se suponía que iba a dar el paso?

—Querías pedirme algo, ¿no? —Ryan cruzó los brazos y una expresión divertida le cruzó fugazmente el rostro.

—Mmm, sí. Verás...

Lo mío era un caso perdido.

—Bueno, es curioso... —«venga ya, puedes hacerlo»—. Parece que las cosas han cambiado un poco en el club.

—¿Me he perdido algo? ¿Es que te han expulsado?

—Ja, ja. Todavía no —respiré hondo—. Bueno, ya sabes que no podíamos, eh..., no...

—No podéis tener novio.

—Hasta el momento, no. Pero hemos decidido que, a lo mejor, no era justo para la gente...

—Entiendo. ¿Y ahora?

Empecé a moverme de atrás adelante. ¿Por qué Tracy me hacía aquello? No estaba preparada, en absoluto.

—Bueno..., quería... intentar..., —durante todos aquellos años, no me había parado a pensar en el mérito que tenían los chicos: lo de declararse era una tortura.

—Penny, ¿quieres salir conmigo?

¡Guau!, qué fácil.

Por suerte, Ryan había captado la indirecta.

—Sí, claro que sí.

Nos sonreímos mutuamente. Ryan dio un paso al frente y me abrazó por la cintura. Entonces, caí en la cuenta de algo.

—¡Espera! No podemos salir los sábados por la noche. Están reservados para el club.

—No importa. Quedan otras seis noches en la semana.

Me lo estaba poniendo demasiado fácil. Tal vez eso de salir con un chico no iba a resultar tan complicado, al fin y al cabo.

—¡Ah! Y almuerzo con las chicas. Y si quieres hacer algo, me lo tienes que decir con antelación, porque no voy a cambiar los planes que tenga con alguna de mis amigas por que se te ocurra llamarme.

Ryan asintió.

—De acuerdo. ¿Alguna cosa más?

—Mmm, bueno, tendré que repasar el nuevo reglamento. Quiero asegurarme...

Ryan me agarró de la mano y se inclinó hacia delante.

—Penny, no pienso apartarte de tus amigas. ¿Qué te parece si salimos unas cuantas veces antes de empezar a establecer un exceso de reglas entre nosotros?

Me sonrojé. Tenía que serenarme un poco antes de empezar a tomar decisiones sobre nuestra relación.

—Me parece bien, sí.

—De acuerdo. Vamos a despedirnos de todo el mundo y te llevaré a casa.

Se dispuso a encaminarse a la cocina.

—¡Espera! —lo llamé. Señalé el muérdago, que seguía sobre mi cabeza—. No estaría bien romper una tradición navideña.

Ryan me sonrió y se acercó hasta mí. El corazón me latía a toda velocidad mientras, con ternura, me cogía la cabeza entre sus manos. Se inclinó hacia delante y yo, en vez de quedarme helada o salir huyendo, me incliné hacia él mientras me besaba.

Apartamos los labios y se quedó a unos centímetros de mi cara.

—Me he pasado el curso entero esperando este momento —admitió.

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunté.

—¿De verdad necesitas que te lo recuerde? —ambos sonreímos.

Cuando entramos en la cocina, se hizo de pronto un silencio.

No costaba imaginarse de qué habían estado hablando.

Mientras nos despedíamos de todo el mundo, Tracy se acercó y me dio un abrazo.

—Entonces... —me examinó la cara y, sin lugar a dudas, se enteró de lo que había ocurrido.

Tracy se mordió el labio y trató de disimular una sonrisa. Me eché a reír. Me alegraba de que mis amigas me apoyaran hasta tal punto. Ryan se acercó y mantuvo mi abrigo abierto para que me lo pusiera.

—Bueno, Tracy, gracias por invitarme —le dijo.

Tracy pegó un salto y lo abrazó con fuerza.

—Gracias a ti.

Mientras Ryan y yo nos marchábamos, Tracy me dijo moviendo los labios: «¡Lámame!».

HERE COMES THE SUN

“Little darling, it’s been a long cold lonely winter...”



Treinta y ocho

El aire invernal me atacó por sorpresa cuando salimos de casa de Amy. Empecé a tiritar mientras nos dirigíamos al coche, y Ryan me rodeó con sus brazos.

De pronto, ya no tuve frío.

Abrió la puerta para que entrara. Me senté y me abroché el cinturón de seguridad mientras Ryan se montaba por el otro lado. Encendió el motor y el equipo de música empezó a tronar. Ryan se sonrojó.

—Bonito CD —observé.

—Gracias, me encanta.

—A mí también —dije, y ya no me refería a la música.

Me eché hacia atrás en el asiento y apoyé la nuca en el reposacabezas. Habíamos tardado un tiempo pero, por fin, ahí estábamos.

Alargué el brazo, subí el volumen y me puse a cantar la última canción del CD que le había regalado.

Y es que, aunque estábamos en mitad de la noche, aún podía cantar *Here Comes the Sun* («aquí llega el sol»), y sentir como propia cada palabra, cada emoción.

Sobre todo, la parte de *it's all right*, «todo está bien».

Todo estaba más que bien.

Todo era perfecto.





RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Elizabeth Eulberg



Nació y creció en Portage, una pequeña ciudad de Wisconsin. Creció Más tarde tomó rumbo a la universidad de Siracusa y luego se estableció en Nueva York, donde desarrolló su profesión en el sector editorial. Trabajó en el departamento editorial de Scholastic y actualmente está en Little, Brown, donde es la Directora de Publicidad Global de Stephenie Meyer.

Vive a las afueras de Manhattan con sus tres guitarras, dos teclados y una baqueta. Desde niña mantiene tres aficiones: Viajar, la música y leer.

Mientras acopiaba documentación para *El club de los corazones solitarios (The Lonely Hearts Club)*, intentó renunciar a los chicos para siempre. No funcionó... Lo que sí aprendió fue a tocar la Variación de la Rapsodia Rachmaninoff sobre un Tema de Paganini, mientras escribía *Prom and Prejudice*, por lo que no es una inútil total.

El Club de los Corazones Solitarios

Esta historia comienza con un corazón roto, el de Penny Lane Bloom. Pero no le va a volver a pasar, ya que decide formar el Club de los Corazones Solitarios y no quedar con chicos nunca más. Poco a poco sus amigas se van sumando, y antes de decir “Beatles”, el Club se convierte en una auténtica revolución en su instituto, ya que saca lo mejor de las personas.

Lo malo es que justo cuando el Club está en su mejor momento, Penny Lane se da cuenta de que está empezando a sacrificar su felicidad y la del único chico por el merecería la pena darle otra oportunidad al amor...

«Una lectura para todos aquellos que se hayan enamorado alguna vez... o renegado completamente del amor. ¡Un divertido y fantástico debut!» STEPHENIE MEYER.

* * *

© Del texto: 2010, Elizabeth Eulberg
Título original: *The Lonley Hearts Club*
Traducido por Mercedes Núñez Salazar-Alonso
Editor original: Point books, Enero/2010

© De esta edición: 2011, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Primera edición: Febrero/2011
Diseño de cubierta: B. Parisi y Becky Terhune.
Foto de cubierta: © 2010, Michael Frost.
Foto de la autora: © by Liz Ligon
ISBN ebook: 978-84-204-9427-2